

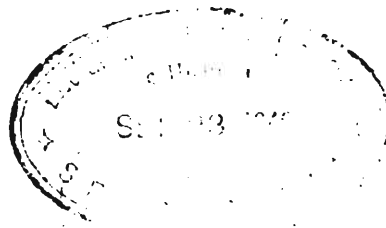
JULIO J. LE RIVEREND BRUSONE.

8 HISTORIADORES DE MEXICO

en el

SIGLO XVIII.

Tesis presentada en opción al título de Maestro  
en Historia.



**F** 000034

EL COLEGIO DE MEXICO.

1946.

## A D V E R T E N C I A.

Este ensayo se limita al estudio de un número determinado de historiadores de México en el siglo xviii. No se ha pretendido en ningún momento agotar la materia. Pero el autor piensa que, por lo menos, han quedado incluidos los más grandes historiadores de ese período. Geográficamente son autores que se dedicaron al estudio del pasado de la meseta central. Forzosamente se ha tenido que excluir a los historiadores regionales, por muy importantes que fueran. La excepción ha sido Fray Vicente de Santa María, debido al interés que despiertan sus ideas sobre los indígenas que disuenan de las del resto de los escritores estudiados. Igualmente se han excluido los cronistas eclesiásticos, aunque abordaran temas de historia general. En general, lo que ha interesado al autor ha sido la historia profana, bien que ha distinguido entre la historia antigua de México, en la cual hay siempre supuestos sagrados, y la profana propiamente dicha. Sin embargo, se ha incorporado un historiador eclesiástico, atendiendo al singular hecho de sus enseñanzas, de la personalidad del autor y de la importancia de la orden.

Desde luego, el interés central de esta tesis no ha sido cazar los gazapos de los autores. Ello significaría reescribir toda la historia de México, tarea que, en modo alguno, podíamos proponernos.

Mucho material ha quedado sin aprovechar. Si las circunstancias lo permiten el autor piensa ampliar este trabajo por lo menos en dos capítulos más.

**I N D I C E.**  
-----

<b>Capítulo I : ANTECEDENTES HISTORIOGRAFICOS DEL SIGLO XVIII.</b>	<b>1.</b>
<b>Capítulo II: EL REDESCUBRIMIENTO DE LA HISTORIA ANTIGUA: Lorenzo Boturini Benaduci.</b>	<b>31.</b>
<b>Capítulo III: LA HISTORIA DE GRAN ESTILO: Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia.</b>	<b>54.</b>
<b>Capítulo IV: LA HISTORIA ANTIGUA COMO DEFENSA DEL INDIO: José Joaquín Granados Gálvez.</b>	<b>79.</b>
<b>Capítulo V: ECLECTICISMO MODERNISTA Y CRIOLLISMO EN LA HISTO- RIOGRAFIA: Francisco Javier Clavigero.</b>	<b>96.</b>
<b>Capítulo VI: LA HISTORIA PROFANA: Andrés Cavo.</b>	<b>140.</b>
<b>Capítulo VII: HISTORIADORES MENORES: Francisco Javier Alegre, Fray Vicente de Santa María y Antonio de León y Gama.</b>	<b>152.</b>

## CAPITULO I

ANTECEDENTES DE LA HISTORIOGRAFIA DEL SIGLO XVIII.

1. La historiografía de México en el siglo XVIII no es un fenómeno cultural más o menos espontáneo; tiene, por lo contrario, profundas raíces en el pasado, no menos que en el presente. Puede asegurarse que sus antecedentes se pierden en la penumbra de una vieja tradición precortesiana cuya presencia se advierte hasta en nuestros días. No me refiero aquí a esa continuidad que resulta del acarreo mecánico de datos y de noticias que constituyen los puntos de referencia de una narración retrospectiva. Aunque este sea un elemento importante de la historiografía, las tradiciones históricas continúan algo más complejo y, sin duda, más sutil, a veces casi impalpable, que constituye su principal patrimonio a los ojos de las generaciones posteriores. Podría decirse que esas tradiciones comportan una filosofía de la historia y, si la denominación parece pretenciosa, diríamos que ciertas implicaciones teóricas capaces de sobrevivir a través de varios siglos y de diferentes generaciones urgidos de resolver, sin embargo, idénticos problemas.

Esto es lo que ha ocurrido con varias de las tradiciones históricas de los indígenas de México que, no por expresarse en geográficos y pinturas esquelásticas, son menos historiografía que la nuestra —occidental, llamémosle— escrita y basada en testimonios también escritos. No nos incumbe resolver el problema de la valoración general de las fuentes indígenas precortesianas y postcortesianas, que ya Joaquín García Icañbalceta se mostraba muy cauto en decidir (1); posiblemente nunca se llegue más que a soluciones aproximativas, quedando pendientes muchas cuestiones. Por el momento, un criterio de mediación entre dos posiciones extremas, aunque aparece una sólida

cómoda, es el único que pueda establecerse. No están en lo cierto los que niegan absolutamente la tradición indígena y la posibilidad de componer en base de sus testimonios expresos una narración histórica. Esta tendencia que aparece en la obra del jesuita Andrés Cavo, fué reforzada por Daniel G. Brinton y aun se refleja en nuestros días en un trabajo de George C. Vaillant, quien parece jugar con las palabras y ~~subvertir~~<sup>mantener</sup> ese viejo escepticismo cuando dice: "Indian Mexico has a past but not a history" (2). Es notorio, sin embargo, que muchos de los elementos de esta negada tradición son confirmados cada día más por las investigaciones arqueológico-estratigráficas (apéndice A). Mas no aciertan plenamente los que transforman esas fuentes y tradiciones en una suerte de tabú científico. Es muy raro encontrar en nuestros días quien se aferre a este error; pero nos llega constantemente, amenazando la seguridad de las conclusiones a que puede llegar la crítica, a través de los cronistas e historiadores del primero y del tercer siglo de la época colonial.

Realmente, la situación no es muy favorable al progreso de un criterio que resuelva la oposición entre esas dos actitudes, pues los códices y demás fuentes históricas precortesianas son escasos, particularmente en lo que hace a la historia tenochca, la más joven de todas las del valle de México y último desprendimiento del gran tronco nahua-chichimeca (3). No nos interesa discutir las causas de esta desgracia -que en otros tiempos suscitó grandes polémicas sobre la responsabilidad de los sacerdotes en extremo celosos y suspicaces- pues basta reparar en que la cruenta y devastadora guerra contra Cortés y su hueste fué suficiente a destruir el principal acervo de fuentes, quizás no muy rico a consecuencia de la relativa novedad de esas culturas. Lo importante es que habiéndose establecido el centro del poder colonial allí donde sucesivamente residía a través de las diferentes dominaciones indígenas desde el siglo XII, la historiografía colonial se ha impregnado de elementos solo eficazmente comprobables por medio de documentos que nos faltan. Claro es que la historicidad de los hechos y de los personajes

de la última etapa precortesiana -tenochca y tezcocana- casi no se pone en duda por virtud del testimonio de algunas fuentes directas que nos quedan; pero si nos remontamos algo más en el tiempo surgen problemas sobre los cuales la crítica no se ha definido aun. Y si nos alejamos aun más, penetrando más allá de la migración chichimeca -siglo Xii- observaremos que las fuentes históricas son además de escasas, confusas, y se ven paulatinamente reducidas a un papel menor como materia prima de la investigación, cediendo el paso a los trabajos arqueológicos que amenazan con quebrantar definitivamente la antañona división del pasado precortesiano en tres períodos-tolteca, chichimeca y azteca- según las fuentes precortesianas y coloniales más respetables (4). De modo que para los períodos más antiguos las fuentes históricas pierden casi todo su valor pues las investigaciones arqueológicas solo nos dan conocimiento cierto de la cultura material, aquella que se expresa en piedra o en barro, en metales o en piedras preciosas. Esto supone como decimos en el apéndice A, mencionando el caso concreto de la obra de Veytia, que la crítica de las fuentes tiene un límite muy reducido, tras el cual todo es interrogar o esperar la aparición de nuevos vestigios sepultados que alienten por caminos diferentes a la crítica documental.

Evidentemente, no carecemos de documentos postcortesianos de origen indígena ni de transcripciones y versiones realizadas por misioneros y cronistas primitivos; empero su estudio comparativo y su depuración marchan con relativa lentitud, de modo que después de los esfuerzos -casi heroicos- de Calvignero y de Orozco y Berra para reducir la masa de fuentes a un esquema unitario no parece que estemos en condiciones de disponer, inmediatamente, de una síntesis que nos informe sobre el estado actual de todos los problemas. Si, a consecuencia de esto, se nos dificulta una orientación cabal entre la masa de estudios y de crónicas, mucho más se dificultaría en el siglo xviii, en que toda la crítica debía realizarse dentro del campo propio de la historiografía, con solo alguna ayuda de la lingüística indígena. De ahí que, salvo grandes excepciones, los historiadores lejos de simplificar

las cuestiones han propuesto nuevos motivos de confusión y de vaguedad. Por lo menos, tal cosa se observa entre los historiadores del siglo xviii, incapaces de reunir -como hizo Torquemada- todas las versiones y transmitir las sin realizar un gran esfuerzo de crítica y de aclaración. Ni siquiera Clavigero, que rehuye este problema limitándose a la historia del predominio tenochca, logró escapar a esa unilateralidad en la adhesión a alguna de las diferentes tradiciones indígenas que caracteriza a la historiografía de su siglo. En este sentido, el siglo xviii deja en pleno vigor la herencia del siglo xvi: persiste la diversidad de testimonios generalmente opuestos, como resultado de la existencia de diferentes interpretaciones "nacionales" indígenas.

Esta adhesión parcial o total de la historiografía colonial a alguna de las interpretaciones y tradiciones indígenas ha tenido consecuencia de muy vario carácter. En primer lugar, el desprecio de algunos documentos, que, por no encajar debidamente en alguna de las pocas tradiciones más fuertes, que daron relegados, como sería el caso del Anónimo de Tlatelolco y del Códice Sigüenza (5). En cambio, otros han sido sobrestimados, como las obras de Ixtlilxochitl (6). Además, ciertos problemas vienen dados en las fuentes diversas con una tal oposición que pareció difícil -aun nos lo parece hoy- poder resolverlos adecuadamente, siendo el ejemplo más notable de este tipo la valoración de la "alfajiza" de las tres tribus principales del valle de México -tenochca, tezcocana y tlacopana- que cada autor ha interpretado inclinándose a alguno de los bandos extremos. Finalmente, la resonancia de cada una de las tradiciones ha sido muy diferente, predominando la tenochca que se incorpora insensiblemente a la tradición nacional actual del pueblo mexicano principalmente a través de la obra de Clavigero (Apéndice B).

2. El encuentro de estas tradiciones con la historiografía de tipo occidental se manifiesta como una serie de "recepciones", de transculturaciones algunos de cuyos aspectos, por su interés para el estudio de las obras del

*vamos a comentar.*  
 siglo xviii. Mientras los misioneros y cronistas primitivos se limitaron a transcribir o a reproducir en escritura fonética los documentos precortesianos, los elementos históricos indígenas no sufrieron grandes modificaciones de fondo. O sea que no fueron reelaborados en gran escala, sino solo en detalles. Obsérvese, por ejemplo, toda la primera parte del Códice Ramírez y se constatará el grado de pureza en que nos ha sido transmitido el viejo testimonio indígena. Hubo, desde luego, otros casos, como el de la Relación Genealógica (7). No ocurre lo mismo cuando parecen los grandes investigadores e historiadores. Con ellos penetran plenamente los conceptos <sup>occidentales,</sup> históricos y de todo tipo, en la tradición indígena.

Esta tendencia aparece ya la obra de Motolinía, para el cual lo indígena es un pretexto que le sirve para componer una historia semisacra, la de la evangelización (8). Se empieza a medir el pasado indígena por los patrones católicos occidentales. Sahagún que es, sin duda alguna, el ejemplo más notable de método y de investigación exhaustiva —modelo aun en nuestros tiempos en que nos preciamos de haber llevado las cuestiones técnicas de la investigación a su más alto grado— pudiera interpretarse como el resultado más importante de la penetración del punto de vista historiográfico occidental, de esa recepción transformadora a la cual nos referimos más arriba. Es evidente que el genial franciscano aplicó a su labor de aclaración del pasado no solo principios críticos que le eran propios, si no también ideas o conceptos occidentales que producen una distorsión de la visión histórica. Bastaría recordar que el simple nombre de sátrapas que da a los sacerdotes indígenas ya viene cargado de una valoración negativa, una como preparación del lector para que acepte los hechos consumados en la conquista. Ni que decir que Torquemada es otra expresión, aún más aguda de esta actitud. Todos los grandes autores —Acosta, Mendieta y otros— quedan comprendidos en esa afirmación. No tiene valor que pretendamos dirigir esta constatación en contra de ellos; al cabo no disponían de otros instrumentos; no se trata pues de anotarles, como si se tratara de



un partido de pelota, un tanto a su favor o un tanto en contrapues ello reduciría el problema a una cuestión aritmética, bien mezquina por cierto. Se trata de señalar una característica que, en el afán de consultarlos en busca de noticias, puede ser olvidada con resultados negativos para la crítica moderna. Repárese en que el esencial simbolismo religioso de la vieja cultura mexicana se pierde completamente, pues Huitzilopochtli que representa <sup>la</sup> providencia indígena se transforma en el demonio, cambiando casi radicalmente de sentido. En este punto de la religión precortesiana, la recepción de las ideas occidentales no solo ha modificado el sentido de los personajes sino que, posiblemente, ha creado nuevos problemas sobre los cuales nadie ha podido decidir enfáticamente hasta hoy (9).

Una de las consecuencias más importantes proveniente del encuentro de las tradiciones indígenas con la cultura occidental es más formal que de fondo, pero supone una variedad de problemas que conviene tener presentes. Los primeros cronistas aportaron una posibilidad que no existía realmente antes de la llegada de los europeos: la de componer relatos coherentes, de una continuidad que agrupara sin graves interrupciones el hilo de las diversas tradiciones indígenas. La historia de tipo "nacional" -tribal- precortesiana se transforma en una historia multinacional, general. A este respecto casos como el de la Monarquía Indiana, aunque no muy abundantes son suficientemente ilustrativos de cómo fracasaron en este esfuerzo los primitivos cronistas. Las cronologías insostenibles y anacrónicas y, a veces, el "relleno" de las narraciones con el fin de ajustar los datos, frecuentemente desprovistos de narración que ofrecen los documentos precortesianos. <sup>Se dicen con elocuencia.</sup> Y es claro que no siempre tuvieron los historiadores, en este caso Torquemada, a mano los intérpretes portadores de la tradición oral. Este esfuerzo de síntesis, si bien nos ha salvado una información aún no valorable exactamente, condujo a los historiadores por caminos descarrados y, lejos de unificar el relato, desembocó en nuevos problemas.

Estas consideraciones de elemental precaución deben tenerse muy en cuenta

ta al estudiar las obras históricas del siglo xviii porque fué este un período de reelaboración de los materiales con el fin de fijar los distintos caudales de información sobre el antiguo México, reduciéndolos a un sistema, o mejor, a una narración sin contradicciones. A este siglo correspondió sentir, por primera vez, la necesidad de disponer de un relato histórico depurado y al alcance inmediato de todo lector. Precisamente, lo que más ha influido en el valimiento de la obra de Clavigero es su método, su forma de presentar la sucesión de épocas y de acontecimientos, pues si se analizara en detalle, contrastándola con algunas otras, la de su contemporáneo Veytia, por ejemplo, quizás llegaríamos a la conclusión de que contienen errores de igual entidad. Pero el jesuita presentó el panorama que se necesitaba ya en su tiempo con una urgencia insoslayable. Y él con agudeza se encarga de convencernos de que es el único que ha logrado eliminar -resolviéndolas o despreciándolas- las múltiples contradicciones y anacronismos de la historiografía precedente, especialmente de la obra de Torquemada, lectura ya "clásica" en el siglo xviii.

3. No es preciso examinar <sup>profundamente</sup> la historiografía de México del siglo xvi para captar los motivos fundamentales que la alentaron. Sahagún y Durán -cuyas obras son dos de los monumentos fundamentales de ese primer período- lo expresan con frecuencia: para convertir a los indios hay que conocerlos. Para convertirlos y gobernarlos. Hay, pues, de parte de los misioneros y de los primeros cronistas un interés inmediato, funcional, en ese adentrarse profundamente en el estudio de las culturas precortesianas. Otros se proponen, al par, o exclusivamente, demostrar la racionalidad del indio y defenderlo de los excesos de los conquistadores y colonizadores, como sería el caso de Zorita (10). Pero, en general, los motivos se entrecruzan y confunden.

Hubo, desde luego, una curiosidad natural ante este mundo ignorado, del cual no se tenía noticia alguna y había quedado excluido inapelablemente de la tradición bíblica. Sin embargo, cualquiera que leyera las Relaciones del conquistador Cortés comprendía que la humanidad indígena había realiza

de también, como la clásica -igualmente gentil- algunas proezas sociales: ciudades, organización social jerarquizada, normas jurídicas, etc. Esta primera cuestión estimuló, más que la vaguedad propia de las fuentes indígenas, la discusión acerca del origen y procedencia de tantos pueblos diferentes de los hasta entonces conocidos. Pero no pudo haber acuerdo sobre el problema concreto de la rama de los descendientes de Noé a que pertenecían, resultando en este punto casi completamente baldíos los esfuerzos por entroncarlos con la tradición bíblica; y esto suponía una quiebra muy seria de la mayor autoridad en materia de protohistoria. Por otra vía se intentó realizar ese supremo esfuerzo: la predicación de Santo Tomás en América incorporó un tanto de contrabando al indio en la tradición occidental. Ahoray bien, en este punto convendría tener presente que la tal predicación perseguía fundamentalmente la finalidad de incluir a los indios entre los "iniciados" en las verdades del Evangelio, aunque olvidadas, lo que sin duda les defendía mejor de sus enemigos que el puro gentilismo atribuido en los primeros momentos de la colonización.

De todas suertes, cualquiera que fuera el impulso animador, este primer período de la historiografía de México es, en una medida cabalmente inapreciable aún, esencial para los estudios posteriores. ¿Cuándo comienza la historiografía propia de este siglo inicial? Podría contestarse que ya se encuentran sus gérmenes en las cartas de Cortés, pero sería darle una amplitud innecesaria, sin que, por ello, pretendamos excluir de las fuentes principales los testimonios del conquistador. Realmente el primer período de la historiografía de México arranca de la fecha en que se producen los primeros contactos perdurables con las tradiciones históricas indígenas; la fecha de redacción, en suma del Anónimo de Tlatelolco y de la Relación Genealógica, alrededor de 1530. Desde ese momento casi no hay solución de continuidad en los trabajos de transcripción o de versión. Sin embargo, solo a fines del siglo xvi, esta labor historiográfica no alcanzaría su mayor esplendor -variando, asimismo, de contenido- al aparecer los grandes cro

nistas: Acosta, Sahagún, Dufan, Tezozomoc y Mendieta. La época de pleno florecimiento se extiende hasta los años en que Torquemada da cima a su gran obra (1610-12), que puede considerarse como la culminación de todos los esfuerzos anteriores. Pero no por esto debe considerarse fuera a Ixtlixochtil que es algo posterior, ni siquiera a Chimalpahin, limitado en el tema, aunque toca las grandes épocas históricas del pasado indígena, y que lleva este siglo inicial hasta 1620. En estos noventa años de labor incesante está concentrado casi todo el caudal de información que ha servido a los siglos posteriores.

A partir de ese florecimiento, el siglo xvii casi no produce obras de importancia. Pudiera decirse que no es el siglo de la historia sino de la lingüística indígena o, más bien, de la historia eclesiástica o semisacra, caracterizada por el culto al heroísmo católico en contraposición al culto renacentista del hombre, como podía apreciarse por un ligero recuento de la bibliografía (Apéndice C). Solo, a fines de él, se alzan dos voces: la de Vetancourt, en su Theatro Mexicano; sabemos que al par trabajaba en temas precortesianos el erudito Carlos de Sigüenza y Góngora, la pérdida de cuyas obras nos ha dejado en la imposibilidad de apreciar hasta qué punto las antigüedades fueron de su predilección. Quizás sería acertado el inclinarse a creer que a su temperamento científico se ajustaban más las investigaciones particulares -cronología, predicación de Santo Tomás- que los temas abarcadores de grandes períodos. Lo fundamental es que el primero de ellos trabaja <sup>u</sup> ~~fundamental~~mente a base de los materiales aportados por la historiografía del siglo precedente; el segundo anuncia ya ciertos aspectos de la producción de los escritores del xviii. Espero, fueron excepciones.

Este como receso en las actividades historiográficas coincide con la época de mayor esplendor de la sociedad colonial, esto es con el momento en que sin haber sufrido cambio respecto de las bases en que se asentó un siglo antes, alcanza su más alto grado de estabilización. No había entonces síntomas de crisis que son los que comunican cierta peculiaridad al esplendor del

siglo xviii. Sigüenza es un típico representante de la época, pues al par que cita por referencias a Descartes y a Gassendi, plantea con vigor la apropiación de las glorias del pasado indígena por parte de los criollos sin que ello le conduzca a una actitud antiespañola. Intentó en suma fundir dos esplendores: el español americano -su presente- y el pasado indígena (11).

Observemos, pues, que hay un primer ciclo diferenciado. Su impulso principal radica en el conocimiento instrumental del pasado indígena, pero, es claro, su importancia va más allá de los límites que podría marcarle ese objetivo. Lo repetimos, la masa fundamental de información con la cual trabajarían los autores del xvii y los del xviii, viene dada por las grandes fuentes elaboradas o recopiladas en el xvi. Por este hecho, el primer periodo de la historiografía de México impone, de inmediato, una limitación de tipo cuantitativo, pues salvo dos o tres documentos de verdadera importancia, los demás fueron conocidos y consultados por los principales cronistas "primitivos". A la luz de esta constatación, el Museo Boturini más que un esfuerzo por descubrir es una gran operación de rescate.

Ahora bien, la historiografía del xvi nos deja también un legado cualitativo. En una época en que impera aún el principio de la autoridad por la vejez y por la proximidad a los hechos, los autores capitales -Sahagún, Menéndez, Torquemada- imponen la pauta de problemas a los ulteriores. La expresión quizás más importante de esta influencia reside en los juicios favorables al indígena; una cierta visión idílica de los primitivos habitantes del Nuevo Mundo que no desaparece -ni aún hoy- de la historiografía, aunque cambia de sentido a medida que los pueblos americanos se propongan nuevas metas. Por otra parte, a consecuencia de que la interpretación "oficial" del mundo no se altera profundamente antes del siglo XIX, aquel primer ciclo dejó un gran sedimento de problemas, una interpretación -que pudiéramos llamar demoníaca o diabólica del pasado indígena- que configuran en gran medida las obras posteriores.

El segundo ciclo arranca de los trabajos de Lorenzo Boturini Benaduci, esto es, casi a mediados del siglo xviii. Es el que intentamos estudiar en el

presente ensayo. Es una época de reelaboración. Realmente es la etapa más dramática porque en ella se agotan las posibilidades de realizar una historia con solos los documentos escritos.

Después de este ciclo que termina hacia 1790, transcurre el período de las guerras de independencia,<sup>en</sup> el cual se pierde el interés por escudriñar el pasado y se vive tomando de prestado a los historiadores del xvi y del xviii, especialmente de algunos de estos últimos que ofrecen ciertos matices políticos que interesan a los mexicanos de la época revolucionaria. El ejemplo típico de esta manera de acercarse a la historia sería Carlos María de Bustamante, quien, por otra parte, al publicar una gran cantidad de manuscritos (Sahagún, Veytia, Alegre y Beaumont, con el nombre de Vega) hace una labor de propaganda cuya resonancia posterior no ha sido estudiada. A mediados del xix, por precisar, con la figura de José Fernando Ramírez, se reanudan las investigaciones y el rescate de monumentos iniciado por Sigüenza, y continuado por Botarini. Al par comienzan los estudios sobre los primeros tiempos de la colonización, principalmente por Joaquín García Icazbalceta. Este fugaz renacimiento culmina en la obra monumental de Orozco y Berra.

Es claro que a fines del siglo xix ya estamos en la etapa arqueológica de las investigaciones sobre el pasado indígena. Quizás ello sea el resultado más importante del movimiento positivista general de la época. Sin embargo hasta la segunda década del siglo presente y por la coincidencia de esfuerzos de algunos profesores extranjeros <sup>y</sup> de jóvenes investigadores mexicanos no se inicia el ciclo aún en marcha, decididamente arqueológico y en el cual se anuncia ya la tendencia a una nueva síntesis (12). Síntesis basada evidentemente en la sincronización de los datos documentales con los monumentos puestos a luz por las excavaciones.

4. Mientras discurren los dos primeros ciclos de la historiografía de México, en Europa se producen cambios de carácter teórico que han de tener cierta resonancia en las obras realizadas durante el siglo xviii. La histo-

riografía que llega a la América es renacentista; su ejemplo más característico sería la obra de Gómara (13). Pero es aún, y sobre todo, católico providencialista; hay en ella, pues, culto al hombre y devoción a la divinidad. Posee ese gran instrumento de trabajo que es una tesis unitaria del mundo sobre la cual se pueden fundamentar los relatos sin quebraduras aparentes. Ya hemos indicado que, al trasladarse a la América y aplicarse al estudio de las antiguas culturas mexicanas, se le presenta un obstáculo representado por esa marginalidad de los pueblos americanos respecto de la fundamental tradición occidental; hay casi una oposición entre el objeto y la teoría historiográficas. Y, por ende, los esfuerzos realizados para incorporar las tradiciones históricas indígenas a la tradición católica occidental no dieron frutos muy sazonados. El principal puntal de la historiografía occidental era el principio de la autoridad: los testimonios son más válidos cuanto más viejos y más respetable sea para la iglesia los que los emitieron. Se cree que todas las dudas, toda la ciencia, se hallan resueltas en las obras antiguas y a ellas se va no para analizarlas sino para extraer la cita textual que venga en apoyo de lo que afirma o niega el historiador que las consulta. Fué una especie de traslación de la invulnerabilidad de los libros sagrados a todos los demás libros. No obstante que Santo Tomás había opuesto muchos razonamientos inteligentes contra la interpretación y el uso literal de los textos. Por otra parte, la iglesia llevaba dentro de sí un elemento de tradición, no escrito, que, sin embargo era críticamente inexpugnable por perderse sus orígenes entre las sombras, bien de la época de los apóstoles, bien de la de los padres. Esta tradición por hallarse sustentada en textos evangélicos u obras inmediatamente posteriores que se referían a las enseñanzas orales de los apóstoles y de los padres, adquirió igual firmeza y se consideró autorizadamente fundamentada. De modo que con el desarrollo hipertrófico de la escolástica todo se trataba de encerrar en algún texto venerable por el cual cobraba plena fuerza de convicción.

El Renacimiento, aún en sus direcciones más imbuidas de doctrina católica, aportó nuevas autoridades, los casi santos clásicos. Mas a estos no los amparaba sino una fuerte tradición redescubierta en aquellos días, de modo que sus testimonios podían ser puestos en duda, criticados, analizados y reinterpretados sin temores a vulnerar un dogma o a romper la disciplina ideológica de la iglesia. Así aparece la primera figura de las investigaciones históricas modernas: el erudito, el filólogo que emprende la crítica de los testimonios por su aspecto lingüístico, casi formal. El aspecto más interesante quizás de la influencia del Renacimiento es que restaura en todo su esplendor la historia profana -la que habían cultivado los clásicos- y estaba amenazada por quedar sumergida por la ola de la literatura religiosa general y por la historia sagrada y semisacra, únicos "géneros" grandes y nobles para el pensamiento católico de la época. Con esta aparición de la historia profana -que decaería nuevamente durante el apogeo del barroco y de la contrarreforma- se reduce grandemente el moralismo católico y la intervención de lo sobrenatural en la vida de los hombres y de las sociedades. Recordemos al punto la Historia de Florencia de Nicolás Maquiavelo. En lo formal, estas nuevas autoridades -los clásicos- significan la restauración plena de viejos conceptos preceptistas del Siglo de Oro: el historiador tiene que transformarse en un orador que escribe con sencillez, con elegancia, poniendo en juego recursos y trucos retóricos. De modo que los clásicos representan, además del primer campo donde se ejercita la crítica moderna, el contrapeso de una forma cerrada y unilateral de observar el pasado. En lo sucesivo, a despecho del esplendor de la contrarreforma, no se apagaría totalmente las voces de los partidarios de una historia profana de dignidad tan válida como la historia sagrada.

<b>F</b> 000034
-----------------

El desarrollo de las nuevas sociedades americanas obliga a aplicar criterios de investigación bastante diferentes de los de la historia europea. Se plantea la necesidad de contrastar testimonios, de escoger -seleccionando- entre los varios testimonios, escritos y tradicionales, que se ofrecen al historiador. El espíritu crítico, a la sazón en su apogeo moderno inicial,



podía desenvolverse frente a una tradición y a una historia profana que no obligaba al hombre occidental. La historia podía alcanzar en este campo un grado de perfección mucho mayor que en Europa; al cabo, las tradiciones indígenas, aún más que el testimonio de los clásicos, no completamente ocultado por la Edad Media, eran sospechosas, como obra del demonio y de la escasez de razón natural. En Europa el abandono franco del principio de autoridad no ocurre hasta fines del siglo xvii y los comienzos del xviii. En América pudo realizarse casi un siglo antes una investigación de tipo moderno: la Historia de Sahagún se basa en el contraste de las diversas tradiciones orales, en la crítica lingüística, en el estudio directo de las fuentes indígenas, cumpliéndose por primera vez en la literatura americana con una serie de requisitos técnicos que el demasiado peso de la historiografía vulgar así como de los intereses corporativos, no hubieran permitido aplicar en tan gran medida del otro lado del Atlántico(14).

Cualquiera que fuese el estado real de la historiografía de América, los grandes cambios de fondo y de forma que se operan a fines del xvii y en los inicios del xviii llegan a nuestro continente como un trasplante directo de teorías y de ideas. Pues no apareció, que sepamos, dentro de la historiografía de nuestro continente una teoría de la historia correspondiente a las nuevas necesidades científicas. Por esa razón aquellas elaboraciones europeas arriban con un retraso ineludible, tanto más cuanto que pasan primero por la cultura española. Hasta el último cuarto del siglo xviii no surgen -en la obra de Clavigero- los síntomas de que hay algo realmente nuevo en el horizonte cultural de México.

El gran cambio de la historiografía occidental durante el siglo xvii podría expresarse en dos palabras: su secularización, ideológica y temática, en modo alguno "profesional" pues los sacerdotes siguen contribuyendo con grandes riquezas al movimiento bibliográfico y los conventos y monasterios son aún los principales centros de trabajo. A impulso de la crítica que los escritores disidentes -luteranos, calvinistas, anglicanos, etc- diri

gan contra ciertos puntos vulnerables de las interpretaciones y de la tradición católica, los sacerdotes y frailes se ven compelidos a introducir reformas en la investigación de los primeros tiempos de la iglesia de Roma y de las vidas de santos y del origen de los milagros. La crítica histórica surge, pues, de una necesidad polémica contra los disidentes. Y se sistematiza -en la obra De re diplomatica del benedictino Mabillon- a consecuencia de una disputa entre ordenes pues los jesuitas habían impugnado la antigüedad de los documentos de la abadía de Saint Germain, que defendían los benedictinos. El mismo autor citado continuó sus trabajos realizando una Acta Sanctorum ordinis S. Benedicti (1688-1701) en la cual redujo los santos de su orden de ochenta a veinticinco, comenzando, pues, la reforma por su propia casa (15). Pero, es claro, que no podía permitirse una libertad igual a la de los disidentes; de ahí que con frecuencia -como indica uno de sus críticos-"sea preciso advinar sus sentimientos, que a menudo insinúa solo con un puede ser o pudiera decirse". Lo que gana la ciencia en precisión, lo pierde en seguridad. Con todo el gran reformador no escapó a las acusaciones de jansenismo, ni a las censuras por su extrema destrucción de falsas santidades.

El movimiento de reforma de los estudios históricos es general. Uno de los libros clásicos en la materia, Arte de Historia, del jesuita francés Pedro Moyné (16), es típico de la época pues sin abandonar el preceptismo introducido por el Renacimiento, se opone a la "affectación de lo maravilloso" y tanto "al defecto como al exceso en la relación de los milagros". Pero el camino no podían recorrerlo en toda su extensión los escritores católicos. Estaba reservado a Bayle el dar toda su intrínseca dignidad secular, libre ya de toda intervención dogmática, a los estudios históricos.

Hemos dicho que en medio de estas reformas técnicas -que pudiera decirse- se mantienen los viejos moldes preceptistas. En realidad, se vive a expensas de las reglas establecidas por Cicerón (17). En el fondo se insiste en la deshumanización del historiador, en su abandono de todo interés

vital, como si se temiera que la simple e inocente erudición, al transformarse en reflexiones sobre la historia vulnerara los viejos principios del catolicismo. Pero no fué más que un sueño, pues al cabo eso fué lo que ocurrió ya que la historiografía católica no podía renunciar al moralismo tradicional aunque lo redujo grandemente. Sin embargo, esa reasunción de viejos tópicos preceptistas adopta nuevos contenidos entre los siglos xvii y xviii. 1<sup>o</sup> En cuanto a "desterrar la pasión y decir la verdad" hay, efectivamente, un esfuerzo por descubrir los orígenes de los hechos, por analizar sus fuentes y por establecer la mecánica terrena de su evolución. Quizás por primera vez se relacionan íntimamente el concepto de causalidad con el de objetividad y de verdad. Casi se confunden, creándose una lamentable confusión. 2<sup>o</sup> El afán de hallar los orígenes y los antecedentes produce casi inmediatamente una nueva actitud, harto optimista frente a la complejidad de los hechos históricos: hay una convicción implícita de que una vez aprehendido el hilo de la "evolución" no se puede fallar en la apreciación de los hechos (18). 3<sup>o</sup> Mientras en la antigüedad clásica la verdad histórica depende sobre todo de la proximidad, es el hecho presenciado; ahora consiste más que nunca en el examen del documento, esto es, del hecho muerto o dormido (19). Pejor que fué gran reformador de muchas cosas en España y en América mantiene este viejo prejuicio sobre la superioridad del testigo, pero no cae como segura en el error de creer que esto basta pues la proximidad al hecho lo hace "sospechoso de que varios afectos" le induzcan a ocultar la verdad (20). 4<sup>o</sup> Finalmente, la historia se somete a esas viejas fórmulas preceptistas porque el racionalismo, o mejor, la razón humana, es opuesta casi radicalmente a los valores temporales (nacionalidad, partido, religión, etc).

Con la crítica erudita, establecida en la época de Kabinon se establece una distinción entre la historia pura (los hechos, su origen, su desarrollo su investigación) y la historia "aplicada" (fines de moralización, de instrucción política, social o de otra índole). Hay evidentemente una poca de

"reflexiones políticas y morales repetidas a cada cláusula (que) hicieron sumamente fastidiosas" las historia anteriores al xvii(20). Empero, precisa repetirlo, no se renunciaba al moralismo sino a la pródiga dispensación de comentarios edificantes. Claro que ello significó no solo una transformación estilística, sino también una retirada -quizás la primera- de lo sagrado en la historia. Bossuet intentó dar un texto clásico de esta nueva modalidad. Los escritores "ilustrados" -Voltaire en su Essai sur les mœurs des nations- no pudieron limitarse a ejercer una crítica erudita antidoctrinaria, al estilo de Bayle, sino que se vieron precisados a oponerse le en un estilo semejante, moralizando, en plan docente. Es el precio que la ilustración paga porque el hombre de la calle la entienda, el hombre de la calle que no leía a Bayle o si lo leía se aburría de su derroche de buen juicio crítico. Esta es la razón por la cual, independientemente de la racionalización impuesta en la historiografía católica por la erudición y la hegemonía de los jesuitas- los ilustrados nos recuerdan tanto a la historiografía tradicional -anterior al período crítico del xvii- aunque nos percatemos del abismo ideológico que los separa. Hay igual pragmatismo en ambos. Por ello, el punto intermedio es el erudito del tipo de Mabilion que rehuye tanto del antiguo moralismo como del moderno renunciamiento a la disciplina ideológica de la iglesia de Roma.

A mediados del siglo xviii ocurre un nuevo cambio de sentido de la historiografía. El racionalismo matemático se transforma en ilustración y enciclopedismo. Los moldes clásicos ya no se aplican tanto a los héroes como a los hombres, no menos irreales pero más verosímiles. La crítica de Bayle, erudita y templada, se convierte en <sup>la</sup> agudeza superficial del Diccionario Filosófico. Siempre dentro de los límites del racionalismo aparece una nueva modalidad: la historia como filosofía en ejemplos. No es, como dijimos en el párrafo anterior, nuevo, pero a consecuencia de ello la historia queda definitivamente secularizada. Al cabo esta sustracción de la historia al dominio de la iglesia -al momento en que se creaban las primeras cien-

cias naturales- habí sido preparada ya por el excesivo intelectualismo y la flojedad acomodaticia de la enseñanza jesuítica, la cual en su afán de enfrenar y encabezar el siglo, a beneficio del Papado y de la orden, abrió portillos a la penetración del nuevo espíritu, mientras los jansenistas se dedicaban a acumular argumentos contra esa inteligente policía del Clero, sin conseguir, por ello, atraer a su pretendida restauración del espíritu místico a los hombres ya imbuidos del racionalismo modernos.

Quedaban, es claro, grandes eruditos e investigadores católicos, incluso buenos e inteligentes polemistas como Bergier, que en su Dictionnaire de Theologie realiza verdaderas proezas dialécticas aprovechando los argumentos de sus enemigos; pero ¿quien recuerda a Bergier? En cambio, las obras de Voltaire, y de otros menores, como Raynal y Mably, antivolterianos pero más dentro del mundo que los demás católicos, perduran desde entonces porque solo intentaban salvar lo posible: la fe. La tónica de la época la suministran estos autores y no los otros. Todos dan la espalda a la tradición; nadie cita a Esdrás, ni al Eclesiastés, ni a San Mateo. Si acaso a los héroes griegos, y mejor que a estos, a los hombres en estado de naturaleza, los senectos salvajes americanos o los misteriosos chinos(22).

El método y la técnica ya no preocupan, quedan relegados. En todo caso, desde entonces quedaban, de un lado, los eruditos, de otro, los historiadores. Son historiadores los que reconstruyen el pasado, el hilo perdido de los acontecimientos y se interesan en hacernos inteligible su sentido no su forma, apoyándose frecuentemente en la previa labor de los eruditos.

5. No sea difícil comprender el alcance de la reforma de los estudios históricos en España teniendo presente lo que hemos dicho en las páginas precedentes. Es claro que en la metrópoli ya se operaban durante el xvii los primeros cambios; pero no tenían resonancia especial. Es sabido que Melchor Cano se opuso decididamente a la degradación de la escolástica; pero hasta la tercera década del siglo siguiente no aparecen los primeros

campeones del "modernismo": Feijoo publica el primer tomo de su Theatro Crítico Universal en 1726; un año después comienza Juan de Ferreras la publicación de algunos cronicones, corregidos, algunos de ellos, por el Padre Berganza dos años después (1729). Estos hechos, el primero que significa una transformación ideológica general, por la amplitud de temas que abarca la obra del benedictino Feijoo, y el segundo porque marca el inicio de la decadencia de la historiografía tradicional representada por Antonio de Solís, deben considerarse como capitales en toda consideración sobre la historiografía española moderna. Pero, obsérvese que hay, respecto del movimiento general de los estudios en Europa central, un retraso y que también se adopta una actitud más ecléctica que allende los Pirineos. Y difícilmente se sale de ella.

Habían penetrado en España algunas de las obras más importantes del xvii en este ramo del conocimiento: el Arte de Historia del jesuita Moyné, ya citado, traducido en 1676; los trabajos fundamentales de Mabillon; y en 1733 aparece el Norte Crítico del dominico Jacinto Segura (23). El resultado de todos estos esfuerzos combinados es un ataque a fondo contra la milagrería, sin que se desdenen los milagros auténticos que son el "menor número" (Feijoo). Asimismo, se destierra el mal gusto del siglo anterior, sin que se destierre el tradicional preceptismo a que nos hemos referido varias veces; bastaría leer con cuidado las "Reflexiones sobre la Historia", en el Theatro Crítico (24). Niega el benedictino que "el primor del estilo sea de esencia de la Historia" como creían digno de la nobleza del tema los escritores del siglo antecedente, pero "es un accidente que la adorna mucho y que la hace más útil". La aplicación del buen sentido crítico a la investigación de hechos sobrenaturales, como el de la existencia de los duendes, anuncia en Feijoo, como lo muestra la obra de Ferreras, el florecimiento de la erudición que ha de ocurrir hacia mediados del siglo.

Se empieza, como en Francia, por el principio: desenterrar documentos y analizarlos. Es la época del jesuita Andrés Marcos Burriel, de Mayans, de

Perez Bayer y de otros eruditos de primera línea (25). Son todos eclécticos como lo serían, asimismo, el Padre Florez, en su Clave Historial y los hermanos Riquelme y Bohedano en su Historia Literaria (26). Mientras los principales ingenios españoles de la época se dan a la tarea de publicar documentos, la cultura del país permanece al margen de la nueva transformación que se opera en Francia y en Inglaterra, en la dirección de la "ilustración". Y, por ello, a través de los autores peninsulares, que son los principales conductos de penetración de las nuevas ideas ideas en América, ~~penetraron~~ arriban a nuestros (países) no las ideas del día sino las de antier. Por ello solo hasta la aparición de las obras de Granados Gálvez y de Clavigero no aparece una nueva posición historiográfica en Nueva España, relativamente próxima a la "ilustración".

Hasta la aparición de la Historia crítica de España de Masdeu no comienza a abandonarse la historia imbuida de tradicionalismo, orientándose por nuevos rumbos. O, como decía la traducción libre de las Reflexiones sobre el buen gusto de Luis Antonio Muratori, se deja de "publicar y describir menudamente las batallas, hazañas y victorias, deteniéndose muy poco en el examen de la oculta máquina que dirigía aquellas famosas empresas...mucho menos se han detenido en la descripción de los lugares, del genio y costumbres de sus habitantes, de sus leyes y forma de Gobierno" (27). Esta obra muestra cuál era el estado de las ideas historiográficas en España hacia 1780. Para el escritor italiano, en su versión al español, la historia es fundamentalmente erudición, o sea hechos, datos; pero si quiere alcanzar penitencia debe aliarse a la filosofía; huir de la acumulación de autoridades ni analizadas, ni directamente conocidas, a veces; renunciar al exceso de reflexiones; ~~excluir~~ excluir en cuanto sea posible los temas que hacen relación al dogma y problemas teológicos, con los cuales -estima Muratori, que es católico- se corre el peligro de incurrir en errores de fe. Lo fundamental es, sin embargo, que por esas vías se lleva la historia a la mayor secularización posible en un país de tan fuerte tradición dogmático-católica.

6.

## Apéndice A.

No dispusieron los autores de los siglos xvi, xvii y xviii del auxilio de los conocimientos arqueológicos; se limitaban a transmitir con más o menos fidelidad las tradiciones orales y los documentos indígenas. Esto significa que hubo fuentes de muy diferentes cualidades. Muchos de ellos incluyeron en calidad de narración histórica cuanto mito, leyenda y tradición tuvieron a mano. El valor que esta acumulación acfítica tiene para el esclarecimiento del pasado precortesiano no es de encarecer, pues ha permitido conservar tradiciones y relatos de distintas épocas, algunas muy antiguas. Las investigaciones arqueológicas de nuestros días han servido para establecer correlaciones y sincronismos entre esas tradiciones más antiguas y los restos materiales hallados con resultados que confirman, en líneas generales, algunos de los puntos afirmados por las fuentes históricas. Este es el caso de la cronología de las tres últimas culturas del valle de México (tolteca, chichimeca y mexicana). Respecto de la más antigua de todas -la cultura tolteca- las investigaciones arqueológicas han dado la razón a un grupo de fuentes, como el Códice Xolotl, los Anales de Cuauhtitlan y la Relación Genealógica que sitúan la caída del "imperio" de Tula hacia fines del siglo xi y, más bien -con la corrección de un ciclo de 52 años, hacia los mediados del siglo xii. El descubrimiento del sincronismo entre los horizontes de Chichén Nuevo-Monte Alcan IV y Mazapan (Tula) no deja dudas de que el esplendor de la primera gran civilización histórica de México ocurrió hacia los siglos x y xi. Hay detalles menos importantes que concuerdan con las fuentes como, por ejemplo, la abundante presencia de restos metálicos con la cerámica mazapan lo que confirmaría la fama de artifices que poseyeron los toltecas. Es indiscutible que la casi brusca cesación de ricos estratos superiores en Tula, más allá del esplendor de la cerámica mazapan, muestra que, una vez más, las fuentes parecen decir verdad cuando nos hablan de un período chichimeca de inestabilidad, al cual corresponderían los estratos que Vaillant denominó período chichimeca y que el maestro Caso incluye



en un período intermedio que corre del Teotihuacán III al Azteca III, abarcando todo el período mazapan en sus relaciones con las supervivencias del apogeo de Teotihuacán y con los inicios del período Azteca. El período de esplendor tolteca corresponde a la primera etapa del horizonte Mixteca-Puebla que, según el maestro Caso, abarca desde el año 90 hasta la conquista (1521). Otras tablas de sincronismos coinciden con esta, como es el caso de la del ingeniero Escalona. De modo que las dudas de Brinton se han desvanecido por el descubrimiento de un gran centro de la cultura tolteca, Tula, y por la constatación de su decadencia a través de los trabajos estratigráficos.

Mientras ocurría esta confirmación, en líneas generales, de los datos aportados por las fuentes respecto de la cultura tolteca, se descubría una cultura más antigua, confusamente tratada por la mayoría de las fuentes y desconocida por algunas: la cultura olmeca. Y sucedió que las investigaciones arqueológicas han proporcionado una serie de noticias que no daban los testimonios históricos y que nos están descubriendo un mundo prehispánico casi ignorado hasta hoy. Especialmente los hallazgos de La Venta han ayudado a situar esa cultura geográficamente y cronológicamente. La simple discusión de las fuentes no dió resultado alguno hasta hoy. En efecto, si se observa los esfuerzos que realiza Veytia en el cap. xiii, del libro I, de su Historia Antigua para desenredar la madeja de vagas referencias a los primitivos olmecas y Acalancas se comprendía hasta qué punto los testimonios escritos limitaban la consecución de conclusiones provechosas; en el lugar mencionado todo se resuelve para el historiador poblano en interrogar. Con los elementos suministrados por los trabajos arqueológicos el maestro Jiménez Moreno <sup>se</sup> ha logrado establecer algunas conclusiones firmes acerca de los olmecas, de los cuales ya tenemos una información básica de importancia.

Pero si bien en lo que se refiere a la historia de la cultura material las exploraciones y los descubrimientos arqueológicos dan, a veces, la clave para interpretar o completar los textos históricos, respecto de la historia cultural no material (política, por ejemplo) la cuestión es más difícil de plantear. Es claro que en este aspecto también hay ciencias antropológicas

que nos dan un buen apoyo: la antropología cultural y la etnografía comparadas. Pero de todas suertes seguirán en pie algunas de las cuestiones que sugieren las fuentes históricas. Tal sería el caso de las listas de jefes de tribus o "reyes"; las relaciones entre grupos étnicos primitivos, un ejemplo de lo cual podría ser la atribución de un origen independiente al poder tolteca, mientras hay fuentes, como Ixtlilxochitl, que lo dan como resultado de un predominio chichimeca, lo que plantearía la necesidad de investigar si hubo diversas superposiciones chichimecas.

#### Apéndice B.

Sería un trabajo de gran provecho seguir las trazas de las viejas tradiciones precortesianas a través de toda la historiografía colonial. Solo pretendo en este apéndice sugerir esa posibilidad de investigación respecto del siglo xviii. Una de esas tradiciones, la tezcocana, que entronca con las viejas tradiciones toltecas, cristalizó en las obras de Ixtlilxochitl. Si analizamos su contenido notaremos que no solo representa lo que es, una tradición indígena, sino una tendencia historiográfica espanolizante si se compara con otras versiones del pasado precortesiano. Ahora bien, esto podría resolverse atribuyendo al historiador tezcocano un interés -como lo tuvo- en obtener ventajas para sí y para su grupo "nacional" dentro del régimen colonial. Pero el argumento tendría valor definitivo si no supieramos que los tenochca fueron para los pueblos establecidos antes que ellos en el valle unos advenedizos, a los cuales todos repudiaban y temían. Por lo pronto digamos que los separaba de los tezcocanos diferencias de cultura bastante serias, de tal modo que la famosa confederación de los tres "reinos" -Tezcoco, Tenochtitlán y Tlacopan- que algunos historiadores y cronistas de filiación tenochca quieren hacernos pasar por un predominio casi completo de su grupo, aparece como una consolidación del poder y las tradiciones culturales en Tezcoca, de la fuerza militar en Tenochtitlan y de un resto del predominio tepaneca en Tlacopan. Una indicación de que Tezcoco conservaba el poder cultural serían las consultas que hizo a Netzahualpilli el "emperador"

Noctozuma Xocoytzin sobre los presagios de la ruina de su poderío. Estas diferencias se muestran al momento de arribar Cortés al valle de México ya que después de su alianza con los tlaxcaltecas, es en Tezococo donde halla más simpatías y un grupo muy fuerte decidido a apoyarle contra los terribles tenochcas. De modo que los sentimientos expresados por Ixtlilxochitl tienen antecedentes bastante elocuentes. Por otra parte, la segunda parte del Códice Ramírez coincide con él en esa sobrevaloración de la ayuda de los tezococanos en la conquista de Tenochtitlán; pero asimismo se observa que lejos de ser un elogio es una crítica tanto para los tezococanos como para los españoles a los cuales, de esta suerte, se presenta como incapaces de vencer la resistencia tenochca.

Pues bien, en el siglo xviii ocurre un fenómeno singular. Mientras Veytia que no muestra ninguna de las grandes preocupaciones de los criollos, o dicho en otras palabras, podría considerarse como expansionista, sigue las huellas de Ixtlilxochitl y se aferra a la tradición tezococana, Clavigero que es, no hay duda, un criollo bastante agresivo, se dedica a exaltar el antiguo esplendor de Tenochtitlán. Igualmente, ya en Durán, se observa este fenómeno, vemos que con la tradición tenochca coexisten más elementos criticistas, que daría Chacón y Clavo, que en las demás versiones.

Nos guardamos bien de afirmar que Clavigero escogió ese camino porque se sentía criollo y que Veytia se dirigió por otras sendas porque era indiferente a los problemas de su patria. Pero es posible que el primero se viera inclinado a exaltar los viejos valores de la única comunidad indígena que realmente se opuso a la penetración de los españoles.

#### Apéndice C.

Es muy elocuente, en el punto que afirmamos, consultar los mejores trabajos bibliográficos que hay en la actualidad, especialmente los de José Tribic Medina: La Imprenta en México y la Imprenta en Puebla de los Angeles. Para no prolongar nuestras consideraciones vamos a dar un rápido re-

**sumen de los principales títulos. En materias de historia eclesiástica, de la evangelización y de la predicación, o sea historia semisacra, se publican en el siglo xvii no menos de diez y seis obras, sin contar las vidas de santos y beatos; en el xviii solo se produjeron unas ocho historias eclesiásticas, aun de hubo abundantes historias de milagros y de imágenes, aun que estas arrancan de las obras publicadas en el siglo anterior. En el siglo xvii, más allá de 1620 sólo se publican o se elaboran los trabajos históricos de Vetancourt y de Sigüenza; en el xviii son mucho más abundantes. En cuanto a la lingüística, aunque ya en el xvi se habían publicado algunas obras clásicas, como las de Molina, durante el xvii se publican y producen como diez obras, sin contar con abundantes catecismos y doctrinas cristianas en lenguas indígenas; en el xviii se publican menos, unas seis y desde luego también menos catecismos.**

Notas bibliográficas.

- (1) "Historiadores de México", en Obras completas, t. viii, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1898, pp.267-298; lo publicó antes en el apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía, México 1854.
- (2) "History and Stratigraphy in the Valley of Mexico", en el Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution, 1938, pp.521-530; publicado anteriormente en el Scientific Monthly, vol.44, abril 1937.
- (3) Hubo, pues luego, más códices históricos mixtecos que tenochcas; cf. "Historia Antigua de México", notas de clase tomadas al prof. W. Jiménez Moreno, de la Escuela Nacional de Antropología, 1944.
- (4) Es interesante observar que algunas de las principales fuentes de filiación tenochca, como el Codice Ramirez, 2a. edic., México, Editorial Leyenda, S.A., (1944) y la obra de Hernando Alvarado Tezozomoc, Crónica Mexicana, precedida del Códice Ramirez, anotada por Manuel Orozco y Berra, México Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, 1878 (2a. edic., México, Editorial Leyenda, S.A., 1944), apenas dan importancia a los períodos anteriores a la entrada de los tenochcas en el valle. Pero casi no hay cronista primitivo que no establezca esa división tripartita.
- (5) El anónimo de Tlatelolco es un documento de filiación tepaneca o sea que representa la tradición del occidente del valle de México. El Código Sigüenza no concuerda con los itinerarios de la peregrinación azteca establecidos por la generalidad de los documentos -especialmente el Código Boturini o Tira de la peregrinación, y de los cronistas. En vez de suponerse que pudo haber dos peregrinaciones simultáneas o sucesivas, pareció quizás más fácil desechar este testimonio tan original; cf. Miguel Acosta Saignes, "Migraciones de los Méxicos", Tlatelolco a través de los siglos, VII, (1946)
- (6) Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, 2 ts. editadas por Alfredo Chavero, México, Secretaría de Fomento, 1892. El hecho que

este cronista hiciera protestas reiteradas de haber compulsado sus obras con viejos documentos tezcocanos y que hasta diera fe de testigos de que concordaba con ellos influyó mucho en la estimación que se le dió bien que sus frecuentes anacronismos daban que sospechar.

- (7) Redactada hacia 1531. La publicó Joaquín García Icazbalceta, en el tomo titulado Pomar y Zurita, México, Imprenta de Fransico Diaz de Leon, 1819 (Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, III); 2a edic. México, Editorial Salvador Chavez Hayhoe, (1941)
- (8) Motolinia expresa claramente en su Historia de los Indios de Nueva España, México, 1858, trat, III, cap. I, que no "escribe historia de hombres". Es el clásico desprecio por la historia profana.
- (9) Tal sería el caso del concepto de tloque nahuaque que casi todos los cronistas identifican, más o menos, con el de ser supremo, de tipo pantheista, y que Alfredo Chavero, en "Los dioses astronómicos de los antiguos mexicanos", Anales del Museo Nacional, t. V, la. ep., México, 1899, pp 268 y 272, considera creación de los cronistas y misioneros españoles, indicando que así se deduce del vocabulario náhuatl del padre Molina y del silencio que a su respecto hace Sahagún.
- (10) Cf. su Relación en el libro citado, nota 7.
- (11) Un buen estudio sobre el pensamiento de este autor es el de Ramón Iglesia, "La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Gónora", en El Hombre Colón y otros ensayos, México, El Colegio de México, (1944), pp. 191-146.
- (12) Cf. especialmente los trabajos del prof. W. Jiménez Moreno, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, V, 2-3 (1941) y "El enigma de los olmecas", Cuadernos Americanos, V, 5, (1942), pp. 113-145.
- (13) Sobre este historiador, como en general sobre los que tratan de la conquista en el siglo XVI, consúltese Ramón Iglesia, Cronistas e Historiadores de la Conquista de México, México, El Colegio de México, (1942).

- (14) No puede determinarse aún si este planteamiento de nuevos problemas en la historiografía ~~americana~~ influyó en el desarrollo de las ideas que acerca de la investigación <sup>del</sup> relato del pasado tenían los europeos. Es claro que en un orden de ideas más generales la historiografía de las colonias españolas determinó la formación de una serie de corrientes en el pensamiento; bastaría reparar en que los "ilustrados" y aun algunos de sus enemigos, como J.J. Rousseau, se inspiran en el indio -según la imagen compuesta por Las Casas y otros criticistas españoles- para fundamentar varias de sus tesis políticas. Pero en cuanto a las ideas historiográficas nada puede afirmarse. Milita en contra de ~~que~~ la existencia de tales influjos el hecho de que las obras capitales, como la de Sahagún, estuvieron largo tiempo inéditas y, en el más favorable de los supuestos, circularon ~~en~~ manuscritos en número limitado.
- (15) James Westfall Thompson, col. Bernard J. Holm, A history of historical writing, New York, The Mac Millan Company, 1942, t. II, cap. xxxvii: "The Age of Evolution (ca.1600-1750)".
- (16) Traducida por el Padre Francisco Garcia, S.J., En Madrid, En la Imprenta Imperial, 1676.
- (17) "Le Vinteur", Oeuvres Complètes, Paris C.L.F. Pauchoncke, 1830, t. III
- (18) "Des que l'histoire se sera instruit de cette politique de la nature il aura un fil pour conduire sa marche et l'empêcher de s'égarer", diría en el siglo xviii, el abate Mably, en De la maniere d'écrire l'histoire, nouv. edit., Geneve, 1791. p.25. En el fondo, esto puede ser una actitud similar a los historiadores cerradamente provincialistas para los cuales -conocido el "hilo"- no falla la apreciación de los hechos.
- (19) Segura en su Norte Crítico con las reglas más ciertas para la discreción en la Historia y un tratado preliminar para instrucción de histó

ricos y principiantes, En Valencia, En la Imprenta de Joseph Garcia, 1733, cita respecto del tradicional concepto presencialista de la historia a Servio Mauro y a San Isidoro (p. ).

- (20) Segura, op. cit., p. 412, siguiendo las reglas propuestas por Danno y Valemont sobre que la aproximación en tiempo y en distancia se halla en razón inversa al crédito del historiador; Feijoo, "Reflexiones sobre la Historia", Theatro Critico, t. IV, Madrid, Por Blas Roman, 1781 discurso vii, pero aclara -cosa que no hace el autor anteriormente citado- los peligros provenientes de la participación en los hechos.
- (21) Luis Antonio Muratori, Riflexiones sobre el buen gusto, traducción libre y un apéndice sobre el buen gusto de los españoles en la literatura por Juan Sepúlveda y Guarinos, Madrid, En la Imprenta de don Antonio Sancha, año de 1782, p.155.
- (22) Es copiosísima la bibliografía sobre el pensamiento histórico del siglo xviii. El mejor resumen general es el de Thompson, op. cit., n.15, cap. xxxviii "The Age of Reason". Un estudio sistemático de las ideas históricas, Ernst Cassirer, Filosofía de la Ilustración, México, Fondo de Cultura Económica, (1943), espec. cap. V: "La conquista del mundo histórico". Acerca de los puntos de contacto entre la historiografía del xviii y las concepciones anteriores, es muy sugerente, Carl Becker, La Ciudad de Dios del siglo xviii, México, Fondo de Cultura Económica, (1943). Un estudio circunscrito a cuatro autores y particularmente agudo es el de J.M. Black, The Art of History, New York, F.S. Crofts and Co., 1926. Sobre el "clima de opinión", que diría Becker, en Francia, Daniel Mornet, La pensée française au xviii. siècle, Paris, Armand Colin, . Aun tienen utilidad algunos estudios antiguos sobre el pensamiento del siglo xviii como el de L.F. Bungener, Voltaire et son temps. Etudes sur le dix-huitieme siècle, 2 ts. París, Joel Cherbuliez, edit., 1851, que constituye un crítica acerba de los "ilustrados".



- (23) Segura, op. cit., n. 19, cita a Hübner, especialmente en la p. XV.
- (24) Op. cit., n. 20.
- (25) Un cuadro general muy completo sobre algunos aspectos de este movimiento erudito se encuentra en Agustín Villar y C. rlo, "El siglo XVIII español y las colecciones diplomáticas", Files de Letras, I, 2, México 1941, pp. 285-304.
- (26) De la Clave Histórica hay numerosas ediciones desde la primera de 1743; he consultado la sexta, en Madrid, en la oficina de D. Gabriel Ramírez 1769.
- (27) Muratori, op. cit., n. 21, p. 254; el texto pertenece al apéndice de Juan Semper y Guzmán.

Apéndice A.

- Daniel G. Brinton, "The Toltecs and their Tlaxcalan Empire", Essays of an Americanist, Philadelphia, Porter and Coates, 1890, pp. 63-100.
- Alfonso Caso, "El complejo arqueológico de Tula y las grandes culturas indígenas de México", Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, V, (1941), pp. 85-95; cf. Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, VI, 1-3, México, 1941, pp. 104.
- Higberto Simón Moreno, op. cit., n. 17, ib. inc.
- George C. Vaillant, "A correlation of archaeological and historical sequences in the Valley of Mexico", American Anthropologist, 40 4, parte I, 1938, pp. 535-575.

## CAPITULO II.

El redescubrimiento de la Historia antigua: LORENZO BOTURINI BENADUCCI.

1.

...acudió no para descubrir minas materiales y que tanto parecía la codicia humana; sino a desenterrar las ya sepultadas en el olvido, para fecundar su entendimiento e ilustrar la Nación y aún la Europa toda."

Así se expresaba el censor José Borrull del erudito italiano al cual corresponde la gloria de haber redescubierto el tema de la historia antigua de México, prácticamente olvidado desde principios del siglo xvii. Es Boturini, pues, la primera figura del segundo ciclo de la historiografía de México. Nació en la villa de Sonario, jurisdicción de Milán, hacia 1702. Descendía de una familia de la pequeña nobleza por lo cual heredó los señores de las villas de la Torre y de Hono; él mismo al trazar su genealogía dice que entre sus antepasados se halla un viejo tronco conde francés. Bastenos esto para precisar su inserción social. Caballero noble, pero desposeído de riquezas, se tuvo que poner al servicio de una corte -la austriaca- como veremos a continuación.

Parece que se educó en Milán, donde transcurrió su adolescencia. Desde 1725, por lo menos, lo encontramos recorriendo las tierras del imperio austriaco, cumpliendo misiones al servicio de Carlos VI en Trieste, Bohemia, Hungría, Croacia y Eslovenia. Se desconoce la importancia real de sus cargos pues solo sabemos de ellos lo que él dice en memorial al Marqués de Ensenada (1). Pero por las recomendaciones que obtuvo de aquella corte y de la de Portugal parece haber merecido algún valimiento en las esferas oficiales. Uno de los frecuentes choques entre las potencias de aquel siglo- la guerra de sucesión al trono de Polonia- le cortó su iniciada carrera en la buro -

eracia, pues Felipe V promulgó una orden obligando a todos los subditos de la corona española a abandonar las tierras del imperio austriaco. Partió en dirección a Portugal, neutral en aquella sazón, con cartas de recomendación de la familia imperial para la corte de Lisboa. Pero ya habían comenzado sus infortunios; no obtuvo cargo alguno y se vió precisado a marchar a España en 1734, esta vez recomendado al ministro José Patiño.

Tampoco consiguió un cargo en Madrid, donde residió casi dos años, salvo el tiempo que empleó en un viaje a Zaragoza, durante el cual conoció a Joaquín Codallos Rabal (2). De nuevo en Madrid, se le ofreció un empleo en América: perceptor de unas rentas que la Real Hacienda pagaba a la Condesa de Santibáñez, en su calidad de descendiente de Moctezuma. En realidad, es de sospechar que tal encomienda no constituyera para Boturini más que un pretexto para aventurarse en las tierras americanas tradicionalmente vedadas a los extranjeros, pues ni las rentas de referencias eran cuantiosas ni el cargo de verdadera importancia. Llegó a México a fines de 1735.

Apenas se puso en contacto con la tierra mexicana se interesó en el estudio de las antigüedades. Primero, le atrajo la historia de las apariciones de la virgen de Guadalupe que hasta ese momento se hallaban sustentadas en una tradición harto borrosa, por lo cual se dió a buscar los documentos fehacientes que la garantizaran. Dedicóse pues a la recolección de viejos monumentos, tarea en la cual encontró no pocos códices indígenas y manuscritos de obras del siglo xvii, desviándose su atención hacia la historia antigua del país. Aprovechando sus relaciones con los indígenas, aprendió el mexicano, aunque "medianamente" —dice Clavigero, si bien en este punto de bemos estar a lo que expresa Veytia, esto es que "no lo sabía"; comprendió que la historia precortesiana poseía una riqueza insospechada, un alto valor cultural, inclinándose decididamente a su estudio. No abandonó, sin embargo, el proyecto de probar con testimonios escritos los milagros de la virgen. Gracias a ello obtuvo alojamiento en un capilla abandonada en el mismo cerro del Tepeyac, junto al santuario, y una pensión que el arzobispo virrey Vizarrón y Eguiarreta le concedió de las rentas del templo susodicho. Pa-

que el cuerpo de capellanes del santuario le ayudaron para que durante tres años pudiera continuar sus estudios (3).

Mientras preparaba la coronación de la virgen criolla, estudiaba los documentos "tendiéndolos en el suelo y echándose de pechos sobre ellos". Hacia julio de 1740 llegaron despachos papales autorizando esa ceremonia. Pero carecían de un requisito fundamental: el pase del Consejo de Indias, como le hizo notar el arzobispo virrey cuando se los presentó. Por ello, además, declinó mezclarse en el asunto, pues como diría más tarde, en carta al nuevo irrey, Conde de Fuencalara, le pareció "ser fantástica su pretensión" (4).

Boturini se dirigió a la Audiencia pidiendo suplicara el pase referido, lo que se le concedió sin dilación. Una vez legalizados los despachos de Roma, Boturini emprendió la tarea de juntar los fondos que se necesitaban para hacer frente a los crecidos gastos de la coronación. En realidad, él se había comprometido a sufragar todos los gastos y, entendido así, Roma los dejó de su cuenta; pero es evidente que él tenía que apelar, como hizo efectivamente, al socorro de los personajes y de las instituciones piadosas. Con una actividad extraordinaria envió comunicaciones pidiendo ayuda -en dinero o en joyas- a todas las autoridades tanto seculares como eclesiásticas y aunque recogió algo no parece que obtuviera gran éxito. Todas esas cartas las escribió de su puño y fué precisamente una de ellas la que le perdió.

El alcalde mayor de Jalapa mostró un ejemplar al Conde de Fuencalara, nuevo virrey, apenas desembarcó en tierra mexicana, el cual impuesto de su contenido ordenó se abriera una investigación. Fué llamado Boturini a comparecer ante el alcalde del crimen de la Audiencia de México, en noviembre de 1742. Presentó en aquella ocasión una serie de documentos que acreditaban su personalidad (pasaportes y cartas de recomendación) pero de nada le valió, pues en febrero de 1743 era reducido a prisión y se le incautaba su colección de documentos y de manuscritos. Formalizado el proceso, resultó

que Boturini había llegado a Nueva España sin licencia, que el pase concedido por la Audiencia no equivalía al del Consejo, por tratarse de ~~espa-~~<sup>e</sup> ~~ñols~~ papeles de cierta importancia que necesitaban información e intervención de los consejeros del rey, que al recaudar los fondos públicamente el infeliz erudito italiano había vulnerado prerrogativas del Real Patronato y de las iglesias, en la persona de las pocas ordenes que tenían permiso para pedir limosnas. Estos cargos, en una época en que imperaba el regalismo, fueron suficientes para decidir su suerte. Mientras el virrey consultaba al Consejo de Indias permaneció ocho meses encarcelado, enviándosele por fin a España a principios de 1744.

No terminaron ahí las desventuras de Boturini pues un corsario inglés apresó el navío en que viajaba y después de no pocos trabajos -habiéndose perdido su escaso dinero y documentos- llegó a Madrid, presentándose ante el Consejo de Indias. Cuatro años duró entonces su revindicación. Aunque el Consejo, estando él en México, había ordenado reprender a la Audiencia por conceder el pase, no estaba dispuesto a condenar sin remisión al imprudente devoto de la virgen mexicana. Se dice que el Conde de Montijo presidente de ese cuerpo se mostró en extremo enemigo del italiano; pero, al mismo tiempo tuvo un ilustre defensor, y futuro presidente, en José de Carvajal y Lancaster. Por otra parte, Boturini se puso en comunicación con los más destacados eruditos españoles de la época que le mostraron bastante simpatía acogiendo a Boturini en la Academia Valenciana, en medio de los elogios de Gregorio Mayans y Siscar. Dos reales cédulas de 10 de julio de 1747 dieron fin al proceso: por una se le nombraba cronista de las Indias, con el encargo expreso de dar a luz una gran obra anunciada en la Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional (1746), pasando antes el original por triplicado al Consejo para que se estudiara antes de concederle licencia de publicación; por la otra se le exoneraba de toda responsabilidad, se le ordenaba volver a México y proseguir sus estudios.

Fué una fugaz esperanza, la de estas resoluciones tan favorables. No con

siguió volver a la América, lo que le hubiera permitido desarrollar en gran escala su esquema de historia antigua. No logró que se le restituyeran sus documentos. No se le pagó regularmente su salario de cronista. Vivió principalmente de la ayuda que le daba Mariano Fernández de Echeverría y Veytia. No obstante, trabajó en la preparación de su magna obra y en abril de 1749 decía al Consejo que había terminado el tomo primero de ella. Entregó copia, pero no se volvió a poner mano en el asunto. Ora reclamando la devolución de su museo, ora intentando cobrar el salario, se pasaron los últimos años de su vida. La muerte puso fin a sus desvelos el 6 de marzo de 1755. Todo quedó trunco: sus primeras esperanzas de burócrata, sus devotos afanes por la virgen de Guadalupe, su monumental historia y hasta su sustento diario. Su magnífica colección de documentos corrió igual suerte: en menos de medio siglo estaba considerablemente mermada. Aun no ha reaparecido completamente.

Es muy difícil explicar por qué Boturini, que acreditó su condición de noble, de fiel vasallo de Felipe V y de hombre instruido, concitó, sin embargo, contra él tanta saña de las autoridades superiores de la colonia. Su figura con el decursar de los años pareció una viva estampa de los resultados a que conducía la política de celoso aislamiento y de oscuridad que se atribuyó sin excepciones a la metrópoli. Pero no nos satisfacen tales razones. Es posible que hubiera un interés particular del estado, bien por que se le sospecharan intenciones políticas contrarias al poder español, bien -lo que es más verosímil- porque tanto la coronación de la virgen como sus gestiones para conseguirla provocaran malestar en el iglesia y en la administración colonial, dada la trascendencia nacional que tenía el culto y las oposiciones que en torno a él se suscitaban y suscitarían (5). Es evidente que si hubiera interesado, realmente, su vuelta a México no se le hubiera escatimado el auxilio económico que para ello requería; en cambio reteniéndosele en España estaba bajo el seguro de la vigilancia y de la distancia. En suma, mientras no se encuentren documentos explícitos, la persecución que contra él se dirigió quedará como sumida en la penumbra.

2. El nombre cuya vida acabamos de ver someramente representa un tipo intelectual nada raro en la Europa dieciochesca. Fué un erudito, y más que erudito, un coleccionista, apasionado de las antigüallas, que dirían en el siglo xvi, orgulloso de su gabinete como se llamaba en aquel tiempo a las colecciones de papeles o de objetos de los particulares curiosos. Es de creer que gastó el tiempo y las energías que dice en adquirir los códices, los manuscritos y los libros sobre historia antigua de México que le fueron incautados y quedaron en la secretaría del virreinato durante, y después de, su proceso.

No fué el primero que se aplicó a esta labor de salvamento. Antes que él, a fines del xvii, Sigüenza y Góngora, había logrado reunir una buena cantidad de documentos, como el famoso código de la peregrinación que lleva su nombre, que se perdieron poco después de su muerte. Solo se conservaron algunos de los manuscritos del célebre matemático en la biblioteca del colegio de San Pedro y San Pablo, de la Compañía de Jesús, en México. Boturini que no desconoció este su predecesor y que, posiblemente, consultó o vió parte de los papeles conservados en el susodicho colegio, se dió con no poca maña a reunir nuevamente los monumentos del pasado indígena. En la secretaría del virreinato fué inventariada la colección reunida por Boturini y de allí se comenzaron a extraer piezas hasta que quedó reducida al mínimo (6). El Catálogo que, como apéndice, publicó él en la Idea de una nueva historia no representa más que una parte de la colección pues lo redactó de memoria, que, con ser buena, no abarcó cuanto documento poseía. Había logrado reunir materiales importantes para la historia antigua de México procedentes de todas las zonas del valle y de sus cercanías, manuscritos de cronistas del primer ciclo como los de Ixtlilxochitl y los de Tezozomoc, códices como la famosa Tira de la peregrinación.

Desde luego que antes de perderse sus mejores fondos, muchos particulares obtuvieron copias de los principales monumentos. El primero de los que hizo tal cosa fué Veytia hacia 1750 o 1751, a quien el propio Boturini había encargado le remitiera a España algunos manuscritos para poder conti-

nuar sus estudios. También copió algunos documentos el sabio León y Gama. En 1792, cuando por decisión de Revillagigedo se emprendió en el convento de San Francisco de México la copia del conjunto de documentos importantes para la historia de México que se entregarían a Juan Bautista Muñoz para su proyectada historia general del continente, la colección de Boturini fué extraída de la secretaría del virreinato y llevada al dicho lugar. Años después, considerablemente mermada se la depositó en la Universidad de México y, finalmente, sus escasos restos dieron en el Museo Nacional, donde actualmente se hallan. Una parte se encontró en la Biblioteca Nacional de México (7). Parece que los más importantes o, por lo menos, algunos de los más antiguos, quedaron perdidos en aquel convento, de donde los sacó Aubin a cambio de algunas obras contemporáneas de ningún valor (8).

Se ha sobrestimado la colección Boturini, quizás porque él mismo creó una especie de aureola en torno de ella. Aunque no se puede afirmar rotundamente nada al respecto, los verdaderos hallazgos —es decir aquellos documentos que no fueron conocidos en el xvi y xvii— parecen haber sido escasos. Quizás lo más importante de todo ello fué la copia de la Crónica Mexicana de Tezozómoc, que no parece haber sido muy consultada por los grandes historiadores del primer ciclo. Es muy posible, por otra parte, que los códices que Boturini consiguió fueran de los que ya estaban en circulación, pues es sabido, él lo dice y lo ratifica Veytia, que los indios eran remisos a entregar esas joyas, bien porque en ellas estaba la clave de la posesión de sus tierras o bien por temor a la excesiva suspicacia de los religiosos. Quizás, Boturini formó su colección sobre algunos restos de la de Sigüenza.

Su labor como escritor es incomparablemente inferior a sus empeños como coleccionista. Escribió dos libros: el uno, publicado, la Idea de una nueva historia general de la América septentrional (9); la otra, inédita y que parece haberse reducido a un tomo que se conserva en el Archivo de Indias. Publicó otro trabajo menor, la Oratio ad divinam sapientiam Academiae Valen



tinae Patronan, Valencia 1750, en la que trata del derecho de gentes, importante entre los indios americanos, según la doctrina de Vico y que le valió una elogiosa censura de Mayans y Siscar (10).

De los escritos inéditos el principal sin duda es la gran Historia. José Fernando Ramírez vió el manuscrito en el Archivo de Indias a mediados del siglo pasado y lo describe como desordenado, con numerosas páginas repetidas, algunas ~~meñs~~ borradores y, en general, muy difícil de manejar (11). Parece que contiene solo un estudio pormenorizado de los sistemas calendáricos indígenas. José Torre Revello no describe el manuscrito, aunque parece que lo halló ultimamente en buen estado (12). Se conserva también inédita una copia del prólogo galeato de la obra que aspiraba a escribir sobre la virgen de Guadalupe (13). En México comenzó a escribir -prólogo y dedicatoria- una historia general, en lengua latina, y que llevaría el nombre de América Ilustrada, de los cuales nada se conserva en nuestros días (14). Parece igualmente perdido el manuscrito de su genealogía que entregó a las autoridades de México, y se menciona en el proceso, para acreditar su condición de nobleza.

Como se observa, la obra de Boturini es más bien pobre. Hubo en este resultado no solo la influencia directa de su condición de erudito -unida a la dificultad en que se hallaba para improvisar sus conocimientos de las lenguas indígenas- sino también la de las circunstancias en que tuvo que trabajar. No tuvo apoyo alguno, salvo <sup>el</sup> específico de los capellanes de Guadalupe, para realizar sus estudios. Mientras en Europa los eruditos disponían de medios colectivos muy apropiados (especialmente los religiosos) en México, aun cuando existía un variado movimiento cultural, se carecía de bibliotecas accesibles, de academias, de cátedras, en donde perfeccionar los conocimientos. Por otra parte, el tipo de investigación que realizaba Boturini había caído en el olvido; una verdadera nube de historias eclesásticas, de relatos milagrosos, de vidas de beatos, había opacado el interés por las antigüedades del país, y los predicadores gerundinos, los apologis-

tas sin meollo eran los que hallaban abiertas las puertas de la publicidad...y de las rentas. México había producido un Sigüenza y Góngora <sup>ingls</sup> medio <sup>ingls</sup> antes de que llegara Boturini, y en sus días trabajaba Villaseñor y Sanchez, empeñoso geógrafo y mineralogista; pero ni aquel ni este daban la tónica.

3. Hasta hoy la obra de Boturini no ha sido estudiada en su conjunto. No decimos esto, porque pretendamos haberlo hecho, sino para llamar la atención sobre ella, que bien merecería un trabajo extensivo, no análisis e impugnaciones limitados, como hasta ahora se ha hecho. Es hora de que vayamos sabiendo qué hay en toda ella, cuál es su contenido real y qué valoración merece, tanto desde el punto de vista de las ideas historiográficas como del de las investigaciones particulares sobre el período precortesiano. Sería preciso, ante todo, tener presente que su obra, la Idea, es, cuando más, un esbozo de obra mayor y más explícita, y que, por ende, solo se encamina a mostrar las posibilidades de un desarrollo sistemático del tema de las antigüedades mexicanas. Y, desde luego, hay que recordar que, además de esa limitación, fué escrita de memoria pues el autor carecía de su colección de documentos y perdió los apuntes que tenía durante el viaje a España. Un ejemplo de las dificultades que le suscitó esta falta de notas orientadoras lo descubre Veytia cuando trata del calendario azteca (15) pues mientras en la Idea afirma Boturini que sólo cada doscientos ocho años se repetía cada signo inicial del año, en unas tablas de sincronismos que quedaron entre sus papeles en México y fueron consultados por su continuador, dice que cada signo inicial se repite cada cincuenta y dos años, que es lo correcto.

De no tener presentes estas circunstancias se corre el peligro de llegar a la obra de Butirini en demanda de una riqueza de información que no pudo tener ni pretendió que la tuviera el propio autor. Fué, en suma, una obra de pocos alcances.

A. Si examinamos ampliamente la obra de Boturini, hallaremos que se limitó a exponer sus puntos de vista y su información sobre tres problemas, dos de los cuales habían sido objeto preferente de estudio durante el primer ciclo de la historiografía del país; me refiero al estudio de la mitología indígena y al de la cronología. En realidad, más había interesado el primero que el segundo. Y muchos más que este, el origen de los indios. A tal punto es esto cierto que a partir de Boturini, las discusiones sobre el calendario azteca se proliferan y se encaminan por sendas nuevas, como veremos en capítulo posterior. Por lo pronto, hemos de advertir que aquellos dos temas eran previos a toda otra consideración sobre el pasado indígena; pero si hemos de creer a Veytia para descubrir el mecanismo del sistema caléndarico de los antiguos mexicanos "era menester trabajar harto", lo que explicaría por qué nuestro erudito italiano no pudo resolver el cúmulo de cuestiones que respecto de él se planteaban (16). Al par que el estudio de la mitología y de la religión y ritos era la clave para la comprensión general de la cultura azteca, la dilucidación de la cronología era el paso ineludible para la interpretación de los textos, pintados o escritos. En este sentido, Boturini no anduvo descaminado; solo le faltó la investigación lingüística, quedando a merced de viejos vocabularios nahuatlés y de informantes contemporáneos, unos y otros incompletos.

La tercera gran cuestión que aborda Boturini en la Idea no se puede percibir directamente. Se trata nada menos que de un intento de aplicar el esquema del desarrollo histórico-social ideado por Vico, a las viejas culturas americanas.

Esta aplicación presenta dos matices. De un lado, es un esfuerzo más por incorporar las viejas culturas americanas, aún marginales -por la indecisión de todas las soluciones propuestas sobre la base de la pura tradición bíblica- al cuadro de la evolución general de la humanidad. La unidad de todos los pueblos estaba implícita en la unidad de su desarrollo histórico. Además, significa que Boturini apela a un método o, mejor una guía, que le facilita la resolución de algunos de los problemas que su labor crítica ha

llaba, como el de los orígenes de los cultos o la evolución lingüística de los antiguos mexicanos.

La magnitud de esta empresa no es de ponderar. Pero, como veremos más adelante, ella suponía un conocimiento de las antigüedades mexicanas tan profundo como el que tenía Vico de la antigüedad clásica, y en la base de todo ello, una serie de instrumentos científicos —especialmente lingüísticos,— que no poseyó debidamente. La interpretación acertada de los códices dependía, en primer lugar, de su pericia en el nahuatl. Por ello, quizás la orientación viquiana no le sirvió para lo que él pretendía, para iluminar le el camino, sino para dificultárselo aún más. Esto explica que alguno de sus casi contemporáneos —Clavigero— tachara su sistema de "magnífico y fantástico". Tarea superior a sus fuerzas, en suma. Y, sobre todo, una orientación historiográfica ininteligible para sus contemporáneos y sus inmediatos continuadores. Su obra corrió, pues, la misma suerte que la Ciencia Nueva del filósofo napolitano.

No andaba descaminado el erudito italiano al emprender tal empresa. Hasta mediados del siglo xviii no había filosofía de la historia en el sentido que se dió a ese nombre a partir de entonces; esto es, el de un hilo conductor, metafísico, que permitiera dar un contenido lógico a la disparatada sucesión de hechos históricos y que fuera, al par, algo más que una explicación de conexiones cronológicas y formales entre los acontecimientos entre lo precedente y lo consecuente. Penetrar en lo íntimo del mecanismo del acontecer histórico era una tarea que hasta entonces no había podido llevarse a cabo por la carencia de una "filosofía de la historia". Y, con más razón, en América, la simple atribución de los hechos del pasado indíg<sup>a</sup>na a la intervención del demonio o a la pura razón natural, no satisfacían a quien realmente se acercara con ánimo de comprender esa historia ~~se~~ misteriosa encerrada en los códices. El único esquema del tipo del que descubre Vico era, hasta entonces, el de la Ciudad de Dios de San Agustín; pero no fructificaba debidamente en los estudios históricos por partir de una contradicción casi irreductible entre el mundo humano y un deber ser del

mal procedía este -a través de la pérdida de la gracia original- no hacia el cual se ascendía paulatinamente (17). Por otra parte, y además de que por ese esquema no se explicaba radicalmente la evolución, las culturas no incluidas taxativamente en la tradición bíblica quedaban fuera de todo el horizonte que abarcaba la interpretación providencialista de la historia; por ende, los pueblos de América, a los que esforzadamente se proponía como descendientes de algunos de los hijos o de los nietos de Noé, resultaban absolutamente extraños al proceso de descomposición del gentilismo y al de aparición del cristianismo. En realidad, antes del descubrimiento de América solo cabía la distinción entre pueblos fieles y pueblos infieles -puesto que se suponía que los apóstoles habían cumplido el mandato de Jesús de pro pagar a los cuatro vientos su doctrina-, pero al hallarse los indios americanos se reeditó el viejo concepto clásico del bárbaro, aunque gentil y por ello capaz de salvarse en cuanto le predicaran las verdades del evangelio. Ni siquiera había a su favor, como en el de los griegos y los romanos, aquella conexión que se establece entre el cristianismo y algunos de los restos del clasicismo. Se les desconocía hasta entonces y su cultura era casi ininteligible. Aun lo era, para la generalidad de los hombres cultos, en el siglo xviii. Había, pues, que ensayar nuevos caminos. Por este, sólo se había logrado, después de una batalla teológica que se prolonga con nuevas vestiduras casi hasta nuestros días, conseguir que se reconociera la racionalidad del indio, su capacidad biológica, digamos, pero no la plena validez de sus creaciones culturales.

Reducir estos problemas a unidad, fundirlos a la nueva ciencia histórica europea y plantear en términos eficaces su discusión fué el gran intento de Boturini. Trató de intercalar en cada una de las etapas del desarrollo histórico, establecidas por Vico -edad de los dioses, edad de los héroes y edad de los hombres- cada uno de los datos que le suministraban los documentos indígenas. Pero no se conformó con esto, pues echó mano de algunos razonamientos y argumentos que le proporcionaban los historiadores del primer ciclo. Sin embargo, el hecho que muestra más claramente su preten-

sión de unir lo americano a lo occidental es el intento de hallar una cronología coherente que salvara los tiempos que median entre la dispersión en Babel y la primera de las culturas históricas de México (tolteca) (15). En este sentido, la predicación en Méjica, atribuida al apóstol Santo Tomás, le permite precisar los sincronismos, aunque él, a diferencia de Veytia, no se extiende en consideraciones adicionales sobre el punto.

Boturini parece haber aprovechado el esquema de Vico con fines de tipo más bien práctico. Ahora bien, no puede creerse que no se percatara de que la Ciencia Nueva, aunque no validaba lo americano, lo dejaba un tanto al margen de todo el sistema. Una lectura rápida del texto nos indica que fueron muy pocas las menciones que hace Vico de los pueblos y de las culturas americanos, por deliberado plan o por falta de información (19). Pero hay un detalle que nos hace sospechar que el filósofo napolitano no pensaba en la exclusión de la América, como Hegel que incluso trató de justificarla destruyendo la eficacia de su sistema, sino que la incluye por medio de algunas referencias corroborativas de sus tesis, como ejemplos o ilustraciones concretas. Este dejar en suspenso el estudio de las sociedades indígenas sugería el continuar su labor en este campo abandonado. A la luz de esta necesidad evidente, la obra de Boturini adquiere una significación extraordinaria por la meta que se propuso el autor. De ahí que, además, del fin práctico que hemos asignado a este proyecto, debemos considerar también en él un elemento de real contenido, de comprensión abarcadora del esquema viquiano.

Careció, sin embargo, de plenas posibilidades para llevar a efecto este anhelo, pues el proceso a que fué sometido le separó de sus documentos y le impidió continuar en el estudio de esas antigüedades. No puede, pues, precisarse hasta qué punto esa nueva visión de la historia de América hubiera resultado fructífera y útil. Por ello, por no haber podido desarrollar todos y cada uno de los aspectos que requería la aplicación del sistema Vico -derecho de gentes, evolución de las lenguas, desarrollo de la

gión- lo único que nos atrae la atención inmediatamente es la división del pasado indígena en las tres edades establecidas por el autor de la Ciencia Nueva.

Ade más, no andaría él muy seguro de la oportunidad de descubrir su fuente inspiradora cuando atribuyó el esquema a Varrón, citado desde luego por Vico, y solo después de la publicación de la Idea, por causas que hemos de ver a continuación.

Boturini al llegar a España, hemos dicho, se relacionó con los más importantes eruditos de la época. Parece que trabó amistad con el padre Andrés Marcos Burriel, S.J., que preparaba por entonces una gran recopilación documental española, en la cual se incluía a las Indias, por lo cual el erudito italiano y, más que él, su museo, llegó muy a punto. Boturini le mostró a Burriel la Ciencia Nueva, ponderándosela. Por esta razón cuando Jorge Juan, por encargo del Consejo tuvo que presentar un dictámen sobre la obra de Boturini -la gran historia- se lo encargó al jesuita, el cual sin desaprobársela totalmente, ni lastimar la consideración de sabio que le merecía nuestro autor, le acusó de plagiar la obra de Vico (20). Pero se nota en ese informe que la principal preocupación de Burriel es el nacerse de la colección de Boturini, por eso no se atreve a rechazar totalmente la Historia que acababa de presentar a la consideración del Consejo. Si bien Boturini no conoció este informe hasta cinco años después, parece que ya era pública su adhesión al sistema de Vico por lo que ya no pudo ocultarlo y su discurso en la Academia Valenciana se inspira francamente en "el único que abre camino para penetrar en el espeso bosque de la Gentilidad".

B. Boturini inicia una modalidad en la historiografía de México. Los autores del primer ciclo habían consultado documentos indígenas e informantes versados en las tradiciones; pero nunca habían elevado a la categoría de punto clave de su trabajo esta investigación basada en testimonios de los indios. Boturini exagera la necesidad y la importancia de hacer esto mismo:

de volver a las fuentes más respetables, pues, al cabo, él es la cabeza de una época de reinterpretación histórica y necesita insistir en la diferente manera de investigar que le separa de todos los autores precedentes. Pero, además, esta actitud de crítica contra todo lo anterior es bastante común en la historiografía de México, desde el primer siglo hubo autores que trataron de demostrar que las obras anteriores a las de ellos eran cosa de poca consideración. Recordemos que Torquemada critica con insistencia al padre Acosta, pero, a su vez, es acusado por Vetancourt de publicar como suyos el fruto de los trabajos de Mendieta; por su parte, Vetancourt es posteriormente incriminado de plagiar al autor de la Monarquía Indiana, por Clavigero que es un refundidor de esa monumental recopilación de noticias aunque no lo parezca dada la serie de críticas que le dirige constantemente. El propio Botarini quedaría no muy bien parado después de la publicación de la obra de Veytia, el cual, no obstante reconocer cuanto le debe, no deja pasar ocasión de mostrar sus errores o anacronismos. Es posible que esta reiteración de acusaciones y de críticas se deba no solo al afán personal de mostrar la originalidad propia sino también a la índole de la historia antigua de México, sujeta al conocimiento de una lengua, de una escritura muy peculiares y, por ende, bastante difíciles de inteligir.

Pero lo ~~que~~ más interesante<sup>no</sup> es que si nos dejáramos llevar por esas críticas sucesivas y analizáramos a fondo cada una de las obras puestas en entredicho, posiblemente llegaríamos a la conclusión de que todas se basan en un grupo bastante reducido de fuentes indígenas o de los primeros tiempos de la colonización, limitándose cada autor a completarlas con alguna información sobre problemas accesorios o sobre grupos indígenas secundarios.

Lo que ocurre, pues, en la historiografía del antiguo México es que sus fuentes escasean; en segundo lugar, que depende de interpretaciones orales no todas conservadas por los investigadores del primer siglo; y por último, que si bien las fuentes más puras son susceptibles de versión a lenguas de



escritura fonética, el poco conocimiento del vocabulario no permitió, ni aun en el xviii, penetrar profundamente en la interpretación de las fuentes. Siempre, pues, hubo campo para nuevas elaboraciones; no siempre, es claro, justificadas ni certeras. Para restablecer, pues, sobre bases sólidas la historia antigua de México, todos los autores, y con más razón los del siglo xviii, se ven precisados a invocar una vuelta a las fuentes primarias.

Este es el espíritu que anima a Boturini. Pero al dar a luz el resultado de sus trabajos no solo exageró el valor de esas fuentes primarias sino que mostró haberlas estudiado menos de lo que parecía por su dicho. Era cierto que "la misma historia de la Gentilidad clamaba por Sugeto que saca se del túmulo del olvido" (21). Pero él se limitó a la labor previa, a desenterrar los documentos. Una vez en la posesión de ellos ya se siente tan seguro que al criticar la obra del padre Acosta dice que se valió de una relación "mal digerida que halló en Nueva España", mientras que sus documentos "forman un entero archivo de monumentos... que son absolutamente necesarios para poder escribir de un Imperio tan dilatado como el de la América septentrional" (22). Hemos subrayado en ese texto las palabras más importantes, porque dan una idea de cómo sobrestimaba él sus hallazgos. En otra ocasión dice: "aunque algunos intentaron escribir en esta materia, fué poco y no tuvieron la fortuna de acertar por la falta de materiales, que ni incesante tarea ha encontrado después" (23).

Pero veamos a qué se reducen esas fuentes absolutamente necesarias. En primer lugar, podría suponerse que Boturini utilizó para la formación de su obra más fuentes de las que cita taxativamente; pero el carácter de ella no permite asegurarlo. No siguiendo él el tipo de relato hasta entonces usual, es prácticamente imposible seguir la pista de las influencias más directas. Si nos atenemos, pues, a las fuentes que cita, resultan bien pocas y no de las que pueden calificarse como de primera mano, dado que entre todas las que poseyó se observa que tuvo una preferencia notable por las

relaciones de Ixtlilxochitl, cuyos manuscritos poseyó en su museo. Se explica que las obras del noble tezcocano tuvieron gran autoridad a los ojos de Boturini debido a la condición indígena y noble del autor, al que, por ende, se suponía conocedor de las tradiciones más puras de su tribu y por que el mismo se decía respaldado por viejos códices, ya destruidos y por el asentimiento de otros nobles tan peritos como él en las antigüedades del país. De todos modos, Boturini transmite a Veytia esta pasión por las relaciones de Ixtlilxochitl, de tal modo que en lo sucesivo sería uno de los autores más respetados, incluso, por quienes, como Clavigero, se adhieren a una tradición no tezcocana y no le siguen en sus relato (24).

La obra de Ixtlilxochitl posiblemente representa para Boturini un auxilio fundamental debido a su cronología. Esta parte de las obras del cronista tezcocano es una de las más disparatadas; pero al mismo tiempo, como que depende de las más viejas tradiciones de los pueblos del valle de México se remonta a fechas que no aparecen en otras tradiciones. Y esto significaba para el erudito italiano una posibilidad más de relacionar la cronología antigua de México con la cronología occidental. Además, su exagerada occidentalización le acercaba al punto de vista de Boturini.

Otras fuentes tuvo a su disposición Boturini. Pero es probable que al momento de escribir su Idea solo recordase aquellas que había realmente estudiado. Una de las que cita es la obra de Fray Gregorio García (25), con motivo de la cual toca algunos puntos generales de crítica histórica. Boturini, respondiendo a nuevas orientaciones científicas, no se deja engañar por las pruebas hasta entonces muy frecuentes del origen de los indios, pruebas basadas en tres tipos de razonamientos: 1º la existencia de semejanzas morfológicas o semánticas del náhuatl y de algunas lenguas europeas y asiáticas; 2º las coincidencias entre leyes indígenas y de otros pueblos; y 3º las concordancias entre las costumbres de los americanos y las de otras naciones idólatras del Viejo Mundo.

Ahora bien, mientras estos argumentos son agudamente rechazados por Botu

rini en su generalidad -teóricamente pudiera decirse-, en la realidad de sus investigaciones, bien por inconsecuencia, bien por influencia de los autores que le guiaban, se nos aparece él como uno de los que más abusa de ellos. En efecto, abusa de las pruebas lingüísticas -y es una de las enseñanzas que trasmite a Veytia- y de las semejanzas, como la de Cholula con Babel, perdiéndose por caminos desviados de la crítica severa, a la moderna, que parecía capaz de emprender a juzgar por sus juicios condenatorios de esos tipos de pruebas tradicionales. Pero, una vez más, en este punto se nota la influencia de aquella sobrestimación de sus fuentes a que nos referimos; él rechaza, en su generalidad, las clásicas pruebas del origen de los indios por sus semejanzas con pueblos del Viejo Mundo, porque se propone resolver el problema con solo la ayuda de los documentos indígenas, de sus documentos "nacionales", como les llama, lo que, como es obvio no realiza. Nos basta, sin embargo, lo que respecto de la cuestión expuso para comprender que él haría decir a los monumentos "nacionales" indígenas las mismas cosas que los autores precedentes decían sobre la dispersión de los hombres en Babel y sobre el parentesco con pueblos asiáticos.

C. Boturini fué, sin duda alguna, un admirador de las viejas cultura indígenas. Sin embargo, no puede decirse que su obra sea un típico representante de esa tendencia proindígena tan peculiar de la historiografía primitiva de América. Tampoco, es claro, representa una nueva modalidad dentro de esa <sup>h</sup>reintención general como las obras de Granados Gálvez y de Clavigero. Le faltaba para incorporarse a esa manera historiográfica una identificación profunda con el medio social y natural americano, para lograr la cual le faltó tiempo. Pero es que, además, el plan de la obra de se opone casi radicalmente a esas manifestaciones; no hay en ella relato alguno, ni, por ende, historia política que era aquella en la que podía más fácilmente encontrar su cauce admiración por los indígenas. Pero, no hay duda que él tenía una fe casi ciega en la capacidad de los indios, a lo menos, para na

<sup>memoria</sup>  
 c-onservar el recuerdo del pasado.

Hubo, además, otro factor que influyó en este tipo de ideas. Por circunstancias que ya conocemos, Boturini tuvo que conducirse con suma cautela. Si al hecho de no estar identificado con el medio americano añadimos el peligro que corría de expresar ideas no muy simpáticas al poder colonial, nos explicaremos por qué la obra de Boturini ~~no~~ encierra aquellas expresiones "políticas" que encontramos en otras de su tiempo. Por ello asegura que ha de combatir los ataques dirigidos contra España, en la persona de los conquistadores, no ya con fuentes españolas o coloniales sino con fuentes indígenas, con "los mismos autores Indios, los que no obstante haber sido los agraviados confiesan ingenuamente todo lo sucedido en ella" (26). No precisa más la cuestión; pero cuando se refiere a un mapa que representa el "castigo" que ejecutó Cortés en los cholultecas, es obvio que otro historiador de la época, más imbuido de los temas a que nos referimos no hubiera empleado esa palabra, que implica culpa de los indígenas (27).

4. Boturini representa, como indicamos al comienzo del capítulo, el redescubrimiento del tema de la historia antigua de México. En este sentido es no solo el primero de su ciclo, sino también la cabeza visible de una reorientación de los estudios en la dirección de las fuentes indígenas primarias, lo que, como vimos él no resolvió sino teóricamente. Finalmente, no tanto por su obra como por su colección de documentos y de manuscritos, <sup>ejercen</sup> la más seria influencia -por su ejemplar dedicación- sobre la historiografía posterior. En este sentido observese que no solo deja un continuador, que le reconoce por maestro (Veytia) sino que no hay historiador posterior que no le mencione, algunos con elogio, como Beaumont (28), otros con respeto, como Clavigero. Ya cuando se discutía en el Consejo su proceso, el ministro Carvajal mostraba que la labor de Boturini producía la emulación de los crónicas, lo que pudiera explicar en buena parte la influencia de sus trabajos.

Su colección, hasta el momento del proceso sustraída de la circulación aunque, al par, salvada de que siguiera perdiéndose en manos de gente no interesada o ignorante, se puso al servicio de los curiosos. Puede afirmarse que casi todos los historiadores del siglo xviii la consultaron y varios de ellos, que citamos más arriba, sacaron copias de los documentos que les interesaban. Fué, en realidad, la primera biblioteca pública de antigüedad mexicanas y en este sentido su importancia no se nos puede ocultar.

Dejando a un lado el interés que reviste su adhesión a las ideas de Vico, la obra de Boturini presenta aspectos de gran interés para el desenvolvimiento posterior de la historiografía de México. Uno de los más fructíferos sería su investigación acerca del calendario que continuó y mejoró Veytia. Y dentro de este tema, Boturini es quizás el primero que intenta seriamente relacionar los conocimientos astronómicos de los indígenas con su sistema de cronología; claro es que en las obras "clásicas" del primer ciclo (Sahagún, Torquemada) al tratarse de la astrología y de los agüeros de los antiguos mexicanos se esbozan estas relaciones; pero Boturini al identificar los signos de los veinte días del mes azteca con otras tantas estrellas fijas, inicia realmente una investigación que, al través de León Y Gama, daría gran estímulo a los estudios de antigüedades de México, culminando a fines del siglo pasado en los trabajos de Chavero y de Paso y Troncoso (29).

Notas bibliográficas.

- (1) Cf. José Torre Revello, "El caballero Lorenzo Boturini Benaduci y el manuscrito del tomo primero de su inédita Historia General de la América Septentrional", Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, XVI, Buenos Aires, 1933, pp.92-142; reproducido en "Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci", Boletín del Archivo General de la Nación, VII, /1, 2 y 3, pp.5-45; 229-255 y 362-401. Se trata de un estudio hecho directamente sobre el expediente de la causa de Boturini ante el Consejo de Indias.
- (2) Joaquín Codallos Rabal fué, después de su viaje a España -donde conoció a Boturini- nombrado gobernador de Nuevo México (16 de noviembre de 1743). En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de México hay correspondencia de él.
- (3) Cf. Mariano Fernández de Echeverría y Veytia "Discurso preliminar a la Historia Antigua de México, escrita por..", Federico Gómez de Orozco, Catálogo de la colección de manuscritos relativos a la Historia de América, formadas por Joaquín García Icazbalceta, México (Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores), 1927 (Monografías Bibliográficas Mexicanas, n.º 9), apéndice 1, pp. 221-256. Asimismo: "Inventario de los papeles y mapas de Boturini", Sección de Manuscritos del Museo Nacional de México, n.º 236, f. 6
- (4) Cf. loc. cita. n. ant. in fine, f.4.
- (5) Puede apreciarse el estado polémico de la cuestión en la obra de Cayetano Cabrera y Quintero, Escudo de Armas de México, México, por la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, año de 1746; no se explicaría que sin encontrar oposición el autor gastara tanto papel en redargüir a imaginarios opositores.
- (6) Puede verse el inventario del año 1825 en la Sección de Manuscritos del Museo Nacional de México, t. 4, n.º 16.
- (7) Ramón Mena, "La colección arqueológica de Boturini. E jemplares descono

cidos existentes en la Biblioteca Nacional", Boletín de la Biblioteca Nacional de México, xii, 3, 4 y 5, pp 85-104; 151-158; 223-236, (1917-1918).

- (8) Cf. Alfredo Chavero, "Boturini", Anales del Museo Nacional, 1a. ep., III, pp. 236-245, México, 1886.
- (9) En Madrid, En la Imprenta de Juan de Túniga, año de 1746; hay otra edición con igual título, en México, Imprenta, Litografía y Encuadernación de I. Paz, 1867 (Biblioteca mexicana, t.xviii).
- (10) Según Beristain, Boturini fué autor de una "Oratio de jure naturali septentrionalium Indorum"; pero parece que se trata de la misma que citamos en el texto; la censura de Mayans puede consultarse en Cartas Morales, Militares, Civiles y Literarias de Varios autores españoles. En Valencia, Por Salvador Fauli, año de 1773, t. III, pp.400-414.
- (11) Cf. José Fernando Ramírez, "Cronología de Boturini", Anales del Museo Nacional, 1ª ep., vii, México, 1903, pp. 167-194.
- (12) Cf. estudio citado. n. 1.
- (13) Cf. "Miscelánea. Opúsculos Históricos", Sección de manuscritos del Museo Nacional de México, E. 3, T. 2, 203, pp. 157-318; es un tomo que perteneció a la colección particular de José Fernando Ramírez.
- (14) Cf. "Inventario", cit. n. 3. f.20.
- (15) Cf. Historia Antigua de México, lib. I, cap.V.
- (16) Esta opinión de Veytia era muy justa dada la confusión que los distintos intérpretes de las fuentes indígenas del primer ciclo habían echado sobre la cuestión, a lo cual se añadieron los errores de Boturini. En realidad, correspondió al historiador poblaro presentar la primera explicación inteligente del calendario y la cronología aztecas.
- (17) Sobre la teoría histórica del cristianismo, J.T. Shotwell, Historia de la Historia, México, Fondo de Cultura Económica, (1940), especialmente el cap. xxviii.
- (18) Es notorio el esfuerzo que realiza Boturini en la Idea por establecer

un punto de partida -confusión de las lenguas- que le permitiera afirmar sus pasos en esta cuestión.

- (19) Cf. Ciencia Nueva, 2 ts., México, El Colegio de México, (1941); I, pp.193; II, pp.30 y 57.
- (20) Cf. Copia textual de parte del dictámen de Burriel se encuentra en el estudio de José Torre Revello, cit. n. 1; sobre los proyectos eruditos del jesuita español, cf. Agustín Millares Carlo, op. cit., n. 25, cap. I.
- (21) Idea de una nueva historia, Dedicatoria.
- (22) Este juicio se halla textualmente copiado en el tantas veces mencionado trabajo de José Torre Revello, cit. n. 1.
- (23) Idea..., cap. VII, n.2.
- (24) Origen de los Indios de el Nuevo Mundo, Valencia, 1607.
- (25) Una opinión muy ponderada sobre la cronología de Ixtlilxochitl es la de Manuel Orozco y Berra, "Ojeada sobre cronología mexicana", apéndice al Códice Ramírez, cit. n. 4, cap. I., pp. 283-294.
- (26) Idea... p. 152.
- (27) id., p. 113.
- (28) Fr. Pablo Beaumont, Crónica de Michoacán, 3 ts, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, xvii-xviii y xix), II, p.72.
- (29) Alfredo Chavero, op. cit., n. 9, cap. I; Francisco Paso y Troncoso, "Ensayo sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos", Anales del Museo Nacional, 1<sup>a</sup>. ep., II, Mexico (1881); pp. 323-402.



## CAPITULO III.

LA HISTORIA DE GRAN ESTILO: Mariano Fernández de Echeverría y Veytia.

1. "No me lisongeaba mi amor propio de poder suplir la falta de Boturini, antes por el contrario me acordaba lo arduo del empeño muy superior a mis fuerzas, pero me era sumamente sensible que estas noticias, que a costa de tantas fatigas y penalidades llegué a adquirir, y de que yo me hallaba en tanta parte instruido, quedasen otra vez sepultadas en el olvido".

Con la Historia Antigua de México, obra de Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, aparece en Nueva España, durante el siglo xviii, la primera gran historia de estilo tradicional, en la cual se continúan los empeños del caballero Boturini. Nació el autor en Puebla de los Angeles el 16 de julio de 1718. Su padre ocupaba un cargo en la magistratura colonial; era oidor de la Audiencia de México y Superintendente de la Real Casa de Moneda. Descendía de un viejo tronco de la pequeña nobleza vasca, que había dado a la administración real funcionarios tan famosos como el célebre tesorero de la Casa de Contratación, José de Veytia Linage (1). Siguió las carreras comunes en aquellos tiempos -artes y leyes- para los hijos de familias principales, obteniendo los grados de bachiller en ambas en 1733 y 1736, siendo aprobado de abogado por la Audiencia de la capital en 1737. Llamado a España por intereses de familia y quizás por la esperanza de obtener cargos y honores más importantes que si permaneciera en la colonia, partió en mayo de ese mismo año hacia Veracruz, embarcando rumbo a la metrópoli.

Entre 1737 y 1739 parece haber realizado cortos viajes por España, Francia y Holanda, aunque figuraba como radicado en la villa de Oña, de donde provenía su familia, y en la cual obtuvo en 1738 el cargo de alcalde de la

Santa Hermandad, un año después, el de síndico procurador general por el estado noble, finalmente, en 1740 procurador particular y regidor perpetuo. En 1742 fué armado caballero de la orden de Santiago, apareciendo por el título que le dió el rey en esa ocasión, que ya era corregidor de la ciudad de México, cargo sobre el cual se le expidió despacho en 1743.

Según cuenta su hijo, Veytia intentó primero cruzarse caballero de San Juan de Malta, lugar en el cual permaneció un tiempo haciendo hasta tres correrías contra los moros; pero su afán de contraer matrimonio les desvió de ese camino, optando entonces por la más importante de las ordenes militares españolas. Sabemos que residía en Madrid desde el año 1742, pero ignoramos los detalles de su vida en aquellos años, salvo en lo que concierne a su encuentro con el infortunado Boturini a quien alojó en su casa durante dos años.

Parece que la muerte de su padre le forzó a volver al suelo nativo en 1750 (2). Residió a partir de esa fecha en Puebla, donde tenía lo principal de sus bienes, en los cuales se contaba una hacienda en Malacatepec. Casó por segunda vez. Ocupó varios cargos concejiles: alcalde ordinario en 1758 y 1759 y en 1767, año de la expulsión de los jesuitas. Mientras su vida discurría en estas pocas ocupaciones dedicaba parte del tiempo a la elaboración de su obra magna, en la cual trabajaba hacia 1769, según dice en el capítulo iii del libro ii. No pudo, sin embargo, darle cima. Hacia 1777 ya tenía terminado el tomo primero. Cuando murió, el 24 de febrero de 1780, estaba reuactando la parte correspondiente al último período de la historia precortesiana(3).

2. Veytia fué un erudito nato. En este sentido, como en otros, en un hombre de su siglo. Toda su vida trabajó en el conocimiento de las antigüedades, recopiló cuanto material histórico interesante encontró a su paso y, por ello, quizás, habiendo comenzado varias obras solo dejó realmente terminada la Historia de la Fundación de Puebla; todo lo demás quedó en la etapa preparatoria -recopio de información- o trunco, salvo dos o tres pie-

zas menores como son unos discursos académicos que lograron salvarse de la pérdida casi completa de su rico archivo.

Aunque su formación cultural se completó en Europa, particularmente en España, a la sazón enriquecida por los trabajos de un grupo notable de científicos, ya citados en el capítulo I, ese espíritu de curiosidad y de precisión erudita le dominaba ya antes de partir de México. Dígalo si no el Diario del Lic. D. Mariano Fernández de Echeverría y Veytia que comenzó al emprender su primer viaje, del cual se ha perdido el rastro y que, según testimonio de su hijo, comprendía dos tomos con anotaciones de fechas, de lugares, de monumentos, de situación astronómica de las ciudades por donde pasaba, de un sin fin de noticias, más curiosas para el estudio del personaje quizás que para el de la historia (4). Este prolijo contenido lo retrata de cuerpo entero; era el suyo un espíritu Baedeker.

Dedicado durante años<sup>a</sup> la recolección y copia de documentos y papeles interesantes para el desarrollo de un sin número de obras que no escribió, logro reunir él también, como los sabios europeos de la época, un gabinete. De este modo reunió numerosos tomos de manuscritos, cuya relación completa no ha podido reconstruirse no obstante las distintas menciones que de ellos se hace en varios testimonios contemporáneos.

Además de los manuscritos de la Historia Antigua, de la de Puebla y del Discurso Preliminar de aquella (5), se encontraron entre los papeles que su viuda entregó a las autoridades de Puebla para remitir a México por orden del rey (6), varios cuadernillos "suentos", un "libro de riestas de los indios y su explicación" acompañado de veinte láminas, otro titulado Baluartes de México (7), un mapa de la ciudad de México, dos tomos rotulados: "Discursos académicos sobre la historia eclesiástica" (8). Sabemos que dejó también gran cantidad de tomos de documentos y de papeles, de los cuales a principios del siglo pasado se conocían solo cuatro y hoy tres (10). Pero esta breve y parcelada enumeración no da la medida real de sus esfuerzos.

En efecto, sabemos -el lo dice- que apenas volvió a México comenz' a copiar documentos y manuscritos de la colección Boturini, labor en la cual se hallaba empenado hacia 1756; asimismo copió o mandó a copiar una serie de obras de su tiempo y del siglo anterior, como el Theatro Angelopolitano de Bermudez de Castro (11), formó un tomo titulado "Papeles curiosos de Historia de Indias", con documentos tomados del archivo de la Catedral de México (12) y obtuvo el original de la obra Segunda Parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México. Orden de Predicadores de la Nueva España (13), por Fray Alonso Franco. Su curiosidad abarcó, pues, todos los ámbitos de la historia de su tiempo, siendo quizás el primer seglar mexicano que se interesa por la historia eclesíastica.

No es un hecho insólito que esta colección se perdiera casi totalmente o quedara de tal modo dispersa que es imposible reconstruirla debidamente. Ya sabemos lo que ocurrió con la de Boturini, al parecer sucedió con las de León y Gama y la del coronel Diego Panes. No nos consuela que a la larga vayan apareciendo tomos sueltos y manuscritos diversos; realmente lo que más interesaba de ella era la unidad rectora del compilador, el grupo de intereses científicos que le guiaba en ese ingente trabajo de recopilación, y es lo que precisamente ha quedado deshecho al dispersarse los papeles. En realidad, se ha salvado bastante, dado que la mayor parte de la colección estaba destinada a quemarse según instrucciones que dió la viuda a un amigo del historiador (14), porque contenía gran cantidad de papeles contra la orden de los jesuitas, a los que no parece haber sido muy afecto el erudito poblano. De todos los papeles que hacían relación a estos religiosos el que parece irremisiblemente perdido es una traducción -quizás la primera en América- de las Cartas Provinciales de Pascal (15).

De la Historia Antigua se hicieron dos copias, por lo menos. Una, el año de 1782, por orden del virrey, que pasó por varias manos hasta dar en las de Francisco Ortega, su primer editor; otra, que perteneció al coronel Panes y puede ser la que se encuentra hoy en el Museo Nacional (16).

De la Historia de la Fundación de la ciudad de la Puebla se conocen dos copias: una antigua, que se encuentra en el Museo Nacional; otra, moderna, aunque tomada posiblemente sobre el original que hay en España o sobre una copia también de 1782, que se encuentra en la Academia de Ciencias Antonio Alzate, la cual sirvió para la primera edición (17).

3. Solo nos interesa estudiar aquí la Historia Antigua, obra fundamental de Veytia. Aunque la Historia de la fundación de Puebla y los Baluartes de México puedan contener temas de cierto interés, nunca sefan comparables a aquella, por ser la una, una recopilación de datos tomados del archivo municipal de la ciudad, la otra, una apología no muy diferente del término medio de las obras de ese tipo en aquellos tiempos. En todo caso, nos servirán para confirmar o ratificar algunas de las característica historiográficas generales que hemos constatado en la historia precortesiana.

Esa obra fundamental de Veytia fué objeto de una larga preparación y estudio. No se interesaba él por la historia antigua de su patria, cuando conoció en Madrid al caballero Boturini: "lo más del día estabamos juntos y regularmente giraba la conversación en los asuntos de esta historia" (18). No una, sino varias veces cuenta el cómo debió al italiano su primer entusiasmo por unas antigüedades que no había tenido tiempo de gustar en su tierra y que vislumbró por obra de su encuentro con aquel erudito a quien vió escribir la Idea de una nueva historia "en mi propia casa donde le tenía hospedado" (19). Con esas primeras enseñanzas y el trabajo de copia que, por encargo de Boturini, emprendió en México, quedó definitivamente empenado en completar la obra de su antecesor y maestro. Improvisó algunos de sus conocimientos instrumentales como el de las lenguas indígenas (20). Hemos dicho, y vale repetirlo, la Historia antigua fué obra larga y trabajosa, en la cual empleó buena parte de los años que corren entre 1760 y 1780, aunque posiblemente la historia de su ciudad natal -una vez que su cargo de regidor perpétuo le abrió los archivos municipales- le tomó tiempo que necesitó luego para dar término a aquella.

La obra abarca tres libros. Comienza por una discusión del origen de los pueblos americanos, a continuación estudia su cronología, relata las primeras migraciones (olmeca, mixteca y tepalteca), intercala la historia de Quetzalcoatl, a quien identifica con Santo Tomás y termina el primer libro con la historia política de los teotoca. El libro segundo se refiere a la migración de los chichimeca y al desmoronamiento de los dos centros de su poder en Tenayuca y Tezcoco, entrando sin transición en el relato del predominio de esta última ciudad y de las luchas con los tepalteca de Atzacapotzalco. La llegada de los aztecas al valle de México no es más que un incidente en el curso de estos capitales. Finalmente, el libro tercero que quedó trunco, inicia el estudio del gobierno de Netzahualcoyotl o sea del período de apogeo de la alianza tenochca-tezcocana.

A. Esta simple enumeración del contenido nos dice mucho más que cuantos análisis de ella podamos hacer. Veytia, por haberlo proyectado así y por el azar de que no terminó su obra, se muestra como un historiador del período tezcocano de la historia antigua de México, y, aun mejor que tezcocano, chichimeca. Se afeña, pues, a una de las tres grandes tradiciones históricas del valle. Véase, además, cómo se expresa de las relaciones de Ixtlilxochitl su fuente capital, en lo que parece seguir los pasos de su maestro, Boturini. Pero no se crea que esto constituye una limitación de la importancia de su historia, pues en realidad, él es el primero que trata extensamente los períodos más antiguos del pasado de México, salvo, es claro algunos códices como el Xolotl, ciertos documentos del xvi a ellos atinentes y las obras de Ixtlilxochitl; pero sobre unos y otros tuvo la ventaja de haber pasado antes al dominio público.

Para que veamos hasta qué punto la mera distribución de las materias es ya un indicio muy serio de su filiación historiográfica comparemos el contenido de su historia con el de algunas obras importantes en la misma materia, la Monarquía Indiana, de Torquemada, establece los grandes períodos históricos separados por el comienzo de la peregrinación azteca. Clavigero, en su

Historia Antigua establece, en realidad, tres períodos, separados por la fundación de la "monarquía" tenochca y por la lucha contra Tezozomco de Atzacapotzalco. Ambos autores, pues, muestran la tendencia a tomar los hechos de la tradición tenochca como puntos centrales de su narración. Ciertamente es que el comienzo del reinado de Netzahualcoyotl es, asimismo, el aflorescer del predominio tenochca; pero en Veytia —a diferencia de Torquemada o de Clavigero— la historia es realmente historia del gran caudillo de Tezcoco, no la historia del poderío tenochca. Los autores citados se mantenían, pues, en una esfera de información histórica más moderna que Veytia. Al estudiar la obra del jesuita veracruzano veremos que él dice haberse propuesto sólo la historia antigua de los mexicas; empero ello no desdice, sino confirma, su adhesión a la tradición indígena más joven. Veytia, por lo contrario, al inspirarse en las fuentes respaldadas por un pasado más rico lleva a cabo una obra más completa. Desde luego, aprontémonos a decir que la mayor o menor extensión del texto no garantiza una mayor abundancia o certitud de información útil, si bien puede responder a la disponibilidad de fuentes más explícitas, como serían en este caso los escritos de Ixtlilxochitl.

Aun teniendo en consideración estas salvedades, es evidente que Veytia fué el primer historiador mexicano que se planteó la necesidad de hacer una relación in extenso y completa del pasado indígena. Antes que él, Torquemada intentó algo parecido; pero al franciscano le atraían ciertos problemas que ya en el siglo xviii estaban casi olvidados, a virtud principalmente de una serie de sincretismos, particularmente religiosos, que daban nuevo aspecto a la sociedad colonial. Esto explica que la historia política del México antiguo ocupe en la Monarquía Indiana sólo una parte del tomo primero —dentro de la cual parte lo más se refiere al último período, siglos <sup>xv y</sup> xvi— mientras el estudio de la cultura indígena y el relato de evangelización abarcan cada uno un tomo. Antes que Veytia, su inspirador Ixtlilxochitl intentó hacerlo; pero, bien porque, como opina Orozco y Berra (21), se limitara a tantear las diversas versiones, bien porque careciera de juicio para es

establecer su propia versión, lo cierto es que de toda su obra solo resulta aprovechable en conjunto la Historia Chichimeca (22). Por estas razones viene Veytia a ocupar un lugar prominente en la historiografía de México lugar que quizás hubiera correspondido a Boturini.

No parece que hubiera parte alguna de la obra destinada al estudio sistemático de la cultura indígena. Por otra parte, ya hemos dicho que quedó sin terminar. Pero hay, además, otro factor, que estudiaremos más adelante, que resta valor a este su ensayo de reunir coherentemente los materiales de historia antigua acopiados al cabo de dos siglos de labor; me refiero concretamente al estilo de su obra, preñada de tradicionalismo historiográfico Veytia, por la forma, es un continuador de los historiadores del siglo xvii aunque más de una vez su contemporaneidad se manifieste claramente en las ideas que expone. Escribía él en los momentos en que penetraban en Nueva España nuevas actitudes científicas; pero nada de ello le alcanza.

Algunos de esos elementos tradicionales, unidos a su formación de erudito típico del xviii —con más de empeño que de juicio— y sin disponer de los instrumentos de que se valían sus congéneres europeos, son los que enervan la magnitud del proyecto. Y, de este modo, Veytia, que, por su ambición debía ocupar uno de los lugares principales en la historiografía de México ha pasado con su obra a ser una fuente casi olvidada. En realidad, su Historia Antigua, al igual que la Idea de Boturini, y quizás más que esta, viene a representar el último gran eco de la historiografía del primer ciclo, distanciándose tanto de la obra de su contemporáneo Clavigero, como esta de la de Torquemada. Mientras Veytia puede caber dentro de la historiografía demoníaca del antiguo México, Clavigero es un moderno.

B. La obra de Veytia es una historia de gran estilo. Es ni más ni menos una narración en la que entran todos los prejuicios formales y de fondo que imperaban en la historia del siglo xvi y se transmiten, acentuándose, a las del xvii. Historia de gran estilo es la del franciscano Torquemada.



Su primer elemento metódico es el esfuerzo por incorporar la tradición indígena a la bíblica. Como esto no puede realizarse más que apelando a pruebas de interpretación, no sobre hechos efectivamente comprobados, la historiografía de este tipo se vuelve grandemente imaginativa. Sin embargo, casi en el inicio del libro I (cap. II) Veytia promete no ingerirse en la materia de la cronología bíblica, "ni menos -esto es lo más interesante- empeñarme en conciliar su cronología con la nuestra, como parece que lo intenta hacer el caballero Boturini". Pero es tal la necesidad que tiene de ese enlace entre dos tradiciones tan diversas que toda la obra sugiere constantemente esa conciliación, la cual está implícita en el hecho de hallar estos elementos bíblicos en los documentos indígenas. Tal es el caso de la predicación de Santo Tomás en América que Torquemada no acepta, aunque la sustituye por los presagios de un personaje maya, Chilam Cambal, suerte de iluminado que viene a fungir como puente de unión, pues todo iluminado tiene la gracia de Dios (23). Por otra parte, esta leyenda de la predicación del apóstol en América es una de las influencias más visibles de la historiografía tradicional sobre la obra de Veytia.

Pero aún resalta más ese tradicionalismo, en la manera de narrar y, desde luego, en el forma de contemplar los personajes. Claro es que ninguno de los historiadores del siglo XVIII se salvó de caer en viejos prejuicios formales; bastaría mencionar a Clavigero. Pero Veytia, sin duda alguna, los exagera. Es un enamorado de la forma, de la grandeza heroica de la antigüedad y toda la obra parece encaminada a demostrar que hay tantos hombres extraordinarios en el antiguo México como pudo haberlos en el pasado de cualquiera de las otras naciones del mundo. No se le tome, sin embargo, por militante defensor de los indios como Granados y Gálvez, no; lo que ocurre es que su mundo, el que conoció al salir de México y visitar varias cortes europeas, permeado de expresión barroca, dominó sin casi reparos en su manera de historiar. Sabemos que dispuso de bastante buenas fuentes de información, mas todo ello quedó como disfrazado tras el aparato narrativo. Es curioso observar cómo sus protestas de decir verdad o de atenerse a lo dado

en las fuentes son mucho más reiteradas y, sin duda, menos enérgicas y comprometedoras que las de Clavigero, y, sin embargo, el resultado negativo es más visible que en la obra del inteligente jesuita.

Esta historia de gran estilo no es una simple narración grandilocuente, sino, además, una tragedia. En el fondo, pues, se trata del amor a los héroes que el teatro clásico francés había llevado a su máxima expresión y Solís puso de boga en su historia de la conquista. No sería quizás aventurado afirmar que este elemento teatral -con dos papeles fundamentales en la trama- está implícito en las luchas entre dios y el diablo, propia de la historiografía del xvi; pero aun cuando ello no hubiera pasado a la obra de Veytia, el mundo histórico le llevó por ese camino. Bastaríanos recordar las hiperbólicas censuras de libros, las manías de los epítetos, la pródiga adjetivación para comprender hasta qué punto refleja el un ambiente intelectual muy preciso.

Aun más, los personajes de la Historia Antigua que, a veces, representan una tragedia -con sus dos papeles centrales- siempre significan, por lo menos, una concepción cortesana -versallesca diríamos mejor- de la historia. Quien sabe hasta qué punto las inclinaciones caballerescas de Veytia influyeron en esta percepción involuntaria de su medio. La primera impresión que nos causa la lectura de la historia política de los tolteca y de los chichimeca es la de que no hay un solo personaje que no esté adornado de las más excelsas virtudes, las que en su tiempo se atribuían a los gobernantes y a los héroes históricos o a los hombres heroizados. Sería fatigoso seguirle por este camino; habría que reproducir páginas enteras del texto; pero algunas muestras pueden dar idea de los límites a que llegaba su historia de héroes precortesianos.

Veamos, por ejemplo, cuando los jefes tolteca, ya fundada Tollan, resignan su poder para dar paso a la "monarquía", dice él:

"Admirable acción de unos gentiles que nos presenta una prueba incontestable de su cordura, prudencia y desinterés, y de una incomparable magnanimidad, con que despojándose voluntariamente de la dignidad y el

mando que habían mantenido tantos años con tanto aplauso y aceptación de su pueblo, que los miraba y respetaba como a sus soberanos, prestándoles siempre una ciega obediencia, todo lo pospusieron al bien público y a la felicidad de sus súbditos pareciéndoles que por este medio se la aseguraban para lo futuro, sin reparar en sus propias conveniencias, ni en la exaltación de sus familias y posteridad" (24).

En este torneo de cortesías, el pueblo contestó en terminos parecidos: "no pudieron menos de manifestar su gratitud, queriendo que en uno de ellos recayese la corona". Mas como nada podía vencer el desinterés de aquellos héroes, fué al fin "coronado" un hijo del jefe chichimeca Icoatzin:

"..se dispuso luego la partida del nuevo rey a su reino, lo que pocos días despues se puso en ejecución, y servido y obsequiado de sus nuevos vasallos llegó feliz y brevemente a la ciudad de Tollan donde fué inexplicable la alegría de todos en su entrada viendo que la persona en quien había recaído su elección era tan recomendable por su bello aspecto, gallarda disposición y la natural afabilidad con que reciendo a todos, abrazándolos y acariciándolos, les manifestó desde luego el amor y agrado con que los recibía.." (25).

¿Qué es esto sino una exageración de lo que venía dado por los autores del primer ciclo como versión tomada de los intérpretes? A titulo de información adicional vea el lector en el apéndice A una tabla de comparación de textos de la obra de Veytia y de alguna de las relaciones de Ixtlilxochitl. Lo que nos interesa subrayar en este momento es que fuera precisamente Veytia -viajero, caballero, casi cruzado, erudito y mexicano- el ejemplo característico de este tipo de historiografía grandilocuente; todo parece haberse concitado para hacer de él un caso notable de deformación de la visión histórica. Deformación que, por representar la decadencia de una época de la cultura occidental no añadió valor alguno a su obra y, en cambio, ocultó casi completamente las riquezas que contenía. Digamos de pasada que ni Torquemada, ni Solís deben haber sido ajenos a esta peculiaridad de la Historia Antigua (26). Se imagina uno a Veytia emulando al famoso abate Vertot cuan

do se le impugnaron las inexactitudes de un relato: "Mes rois indigenes sont faits".

Tal modo de historiar le conduce a errores groseros. Pasemos por alto el hecho que Mitl y Xiuhltlaltzin ayudaban "al pobre a salir de su miseria" y "al rico para que no cayese de su fortuna", razón por la cual los vasallos lloraron "sinceramente" al primero cuando murió (27); que Xolotl hizo "publicar un bando" por todo su reino (28) y que Ixtlilxochitl miraba con "horror los estragos de la guerra" (29). Todo esto es puro y simple relleno narrativo. Vamos a un resultado típico de esta especie de novelización de la historia. Tecpancaltzin "hablaba poco", pero después de conocer a Xochitl y habiendo hallado el modo de encontrarse a solas con ella dió rienda suelta a la "facundia que le era natural" ¡ (30). Y con el motivo de narrar los episodios que sucedieron a esa protohistórica beldad, una de las primeras mujeres fatales que recuerdan los fastos de la humanidad, Veytia elabora, mucho más que sus predecesores, una novela romántica, en la cual el padre de la heroína -Papantzin- se disfraza de "labrador" para llegar hasta ella, y, al verla, ambos "querraman copiosas lágrimas" (31). De este modo uno de los más antiguos relatos legendario-novelescos de la tradición indígena se transforma en romántica y verídica aventura por obra de la "contemporaneidad" del historiador. Los textos que comparamos en el apéndice de este capítulo bastaban para dar una idea cabal del grado de "novelización" a que llega este episodio de la bella Xochitl en la Historia de Veytia. No le bastó ponderar la hermosura de la protagonista sino que necesitó asignarle una edad apropiada -quince años-; no se satisfizo con darle la frescura de su edad sino que debió vestir<sup>a</sup>la convenientemente y como él no sabía describir un atavío de la época tolteca, la engalanó "a su usanza", como si fuera posible que vistiera a usanza diferente. Preparado de este modo, el "mundo" de la tragedia, mientras Ixtlilxochitl da a Xochitl como rendida al rey con poco esfuerzo, Veytia -inmerso en su mundo caballeresco e imaginativo- la hace argumentar casi como un profesor sobre moral y la da como vencida

por la fuerza, en lo que el desdichado Tecpancaltzin perdió "la compostura" propia de la realeza.

Claro es que, en medio de estas exageraciones, el estilo de Veytia no carece de cierta finura, muy superior al término medio de la prosa barroca de la decadencia; pero no por ello deja de seguir la pauta común: abunda en incidentes, en reflexiones estimulantes, en hipérbolos. Hay quien ha opinado demasiado favorablemente del estilo de Veytia (32).

En este punto convendría hacer una salvedad: es posible que Veytia tomara demasiado al pie de la letra las referencias de los primeros historiadores y cronistas acerca del florido lenguaje y la exagerada cortesanía de los indios en sus discursos y expresiones. Observese que ~~que~~ la tradición, al respecto, que nos llega más abundante es la de los últimos tiempos del poderío azteca, del apogeo de Tezcoco y de Tenochtitlan. Y he aquí que, por obra de recopilaciones como el Huenuetlatolli de Fray Juan Bautista y por diversas transcripciones más, la historiografía occidental de la época, inclinada a poner en boca de los personajes los discursos más bellos y edificantes, se refuerza con el aporte indígena orientado en igual sentido. En el caso de Veytia la forma barroca de su época se une y acrecienta con el "barroco" indígena de la tradición, del apogeo mexicano, esto es de la época en que ya habían ocurrido grandes cambios sociales (33).

C. Estas consideraciones son suficientes para caracterizar el tradicionalismo y la contemporaneidad de la obra de Veytia. Convendría, ahora, hacer un análisis adicional sobre el fondo de su forma de historiar. Debemos plantearnos un problema previo: ¿conoció Veytia el movimiento modernista que se alzaba en Nueva España hacia 1770? Es posible que sí, ya que Puebla de los Angeles fué uno de los centros activos de las nuevas ideas. Y desde el siglo xvii se había visto agitada por serias luchas ideológicas (Palafox contra los jesuitas). Beristain cuenta cómo hubo allí algunas de las primeras tertulias donde la tolerancia a la moderna era una práctica fundamental (34). Concretamente, el Marqués de Moncada que fué un partidario decidido

de las nuevas ideas conoció a Veytia pues fué el que dió noticia de sus trabajos a Clavigero (35). Pero mientras no se hallen documentos explicitos las relaciones de Veytia con el movimiento reformista quedaba en la sombra y solo podremos llegar a una conclusión -plausible aunque no fundada en documentos- sobre sus inclinaciones regalistas. Su oposición a los jesuitas no parece haber significado su adhesión al modernismo sino más bien sus sentimientos favorables a la realeza -lo que es también, es claro, un aspecto de las nuevas ideas imperantes a mediados del xviii- independientemente de que sobre él influyeran las ideas jansenistas -recuerdese que tradujo a Pascal- lo que en última instancia significaría, por otra parte, un renunciamiento al racionalismo jesuitico y, en cierta medida, al racionalismo moderno todo.

¿Qué ideas de la crítica tiene Veytia? En primer lugar, se mantiene fiel al principio de la autoridad. No solo en lo que hace a textos venerables dentro de la historiografía católica, sino a testimonios diversos y, en primer lugar, al cronista tezcocano Ixtlilxochitl. Se guió el por este autor, mas como llegó un momento en que no pudo desenredar la madeja de sus contradicciones y anacronismos optó por inspirarse en la cronología de Sigüenza y Gónora (36). No obstante el fracaso, la autoridad del cronista tezcocano sigue en pie porque parecía respaldado por una tradición de las más vigorosas y el mismo constituía ya una tradición. Claro es que Veytia se percató de sus errores; pero la fuerza de la autoridad es tal que los explica por no haber hecho unas simples tablas de correspondencias entre los años cristianos y los indigenas (37).

Esta veneración por el testimonio de la tradición impera, por ejemplo, en su obra sobre las virgenes mexicanas, pues para él no hacen falta los documentos auténticos sobre el milagro de la aparición de la Guadalupe, ya que la tradición bastaba para darle calidad histórica (38). Sin embargo, este respeto por la autoridad de los testimonios antiguos o tradicionales no se traslada facilmente de la historia religiosa la profana pues es "rara la historia que no carece de errores, sino en la sagrada" (39). Hay, pues, dos his

torias: una, la profana, en la que puede caber el error y, aun más, siempre lo hay; otra, la sagrada, en la cual nada puede ser puesto en duda. He aquí una de las ideas tradicionales más características.

Una demostración de que Veytia operaba sobre la base de viejas concepciones historiográficas sin preocuparse por sustituir<sup>t</sup>las es el hecho que, a diferencia de su maestro -que sin duda le trataría el problema-, no siente la menor inclinación por las ideas de Vico. Ciertamente es que en el Discurso Preliminar de la Historia se excusa de aceptarlas por considerarse carente de la cultura y la experiencia de Boturini. Pero en un lugar de la obra se muestra opuesto al esquema del filósofo napolitano por razones que expone con acierto y que envuelven una crítica importante de su maestro y antecesor (40). Sostiene él que las leyendas sobre el origen del sol y de la luna no fueron obra de la edad de los héroes sino de tiempos posteriores. Para él los mitos se forman propiamente en la edad histórica -de los hombres- pues de acuerdo con la historiografía católica más en boga en los tiempos anteriores no hubo "más deidad que el dios creador".

Ahora bien, ¿significa esta aceptación de formas tradicionales una ausencia total de crítica moderna? La contestación debe ser negativa, aunque con ciertas reservas. No llegó él como Clavigero a negar la interpretación de no niaca de las antigüedades mexicanas; pero en alguna ocasión se enfrenta a Torquemada, especialmente en el libro I, capítulo ix, y al exceso de celo que mostraba respecto de las implicaciones supersticiosas e idolátricas del calendario azteca, defendiendo una posición más desinteresada, menos ortodoxa, pues le parece que el juicio del franciscano "nos deja enredados en mil confusiones...y era bien que nos dijese de qué modo la seguían" (la cuenta de las semanas). En suma que nos parece ~~óvra~~ decir: está bien lo que aquí se expresa sobre la idolatría y las supersticiones, pero hay que explicar el problema histórico, no moralizarlo.

Conocía él los peligros a que se exponía en su obra. Sabía que su edad era esencialmente crítica, erudita; "difícil<sup>t</sup>oso empeño ha sido siempre escribir

para la prensa dando a luz novedades de la antigüedad sólidamente fundadas en monumentos seguros...y mucho más en la era en que vivimos en que exalta da la crítica a su más alto punto, no dan paso tan fácilmente los críticos modernos a las novedades como la daba la sencillez inculta de los antiguos" (41). Pero esta conciencia de las nuevas circunstancias no se traduce en un apuramiento de las precauciones, sino en una exageración del revestimiento formal de la narración. Es posible, sin embargo, que Veytia no supiera haberselas con los documentos indígenas o los relacionados con ellos y que le faltara tiempo para refinar sus investigaciones. Una prueba de esta inmadurez —que recuerda la de su modelo Ixtlilxochitl— es la relativa contradicción que existe entre los capítulos iii y iv del libro i. En el uno refiere lo que ocurrió en dos de los "soles" o edades míticas (sol de fuego y sol de viento); en el otro explica que esas edades fueron establecidas por una asamblea de sabios verificada en Huehuetlapallan.

Abonemos en su favor que no es de los que ocultan sus deficiencias: "mi instrucción en el mexicano es muy corta...con el auxilio de artes y vocabularios en trabajado...sujetando después mis producciones al examen de los inteligentes" (42). Sobre bases tan endebles se alzaba un grande edificio de crítica histórica, puesto que él, como le había enseñado su maestro Boturini, atribuía gran valor a las explicaciones de indole etimológico-semántico (43). Un ejemplo que podríamos denominar clásico de este modo de criticar los testimonios y de asentear pruebas históricas, es el caso de la identificación de Quetzalcoatl y Santo Tomás. Ocupa tres capítulos, los números xv, xvi y xvii del libro i. No es oportuno seguirle por los vericuetos de su argumentación en esos lugares de su obra. Bástenos recordar que uno de los puntales de ella es la significación de coatl, en español melizo, que corresponde en un todo con la de Didimo, nombre griego del apóstol, que significa igualmente melizo. Por ese camino puede llegarse a no reconocer límites, como los escolásticos cuando discutían qué figura tienen el Paraíso, el Purgatorio, el Limbo y el Infierno y cuántas cosas allí suceden,



y, para poner un ejemplo de la historiografía del xviii, como ocurrió al disparatado licenciado Borunda para quien tomatl significaba el agua (atl) de Tomé (Santo Tomás) (44).

Una crítica realizada sobre bases tan endeblas puede dar a sospechar del valor total de la obra. Pero ello sería condenar indiscriminadamente y en la obra de Veytia hay atisbos realmente notables. Veamoslos.

D. Una lectura rápida del texto nos podría llevar a la convicción de que él se consideraba sólidamente afincado en sus fuentes. No hubiera sido el único caso en la historiografía mexicana; son muchos los que esgrimen sus fuentes como si fueran la misma Biblia. Veytia, sin embargo, desconfía bastante de ellas: "Los monumentos de donde las he sacado (las noticias), -dice- son los mismos en que se han fundado los autores ~~XXXXXXXX~~ nuestros y extranjeros", Mas, a continuación, se refiere a las noticias desfiguradas "por falta de explicación o cautela de aquellos nacionales de quienes las hubieron" Toca aquí el que debía haber sido problema fundamental de los historiadores y cronistas. Mas adelante entra de lleno en él: " todos los historiadores nacionales antiguos que escribieron en sus jeroglíficos, como los modernos que los interpretaron, fueron hombres y de diversas naciones, entre quienes había emulaciones y enemistades, ambiciosos de gloria cada uno respectivamente por la suya (nación) y así procuraron desfigurar los sucesos que no les son ventajosos y pintar con más relevantes colores los que les favorecen" (45). Claro es que ello lo deduce de la anécdota que cuenta Ixtlilxochitl al final de su Quinta Relación (46); pero él se lo plantea como problema nuevo y antes que cualquiera otro historiador del antiguo México.

Igualmente se percata Veytia -y no por simple vanidad- de que el primer ensayo de una historia general es el suyo. Para quien, como él no se vestía de galas ajenas -en este sentido su probidad es ejemplar- este descubrimiento es realmente importante porque supone un proceso de crítica sobre el to

tal de la historiografía antecedente. El único que se salva -con juicio exacto- es Torquemada pues es el que "hasta ahora ha emprendido el empeño de escribir la historia de este reinado, porque todos los demás autores escriben de ella a retazos y los más por incidencia" (48). Y señala a renglón seguido que la Monarquía Indiana dedica poca atención a la fundación y desarrollo del "reino" tolteca. Veytia se percata, más que cualquiera de los otros historiadores del siglo xviii de la necesidad de completar los datos suministrados por la tradición más reciente con los de la tradición más antigua.

Algunas de las críticas que dirige'el al sistema de cronología establecido por Boturini son agudas y acertadas. Por ejemplo, en lo que hace a la repetición de los signos iniciales de los años de cada ciclo de cincuenta y dos años o xiuh<sup>mo</sup>molpilli (el siglo indígena): el erudito italiano sostenía erróneamente que cada uno de ellos comenzaba por un signo diferente, por lo cual cada signo solo se repetiría una vez en doscientos ocho años (por tratarse de cuatro signos: tochtli, calli, tecpatl y acatl); empero Veytia estimó correctamente que cada ciclo comenzaba por el mismo signo, repitiéndose pues cada cincuenta y dos años. Igualmente le vemos dudar, sin como en el caso citado negar rotundamente el testimonio por obvias razones, al tratar del problema de los gigantes o quinamezín. No se le oculta a Veytia que se trata de esqueletos incomparablemente mayores que los normales y trata de explicarlo no por la autoridad -la propia, pues él vió algunos- sino atribuyendo este desarrollo hipertrófico al clima o a la ociosidad de los olmecas a quienes identifica con esos superhombres primitivos. Pero la crítica de las fuentes tenía un límite -como indicamos en el apéndice A del capítulo I- tras el cual por más esfuerzos que hiciera no podía llegar a soluciones capaces de satisfacerlos; como nosotros no lograremos satisfacer a nuestros nietos. Un ejemplo podía ilustrar nuestra afirmación. Al discutir el origen del nombre chichimeca Veytia lo deduce -como los demás nombres de tribus- del nombre del primer jefe que tuvieron. Independientemente de

que ello sea un reflejo del "creacionismo" bíblico (Adam y los hombres; Chichimecati y los chichimecas; Sem y los semitas; Cam y los camitas, etc.), se observa inmediatamente que Veytia no podía ir más allá. Tampoco adelantó gran cosa Clavigero que rechaza las etimologías del nombre referido, dadas por Ixtlilxochitl y Vetancourt, porque de significar perros, los hombres de Xolotl no se hubieran enorgullecido de ello. Hoy, <sup>debemos</sup> sin embargo, que esa palabra puede haber significado: el linaje de los perros, envolviendo un concepto social, resto de un antiguo tótem. Lo que repugnaba a Veytia y a Clavigero no es pues extraño, ni repudiable para nosotros; pero no podríamos exigirles que vivieran su siglo con nuestra mentalidad y nuestras posibilidades teoficas.

D. ¿Cómo y en qué medida utiliza Veytia sus fuentes? ¿Cuáles son estas? No es posible afirmar decididamente cuales fueron los documentos y manuscritos que consultó. No es Veytia de los que mencionan expresamente los lugares de donde toma su información. Limitémonos a registrar qué autores cita con más frecuencia

El primero, no hay duda, es Boturini, su maestro a quien cita por la obra publicada y por sus directas enseñanzas y algunos papeles que quedaron mezclados en su museo. Sin embargo de que siempre lo recuerda con una estimación no regateada, le contraice muchas veces, mejofandolo ciertamente, especialmente en lo que hace a la cronología.

En segundo lugar, menciona a Ixtlilxochitl, cuyas relaciones se encontraban inéditas en el museo de aquel y él copió o estudió con dedicación. Mas no realiza respecto de estas la misma labor crítica que con la Idea. Por otra parte, en alguna ocasión cita como desconocida una fuente anónima que posiblemente fuera un original de Ixtlilxochitl o bien una de las versiones que este utilizó; se trata de una "historia de los Toltecas" que Veytia considera muy antigua pero coincide -al parecer- con un párrafo de la Historia chichimeca del cronista tezcocano. De todos modos, convendría no afirmar

rotundamente la identidad de esos documentos (48). Lo cierto es, que como observa Orozco y Berra, Veytia se vió precisado a abandonar a Ixtlilxochitl en punto a cronología para seguir el sistema establecido por Sigüenza y Góngora; él lo confiesa; pero la antigüedad que, siguiendo al noble tezcocano atribuye a los olmecas y los toltecas desarticula irremisiblemente todos sus cálculos (49).

Aunque por lo general se dice que Veytia se inspira en las variadas y confusas obras de Ixtlilxochitl nos parece conveniente advertir que Torquemada, a quien prodiga no pocos elogios en el Discurso Preliminar, ya citado, no fué completamente ajeno a sus trabajos. Pero, como perteneciente a una tradición indígena muy precisa las menciones que del franciscano hace no permiten justipreciar en qué medida lo utilizó. Nos parece que le sigue de cerca al discutir el origen del hombre americano -pues no parece que conociera la obra de A-costa- aunque contra ello pudiera objetarse que el monogenismo bíblico, unido a las sospechas de la existencia de un paso de tierra con Asia sugerían en todos los autores iguales argumentos y afirmaciones. Sin embargo, lo cita más veces con ánimo crítico que para gustarse a su dicho.

Veytia tuvo sobre sus contemporáneos y sobre algunos de sus predecesores la ventaja de contar con la obra de Tezozomoc; pero la cita tan pocas veces que no se puede percibir claramente qué elementos tomó de ella (50).

Finalmente, tuvo a su disposición toda la colección de Boturini. Ahora bien, es posible que estuviera mermada o que no la aprovechara debidamente. Cualquiera de estas dos causas pudiera haberle hecho decir que no encontró documento alguno sobre Huejotzingo, de los cuales sabemos que había algunos importantes en la mencionada colección (51).

4. Veytia, como se observa por la exposición somera de los caracteres de su obra es un exponente de la historiografía que llamamos tradicional; representa, igualmente, el último historiógrafo "barroco". Pero es, igualmente, el primero que intenta conscientemente hacer una historia total del an

tigo México.

Su obra careció de importancia en su tiempo a consecuencia de la escasez de copias que circularon y, es claro, por no haberse publicado hasta el primer tercio del siglo xix. De todos modos comparte con Clavigero el más alto respeto debido a la labor de reinterpretación realizada durante el siglo xviii. No fue original ni por el fondo, ni por la forma; pero es aun(que) revisar su texto para conocer el estado en que se hallaba una tradición indígena importante, como lo es Clavigero para conocer la tradición tenochca.

Finalmente , siempre convendría comenzar el estudio del sistema calendárico de los antiguos mexicanos leyendo lo que al respecto escribió Veytia, pues se trata de su aportación fundamental a estos estudios.

Notas bibliográficas.

- (1) Este personaje fué el autor del libro titulado Norte de la contratación de las Indias Occidentales, Sevilla, I.F. de Blas, 1672; 2a ed. Buenos Aires, Comisión de Fomento Interamericano, 1945. Los Veytia aparecen establecidos en Puebla a fines del xvii: uno de ellos, Juan José de Veytia Linaje fué nombrado alcalde mayor en 1699; otro, José Fernández Veytia y Villanueva fue, también alcalde mayor, en 1723-26; cf. (Pearo López de Villa), Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla. Puebla, Imprenta de J.M. Osorio, 1904. Es una obrita de 1781.
- (2) Historia..., lib. 1, cap.XIX.
- (3) Fidel Solís en el prólogo de la Historia de la fundación de la ciudad de Puebla de los Angeles en la Nueva España. Su descripción y presente estado. 2. ts, Puebla, 1931, dice que murió el 9 de abril de 1779; pero ello se debe a una mala interpretación del prólogo de Baluartes de México, México, En la Imprenta de D. Alejandro Valdés, 1820, en el cual el hijo de Veytia dice que su fallecimiento ocurrió el 24 de febrero de 1780 ( La Cartilla vieja, cit. n. 1, dice que el 26 de febrero), y que su obra debió publicarse en 1779 a solicitud del virrey Bucarelli.
- (4) Cf. la carta de Fray Antonio María de S. José, hijo del historiador, en la introducción o Noticia sobre el autor del t. 1, de la Historia Antigua de México, México, Editorial Leyenda S.A., (1944). La primera edición es de México, Imprenta a cargo de Juan Ujeda, 1836. Cf. también la Advertencia que se halla en el t. II, pp.191-196 (en la primera edición, figura como introducción al t. iii).
- (5) "Discurso Preliminar a la Historia Antigua de México escrita por Mariano Fernández de Echaverri y Veytia", cit. n. 3, del cap.II.
- (6) Cf introducción al t. 1 de la Historia Antigua. Además, Real orden, El Pardo, 22 de febrero de 1784, encomendando al virrey diera las gracias a la viuda de Veytia, Doña Josefa Arostégui. Este documento lo debo al Prof. José Miranda de El Colegio de México.

- (7) Sobre las cuatro imágenes milagrosas de la virgen que había en la ciudad de México, op. cit., n.3.
- (8) Hay un tomo con ese título en la Biblioteca de la Universidad de Texas; cf. Guide to the Latin America Manuscripts of the University of Texas Library, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1939, n.º 693.
- (9) Con el nombre de "Papeles curiosos en asuntos políticos" se hallan los ts. i,iii y vi, de la colección de Veytia, en la Sección de Manuscritos del Museo Nacional de México, n.º 183; t.2, n.º47 y t.2, n.º48, respectivamente. Llevan las fechas de 1760, 1761 y 1769.
- (11) En la Biblioteca de Hacienda de México hay copia de una copia que tuvo Veytia de esta obra, sacada en 1757.
- (12) Cf. R.H. Barlow, "Los manuscritos de la Biblioteca Bancroft que pertenecieron a la antigua colección de D. José Fernando Ramírez", Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, II,2 (1943), pp.189-200.
- (13) Cf. Eugene Boban, Documents pour servir à l'histoire du Mexique, 2 ts. Paris, Ernest Leroux, editeur, 1819, II, p.426. En esta obra, que constituye un catálogo de la colección Aubin, <sup>de</sup> menciona no pocas veces a Veytia.
- (14) Cf. la carta del hijo de Veytia, cit. n. 4.
- (15) Cf. Advertencia, t.II, cit. n. 4; hay una referencia al desafecto de Veytia por los jesuitas en la obra de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, Los Jesuitas quitados y restituidos al mundo, México, Por Mariano Ontiveros, 1816, lo que provocó una rotunda negativa del hijo del historiador, como puede verse en la carta cit. n. 4.
- (16) Sección de Manuscritos, nos. 261-262
- (17) La primera y única edición, cit. n. 3 se hizo sobre la copia que pertenece a la Academia Alzate; el ejemplar del Museo, Sección de Manuscritos, n.147, lleva por título "Libro Segundo de la Fundación de la Historia de la Ciudad de Puebla".
- (18) Cf "Discurso Preliminar", op. cit. n.3, cap. II.

- (19) Cf. op. cit. n. ant
- (20) Cf. "Discurso Preliminar", cit., p.255.
- (21) Cf. "Ojeada sobre cronología mexicana", op. cit., n. 25, cap.11
- (22) Cf. t. ii de las Obras históricas, cit. n. 6, cap. 1
- (23) Cf. Monarquía Indiana, t.III, lib. xv, cap. xlix.
- (24) Cf. Historia Antigua, lib. I, cap. xxiv.
- (25) Cf. idem.,
- (26) Cf. Enrique López. "La historia de la conquista de México de Don Antonio de Solís" Boletín de la Secretaría de Educación Pública, viii, no.9-10 y 11 p.158.
- (27) Cf. Historia Antigua, lib. I, cap. xviii. México, Colección de México, [1941], p. 265-289
- (28) Cf. idem., lib. ii, cap. i.
- (29) Cf. idem., lib. ii, cap. xxxiii.
- (30) Cf. idem., lib. i, cap. xxix.
- (31) Cf. idem., lib. I, cap. xxx.
- (32) Cf. Enrique Juan Palacios, "Los estudios histórico arqueológicos de México. Siglo xviii. Boturini y Veytia, Gama y Clavigero", Boletín de la Secretaría de Educación Pública, viii, no.9-10 y 11 p.158.
- (33) El "pacto" concertado entre la nobleza y el pueblo en tiempos de Itzcoatl es una representación simbólica del primer gran cambio social ocurrido entre los tenochcas; el segundo se expresa atribuyendo soberbia y vanidad a Moctezuma II, por lo cual se rodeó solo de nobles y no permitía que ningún plebeyo le mirara de frente; cf. Código Ramírez, op cit, n. 4, cap. i.
- (34) Biblioteca Americana Iberoamericana, A. de la C. de México, Tipografía de la Librería Catalina, 1883; v. 1. Historia
- (35) Cf. Carta de Clavigero a Veytia, en la introducción al t. I de la Historia Antigua.
- (36) Cf. Manuel Orozoco y Berra, op. cit., n. 25, cap. 11.
- (37) Cf. Historia Antigua, lib. i, cap. 11.
- (38) La obra de Veytia a que nos referimos, cit. n. 3, no difiere en lo más mínimo de todas las demás que sobre objetos sagrados se escribieron en el siglo xviii.
- (39) Cf. "Discurso Preliminar", cit. p. 237.



- (40) Cf. Historia Antigua, lib. I, cap. IV.
- (41) Cf. op. cit, n.5, p.255.
- (42) Cf. op. cit. n. 5, p.221.
- (43) Cf. Historia Antigua, lib. I, cap. ix.
- (44) Cf. "Clave general de geroglíficos americanos", Nicolás León, Bibliografía mexicana del siglo xviii, 4a. parte, p.247.
- (45) Cf. "Discurso preliminar", cit., p.249.
- (46) Cf. la quinta relación en Obras históricas, cit. n.6 cap. i.
- (47) Cf. "Discurso preliminar", cit. p. 237.
- (48) Cf. Historia Antigua, lib. I, cap.xii.
- (49) Cf. Historia Antigua, lib. I, cap. ii.
- (50) Cf. *Ann. I, 287, 292 y 230*
- (51) Cf. Historia Antigua, lib. ii, cap. xxxviii, en relación con Rafael García Granados y Luis Mac Gregor, Huejotzingo, México, Talleres Gráficos de la Nación. 1934.

## CAPITULO IV.

La historia anti-va como defensa del indio: JOSE JOAQUIN GRANADOS Y GALVEZ.

1. ".....inspifandole y manteniéndole tan recomendable constancia aquel afecto con que al transplantarse a nuestro continente desde la Europa, suelo de su nacimiento, lo revistió de un espíritu Americano, que hizo desde entonces consagrara sus tareas literarias a ilustrar la nación".

José Joaquín Granados y Gálvez, autor de las Tarde Americanas, nació en Sedella (Málaga) el 29 de junio de 1734. Provenía, por línea materna, de un viejo tronco de hidalgos que estaba destinado a dar en el propio siglo xviii un notabilísimo grupo de funcionarios reales, entre los que se cuentan el visitador José de Gálvez y el virrey Matías de Gálvez. Fue destinado a la carrera eclesiástica tomando el hábito franciscano en su provincia.

Pasó a México en 1751. En 1757 hizo oposición a una cátedra en el convento de la orden de Querétaro, siendo enviado de maestro de los coristas al convento de Guayangareo o de Valladolid. El capítulo provincial del año siguiente- 1758- le nombró predicador en Querétaro, de donde pasó en 1766 en calidad de Guardían al convento de Jiquilpan, añadiéndosele el cargo de predicador general de la provincia.

Al ser expulsados los jesuitas y recaer sobre la orden de los franciscanos nuevas misiones en el norte se le destinó -1769- al convento de Rio Verde con el cargo de Guardían y de custodia de todas las misiones de la Huasteca. El capítulo provincial de 1771 le concedió una nueva distinción nombrándole defensor de la orden. En 1780 pasó de guardían a Celaya, donde parece haber permanecido hasta que fue nombrado obispo de Sonora, el 16 de octubre de 1787.

Ocupó la mitra de esa provincia del norte hasta 1794, año en el cual fue

presentado a la ~~mita~~ de Durango, donde falleció el 20 de agosto de 1794 mientras aguardaba su consagración (1).

2. La obra de Granados Gálvez no es muy abundante. Posiblemente sus atenciones dentro de la administración de la orden, así como la vigilancia de las misiones le impidieron hacer algo más que dos o tres escritos de circunstancias. Conocemos un sermón sobre el patrocinio de San José (2), un elogio poético a Bernardo de Gálvez (3) y se sabe que escribió varias pastorales que se conservan manuscritas en la iglesia de Arizpe (4).

Pero, sin duda alguna, su obra más importante, aunque ya nadie haga caso de ella, fué la titulada Tardes Americanas, impresa en México en 1778 (5). Parece que dejó inédita otra similar en la que trataría más seriamente la historia general indiana y que llevaría el nombre de América Triunfante (6). También se mencionan unos Viajes al río Colorado, resultado quizás de sus visitas por las misiones del norte del país.

3. En sus Tardes Americanas no pretendió Granados, como lo hicieron Veytia y Clavigero restaurar los estudios de las antigüedades de México, ni tampoco componer un relato depurado de acuerdo con el estado de las fuentes disponibles en su tiempo. Su obra no tiene pretensión científica alguna. Se trata de unos diálogos entablados entre un indio y un español, sobre temas de antigüedades y de actualidades indígenas. En cada una de las tardes conversan -y a veces polemizan- sobre algún punto de historia o de crítica. Granados sabe bien que el no puede proponerse un estudio "serio". Además de <sup>que</sup>posiblemente solo conocía el otomí y este idioma era un auxilio muy débil para estas clase de estudios de antigüedades, se nota inmediatamente que está muy lejos de la erudición o del espíritu caballeresco de Veytia y de las preocupaciones filosóficas o patrióticas de Clavigero.

Esto quiere decir que debemos consultarla en busca de otro tipo de ideas históricas, diferente de las que hemos estudiado hasta ahora. No hay duda que Granados se propuso demostrar algo con el pretexto de la historia antigua de México. Intentó él contestar a los ataques que los españoles europeos

y otros extranjeros dirigían a los indios y, por extensión, a los criollos, por medio de discusiones sobre la historia precortesiana. La historia es pues, para él un instrumento, como la bibliografía lo fué para Eguiara y Eguren (7). Pero, hay, además, otros elementos que comentaremos a continuación y que señalan cambios importantes en un orden más general de ideas.

Tanto en un sentido como en otro, la obra de Granados adquiere suma importancia. Es un grito de protesta anterior al tan decantado de Clavigero, en su Historia Antigua; es, además, una obra de gran interés político. Pocas veces se la cita ya, pues no <sup>(se)</sup> una "fuente"; pero en el siglo pasado, especialmente <sup>por</sup> Carlos María de Bustamante, fué mencionada debido quizás a esas implicaciones políticas y no a su riqueza de información histórica.

A. Ideológicamente Granados es un modernista, como se decía en aquellos tiempos a los que abandonaban la pura escolástica decadente para inspirarse en el eclecticismo racionalista. Tanto por la forma como por el fondo las Tarces Americanas quedan dentro de las corrientes renovadoras que penetran en Nueva España, en compañía inseparable con las reformas administrativas y económicas de mediados del siglo xviii. En torno a Clavijero, primero, y algo más tarde en derredor de Gamarra se agruparon todos los que simpatizaban con el reformismo filosófico. Granados parece haber sido de los últimos, si nos atenemos a los elogios que dedica al felipense.

Aunque él no se preocupa por tocar de lleno los problemas entonces más debatidos en estos campos, hay numerosas alusiones que convenientemente reunidas nos pueden dar una imagen bastante exacta de la medida en que se adhirió a las nuevas ideas.

En primer lugar, Granados desprecia la falsa erudición de la época anterior, es decir de lo que pudiéramos llamar el "barroco" historiográfico: "No me crea tan omniscio -dice el indio (Granados)- como nuestra padre quiere que lo sea; porque ya, para aquí en adelante, le hago saber mis bebederos con lo que nos ahorraremos el trabajo de citar y llenar las márgenes de t x  
 600

tos, números y latines, salvo cuando se ofrezca tocar materias singulares incidentalmente" (8). No se crea, explica, que porque hable de Roma tiene en sus dedos, fresquecitos, a Tito Livio, a Eutropio, a Cátulo, Aulogelio y otros. Ni que se sepa de memoria, aunque los cite, a Suetonio, a Tácito o a Jenofonte. Granados renuncia terminantemente a la citomanía y a saquear concienzudamente la Prompta Bibliotheca de Ferraris o el Theatrum Vitae Humanae de Beyerlinck simulando una erudición barata, como procedente de fuentes en las que pueden beber "no solo los hombres mas también las bestias", al decir de Feijoo (9). En este sentido representa él, el "buen gusto" a que se refería Muratori, en obra citada en el capítulo primero, nuevo requesimien to formal que se traduce inmediatamente en un cambio de aspecto de las obras de historia.

Su actitud modernista está más clara aun cuando alude a la escolástica. El indio se refiere en una ocasión a "aqueellos encantos del Blictiri (?) con que se emblesan, entretienen y aun malogran lo mas precioso tiempo la juventud, aporreándose la cabeza con gritos y manotadas sobre si la lógica es o no necesaria para adquirir las demás ciencias" (10). Y, entre las glorias de los ciellos senala la obra de Gamarra, cuya doctrina filosófica es "profunda y sana" siendo el "primero que en este grande mundo la puso en pfactica" (11).

No es menos interesante advertir que intenta explicar científicamente los fenómenos naturales que "presagiaron" la ruina del señorío azteca en tiempos de Moctezuma II. En este punto Granados se nos muestra no solo como un hombre de su siglo que desprecia los prejuicios del vulgo sino también como quien ha superado ya la etapa del puro providencialismo, pues tradicionalmente se había usado de esos fenómenos como una prueba de que dios había sentenciado la causa de la cultura indigena.

Finalmente, en una ocasión, por lo menos, Granados llega muy lejos, si se atiende a su concepción de religioso, en materia de ideas. Discutía el español algunas tradiciones indigenas, burlándose de la que atribuía la concep

ción de Xihuilpopoca a un hecho no natural. El indio se burla del reparo, a su vez, pues señala las leyendas europeas de igual contenido. Y lo hace, además, en una forma tan fuerte que no es posible suponer que el dogma de purísima concepción -no mencionado en ese lugar, es claro- no sufriera también a consecuencia del ataque(12).

Granados, pues, rompe con muchos de los temas de la historiografía antecedente. Como ilustrado -aunque nada volteriano- está orgulloso de su tiempo. Su criterio es muy claro en este punto, pues, a diferencia de la tradicional añoranza ramplona del pasado, Granados opina que no deben vituperarse unos tiempos ni engrandecerse otros. Al cabo, "los siglos que hoy llaman de hierro son los que franquean con prodigios las riquezas del oro y de la plata; y los que se nombran de oro no conocieron la preciosidad de este metal". Los que critican inmoderadamente los nuevos tiempos quieren "dar más valor a la simplicidad que la sabiduría, como si no se debe estimar con proporción todo lo que viene de lo alto" (13). Granados como buen cristiano se sacrifica con la "avaricia" y la "sed de riquezas" de los tiempos que corren porque, en fin de cuentas, es cosa impuesta por la providencia. Pero no le vituperamos por ello ya que en el pasado no se declinaban las riquezas aun que se proclamara teóricamente una cruzada contra la ambición de los hombres. Lo interesante de esta actitud es que debía, casi forzosamente, conducirle a una apreciación menos favorable de la cultura y del pasado indígena; pero ya sabemos que es un defensor cerrado de las grandezas de los primitivos pobladores de Anáhuac. Posiblemente ni se percató de que existía ese peligro por la coexistencia de ideas no congruentes en su pensamiento.

B. En este marco de ideas generales se desenvuelve toda la argumentación histórica de Granados en defensa del indio y del criollo. No reacciona él a la manera de Clavigero, esto es, contra las consecuencias peyorativas para los americanos que se deducían de algunas ideas de la "ilustración", ni por patriotismo, como el mencionado jesuita. Se trata más bien de un tipo peculiar de posición respecto de las relaciones entre Europa, y especialmen

te España, y la América colonial.

Sería ocioso rebuscar los orígenes de esta actitud. Ya está muy clara en Las Casas, en todos los defensores de la libertad del indio, y a través de ellos pasa a la historiografía posterior y a la cultura europea, produciéndose como una bifurcación, que trataremos en el capítulo final. Contémonos con afirmar que Granados da a la publicidad uno de los más característicos ejemplares de "buen salvaje"; empero, no a la manera de los autores europeos, un salvaje puro, auténtico, sino un salvaje cristianizado, muy peculiar de la literatura proindígena americana. Cuando el indio habla no olude el distinguir entre el pasado y el presente, concediendo que este tiene una ventaja principal: el conocimiento de las verdades del evangelio de que estaban desposeídos los indígenas precortesianos.

La argumentación puesta en juego no es original. Granados se guía -no podía hacerlo de otra manera- por los autores clásicos de historia americana. Hay, es claro, en él cierta simpatía por los indios; pero ella no le suministra más que el impulso. En efecto, si se repasaran someramente las razones que aduce en favor de los indios veríamos que se trata de ideas ya muy trabajadas.

En primer lugar, Granados sublima el pasado indígena. El fenómeno que se manifiesta en Veytia, por otras razones, aparece también en su obra, como exaltación de todo el pasado en lo que se refiere a los personajes históricos y a la cultura de los indios. Coincide con Clavigero casi, cuando critica a los autores mexicanos que van a tomar los ejemplos de virtud entre los griegos, los romanos o los egipcios, que "caminan infatigablemente tres y cuatro mil leguas, por traer para la comparación un Arquelao entre los griegos, tronco de muchos monarcas y cabezas de muchas generaciones, pudiendo echar mano del gran Xolotl pues lo tienen tan dentro de la casa" (15) Ya Fray Diego Valadés había ensayado realizar en el siglo xvi un tratado de retórica aprovechando los aportes literarios de los mexicanos; Granados querría hacer un tratado de virtudes públicas y domésticas (15). Sin embar-

go, no se le escapa que también hay en el pasado indígena un aspecto negativo: la ejemplaridad de los "malos". Su "autoctonismo" le lleva a querer usar también de ella con fines moralizadores.

En segundo término, rememora él, sin quitar ni poner, la vieja admiración por la simplicidad y la sobriedad del indio. Esta idea que tanto sedució a los cómodos declamadores franceses sobre el "estado de naturaleza" y que no gustaba a Raynal, aparece en Granados con cierta reiteración, como aparecería pocos años después en la obra de Clavigero. "Es gente señor mio, que por lo regular, se sacude de sí aquella tirana predominación del vicio, que irrita y desordena el concierto y armonía de los humores. El alimento que toman es uno siempre y escaso, componiendo apenas la cantidad de veinte y cinco onzas a treinta en la sustancia de unas delgadas y sutiles tortillas de maiz, y un poco de chile y sal, que sirve como de aliciente a los melindres del gusto" (16). No es menos elocuente -ni más original- cuando dice que los indios "viven y vivieron libres" de las pasiones -ira, venganza, temor, estudio, etc.- "poseyendo juntamente con estos privilegios un indole y temperamento humilde, sufrido, paciente, inalterable y conforme a la suerte de su constitución" (17). Es la vieja leyenda del indio manso, no muy católico, pero sí cristianamente resignado con su suerte que en otros tiempos produjo reformas muy importantes en la legislación tutelar; pero que en los albores de las conmociones del xix no hacía más que reforzar la posición de los que pensaban que era justo soportaran el peso de toda la sociedad colonial sobre sus espaldas. Una vez secularizado completamente el pensamiento, esta idea de la resignación del indio no podía producir más que un efecto; aumentar su desgracia.

¿Cómo extranarnos, pues, de que intente moralizar con ejemplos tomados de la historia antigua de México? Por este camino entroncan las dos ideas que hemos comentado hasta ahora y producen semblanzas de personajes como la del gran héroe Xolotl "medido en sus acciones, agradable en el rostro (!), moderado en sus palabras, tardo para el castigo, blando para la misericor-



dia, maduro en resolver, diligente en reparar las cosas de su nuevo estado  
avenido con el consejo, dulce con su familia (♠), benigno con los extraños  
y amante de sus súbditos" (18). Si se introdujeran en un saco a Cincinato,  
a Catón, a Tito, a Trajano, a Solón y otros héroes clásicos, la única imá  
gen co<sup>n</sup>co<sup>n</sup>trada de todos ellos podría ser esta del "emperador" Xolotl. Empe  
ro sería erróneo creer que Granados se inspira en la emulación de los gran  
des hombres de la antigüedad clásica; todas estas virtudes de Xolotl vienen  
más o menos expresadas en los historiadores principales del antiguo México  
y él se ha limitado a unirlos en una sola semblanza.

De ahí que se vea precisado a comparar. Esta constante comparación de  
los indígenas con los europeos del pasado, posiblemente tuvo no poca influen  
cia en la formación de la imagen del "buen salvaje", como podría apreciar  
se en la obra de Lafitau (19). Es, por otra parte, una manera simple de re  
solver el problema de la valoración de lo indígena, pues no por rebajar los  
demás pueblos se les mejora. Desde luego, como recurso polémico es magnífi  
co; pero no<sup>te</sup> olvide que los "ilustrados" europeos, contra los cuales se di  
rige Granados, como lo haría Clavigero, también desprecian a los "rústicos"  
de aliende el Atlántico, pues su vanidosa actitud de hombres sabios y ca  
rentes de prejuicios les veda el soportar a su lado los prejuicios y la tor  
peza del ignorante.

Estas comparaciones, aunque parezcan un simple expediente para resolver  
problemas que suscita la discusión sobre el valor del indio como ser de ra  
zón, conducen irremisiblemente al desprecio o al rebajamiento de lo euro  
peo y, particularmente, del español. Y Granados no deja de señalar la igno  
rancia de los que destruyeron los códices y demás monumentos históricos pre  
cortesianos, porque no entendían los caracteres en que estaban explicados  
(20). La barbarie, pues, no fué de los indios -por carecer de escritura fo  
nética- sino de los que no sabían interpre<sup>t</sup>ar sus ideografías. Al restable  
cer de este modo la justa perspectiva del problema, esto es la necesidad  
de ver en su realidad autónoma la cultura de los indios, Granados ~~contra~~

casi sin percatarse de ello, en un problema que tenía resonancias actuales. Aquí es donde él se diferencia bastante de la generalidad de los historiadores que ponderan el pasado indígena. Ya hemos dicho cómo deforma los hechos en esa exaltación, casi beata, de los personajes precortesianos; pero, en contraste con Clavigero, por ejemplo, Granados se preocupa por el indio de su tiempo. Los indios fueron grandes, y aun conservan en su integridad las calidades humanas fundamentales; ¿a qué se debe, pues, su atraso? Precisamente a la ignorancia, a la mala fe de los europeos, pues si "no les estorbaran sus progresos e inclinaciones a las letras, de día en día tocaríamos iguales adelantos" en ellos que en los demás habitantes de la colonia (21). El indio no se instruye, no sale de su como torpeza o brutalidad por que trabaja todo el día como esclavo, porque desde niño, ayuda a sus padres a ganar el sustento diario, porque, en suma, no tiene, ni tiempo ni dinero para cultivarse. Ni se le facilitan los medios de hacerlo (22). Granados penetra directamente en su realidad por ese camino. Por un instante el indio ha dejado de ser un simple recurso retórico o un pretexto político para ser lo que el mundo colonial le hacía: una pobre bestia de trabajo, al estilo occidental sin las ventajas de la cultura occidental.

C. Establecido, como se ha visto, que Granados dedica lo mejor de sus esfuerzos a defender la calidad humana de los indios, veamos que entronques tiene esta actitud con algunos problemas de su tiempo.

En realidad, él se afana por el indio e, incidentalmente, pondera las virtudes y la inteligencia del criollo. Pero esto a los ojos de algunos de sus contemporáneos criollos fué casi lo contrario. Los criollos que debatían en esos momentos, algunas de sus más fuertes reclamaciones ante el rey y las autoridades virreinales en defensa de sus derechos a disfrutar la "dotación" de su gran madre, Nueva España, no ven más que la defensa que de ellos hace el franciscano español. Vease, por ejemplo, la opinión del censor Fray José Rafael de Olmedo. En igual sentido y aun con mayor incomprensión de

la naturaleza del esfuerzo de Granados, se manifiesta en Fray José Arias. Solo ve de la obra del franciscano lo que atañe al criollo; de este modo una vez más, los descendientes de españoles nacidos en Nueva España arrebatan al indio lo que le pertenece; ya le habían como expropiado el culto de al virgen de Guadalupe ¿por qué no sustraerle la defensa de Granados? La maliciosa ingenuidad del padre Arias llega a decir lo siguiente: "Este es (el fin) según parece, recomendar a la antigua Gentilidad, cuanto es lícito -cuanto es lícito !- y después de entrado el Evangelio, abogar por los Indios Christianos en el tribunal de la Justicia y Misericordia; y exaltar con mil honores a los criollos que somos descendientes de Europeos" Para el indio la justicia y la misericordia; para el criollo los mil honores. Pero una lectura, por ligera que sea, de la obra de Granados muestra claramente que la defensa del criollo no es el fin de tantos esfuerzos y que, además, tiene una precisa mira política que veremos a continuación.

En efecto, las últimas páginas de las Tardes Americanas están destinadas a subsanar las consecuencias políticas, perjudiciales a España, que podrían deducirse de la defensa de los valores americanos. Posiblemente Granados, por influencias del tiempo y por sus vinculaciones familiares fue un regalista aunque solo toca de pasada este tema (23). Y no renuncia a su condición de español cuando endereza la moralaja de su libro hacia la prevención de "novedades" y mira con ojos críticos ciertas ideas antiespañolas que tenían los criollos (24). Le interesa, sobre todo, que no se falte a la obediencia debida al rey. Esta misma sujeción había sido una de las virtudes cardinales de los indios que, por ello, debían ser considerados muy superiores a los griegos; nunca dejaron de obedecer ni de tener quien los mandara, "ninguno disputó o escribió contra un sistema" que la experiencia y la naturaleza acreuitan (25). A este punto llegó la defensa del indio y la exaltación del criollo. Pero esto no parecen haberlo visto sus panegiristas, partidarios, quizás, como él, de una transacción posible en su tiempo imposible ya en 1810.

4. Son pocas las ideas historiográficas que se encuentran en la obra de Granados. Se explica perfectamente después de lo que hemos dicho acerca de su contenido específico. Desde luego, excluimos de todo examen esa manera de concebir la historia como instrumento polémico o docente, en lo que iba de acuerdo con lo más avanzado de su siglo, pero, igualmente, con lo más puro de la historia tradicional, post-renacentista, inspirada por el viejo dicho de Cicerón.

La única expresión importante que hallamos es un trasunto de ideas más o menos comunes sobre la "santidad" del ministerio histórico. En la "Introducción que sirve de Prólogo", dirigiéndose a su deudo Bernardo de Galvez, dice Granados: "Vuestra Merced sabe que la aplicación a la Historia demanda un total retiro de los bullicios del siglo, y con el recogimiento, un considerable número de Historiadores verdaderos y desapasionados, para poder beber como en fuente los sucesos y separar la agua turbia de la clara, porque así no se acobarda el ánimo en demostrar la verdad". Anduvo él separado de las tentaciones del mundo; pero este, de todas suertes, se le metió en su obra y le hizo participar de las luchas del día. He aquí una prueba del valor de esas formulaciones teóricas: o son un recurso más para aquietar los reparos del lector o son ideas aprendidas, que nada tienen que ver con el resto de los conceptos centrales del autor. Y este parece haber sido el caso presente.

Y al igual que no se plantea problema fundamentales de la ciencia, tampoco interviene en los grandes debates sobre algunos temas concretos. Una sola vez intenta Granados elaborar opiniones personales respecto de una cuestión histórica; al discutir el origen de los americanos cree él que debió ser africano pues los frios del norte -esto es, de la zona del estrecho de Anian (Behring)- deben haber impedido el paso a los emigrantes. En cambio, la posición del Africa es muy favorable al poblamiento del Nuevo Mundo, por los vientos favorables que corren entre una y otro, por la condición marítima de los habitantes de allende el Atlántico precisamente en la zona costera

que mira a nuestras tierras (26). Sin embargo, durante el siglo otras contribuciones se habían hecho a la discusión del problema, como veremos más adelante.

No requieren las Tardes Americanas un estudio detallado de las fuentes. Sus "bebaderos" son los ya muy conocidos. En primer lugar, Torquemada, el autor preferido durante el siglo xviii por la abundancia de información y por su falta de crítica que permitía a los demás lucir sus dotes polémicas o su perspicacia sin gran trabajo. A continuación, los demás "clásicos" Gómara, Herrera, Acosta, y cuantos escribieron de los indios y de su historia aunque fuera incidentalmente. En realidad, a Granados no le preocuparon las fuentes: bastaba que le proporcionaran los elementos que necesitaba para "ilustrar" su alegato. Pero menciona también en una forma muy vaga y que no satisface los manuscritos y mapas que "tengo registrados, traducidos del mexicano, nahuatl y chichimeco a el elegante idioma otomí" (27).

Notas bibliográficas.

- (1) En esta breve reseña biográfica hemos seguido casi exclusivamente la obra de Vicente de P. Andrade, Noticias biográficas de los Ilustrísimos Prelados de Sonora, Sinaloa y Durango, 3a edic., México, Imprenta del Museo Nacional, 1899; también consultamos, el trabajo de Eduardo W. Villa, "Síntesis histórica del Obispado de Sonora", Divulgación Histórica, 1,10, México, 1940, pp.443-448, el cual atribuye la falta de consagración de Granados en Durango a la oposición del cabildo eclesiástico. Hay una reseña biográfica en la Gaceta de México, VI(1794), p. 533.
- (2) Patrocinio de el Patriarca Sr. San Joseph sobre los rayos, México, En la Imprenta de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1768.
- (3) El andaluz Perseo, elogio poético que a los insignes hechos del Excmo. Sr. D. Bernardo de Gálvez escribía.....a un amigo suyo. México, En la Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontivero
- (4) Cf. Eduardo W. Villa, op. cit. n. 1
- (5) Tardes Americanas, gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables y cosas ignoradas desde la entrada de la gran nación tulteca a esta tierra de Anáhuac hasta los presentes tiempos, México, En la nueva Imprenta Matritense de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1778.
- (6) Cf. J.M. Beristain y Souza, Biblioteca Hispano-Americana Setentrional, 2a edic. Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883, t. II. La biografía de Granados es muy deficiente.
- (7) En su Bibliotheca Mexicana, cuyos Prólogos han sido publicados en México, Fondo de Cultura Económica, (1944), traducidos al español por el Prof. Agustín Millares Carlo.
- (8) Tardes Americanas, Introducción.
- (9) Theatro Crítico, t. II, discurso viii; "Sabiduría aparente".
- (10) Tardes Americanas, p. 35.
- (11) idem, 406-407.

- (12) Idem., 147-149.
- (13) idem., 76.
- (14) idem., 223-224.
- (15) Sobre este franciscano hay dos estudios recientes: Francisco de la Maza, "Fray Diego Valadés, escritor y grabador franciscano del siglo xvi" Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, IV, 13, Universidad Nacional Autónoma de México, 1945, pp.15-44; Gabriel Méndez Plancarte "Fray Diego Valadés, humanista franciscano del siglo xvi", Abade, I, 3, (1946), pp. 265-282.
- (16) idem., 73-74.
- (17) idem., 75.
- (18) idem., 20. No resistimos al impulso de hacer notar aquí un fenómeno singular de perspectiva que convendría analizar seriamente. Generalmente, mientras más antiguos son los personajes su imagen es más legendaria e irreal. Esto que pudiera explicarse por una simple veneración de lo más viejo, tiene quizás relación con el hecho que la tradición indígena, a medida que se acerca al momento de la conquista, viene más cargada de juicios críticos sobre los personajes - como resultado quizás de la transformación de la sociedad indígena, en la que ya aparecían desde la época de Itzcoatl desigualdades de clases-, los cuales fueron tomados por los cronistas españoles y los misioneros e interpretados como síntomas de una decadencia o presagios de una ruina que venían a justificar a posteriori el hecho de la conquista por el abuso de los "tiranos" aborígenes.
- (19) P. [J. Fr.] Lafitau, S.J., Moeurs des sauvages américains comparées aux mœurs des premiers temps, 4 ts., Paris, Chez Saugrain, l'ainé, et Charles Estienne Hochereau, 1724.
- (20) idem., 108.
- (21) idem., 127.
- (22) idem., 124.

- (23) idem., 182.
- (24) idem., 531-532.
- (25) idem., 106-109.
- (26) idem., 25.
- (27) idem., Introducción.



## CAPITULO V.

Eclecticismo modernista y criollismo en la historiografía: FRANCISCO JAVIER CLAVIGERO.

1. "Emprendí esta obra por servir en lo que pudiese a mi patria.

En este capítulo hemos de estudiar la obra más importante y de más nombre entre todas las producidas durante el siglo xviii. Su autor, Francisco Javier Clavigero era miembro de la Compañía de Jesús, principal institución de enseñanza de la aristocracia de la época y una de las fuerzas político sociales de más entidad en la colonia. Nació este historiador en Veracruz, patria también de otros jesuitas de su tiempo no menos famosos como Francisco Javier Alegre y Juan Luis Maneiro, el 9 de septiembre de 1731. Su padre, Blas Clavigero, oriundo de León (España) llegó a Nueva España con el cargo de alcalde mayor de Teziutlán en la Mixteca; su madre, María Isabel de Echeagaray, pertenecía a una familia vascueta que dió varios magistrados y funcionarios a la administración colonial.

Su padre le comunicó los primeros conocimientos, mientras discurría su niñez en Teziutlán y Axcayan. Posteriormente fué enviado a estudiar gramática en el colegio de San Jerónimo y, después, filosofía en el de San Ignacio, ambos de la Puebla de los Angeles. Cursó en ellos hasta ingresar, en febrero de 1748, en la compañía de Jesús, pasando al convento de Tepotzotlán para realizar el noviciado. Hijo de una larga y no muy rica familia, poseedor de un amor al estudio y de una inteligencia viva, había escogido la única carrera que aseguraba una vida sin graves tropiezos y a la medida de sus inclinaciones. Sin embargo, parece que le costó algún quebranto el someterse a la nueva disciplina pues el padre provincial, Francisco Javier García, en carta de 23 de abril de 1748 —a menos de dos meses de su ingre-

so- le acusa de haberse "dejado apoderar mucho de la melancolía y de las astucias del demonio a que se le ve tan rendido"(1). Es que él ya había entrado en relaciones con la filosofía y el pensamiento renovadores de su tiempo y le sería difícil sujetarse a una rígida disciplina ideológica cortada sobre el tradicional patrón escolástico. Ya veremos que no sea el único incidente de este género que le ocurrió.

Hacia 1752 le hallamos en la capital del virreinato, terminando -de vuelta de un viaje a Puebla, según parece- sus estudios y nombrado para el primer cargo que tuvo en la orden, el de prefecto de estudios del colegio de San Ildefonso(2). No tardó en ser relevado de aquella responsabilidad porque no angustiara a consecuencia de la oposición que existía entre sus aficiones a la filosofía modernista y el peripatetismo oficial de la institución (3). Devuelto al colegio de San Pedro y San Pablo se aficionó entonces al estudio del mexicano, de los códices, documentos y crónicas que allí encontró, así como en la biblioteca del colegio de San Gregorio Y como dice gráficamente su biógrafo Maneiro: "Ibi dedit operam libris devorandis" (4). Allí conoció a los padres Agustín de Castro, José Julian Parreño y José Campoy, a lo mejor de la orden en suma y los más cercanos a él por sus intenciones reformadoras y su amor la ciencia. Especialmente el último de ellos parece haber dejado en su vida una honda huella (5).

Sus silenciosos y pertinaces estudios fueron suspendidos por el traslado al colegio de San Francisco Javier de Puebla, donde dió a luz sus primeras producciones. Permaneció en ese lugar desde 1756, más o menos hasta 1763, año en el cual se le destinó a la cátedra de física del colegio de la orden en Valladolid (Morelia) (6). Parece que ya había pedido, desde 1762, esta remoción que le abriría las puertas de la enseñanza según su parecer (7). Pero dejaba ya en Puebla un grupo de amigos entre los que contaba Vicente Terija, José Antonio Alzate y, posiblemente, el licenciado José Ignacio Borunda (8). Su labor en la cátedra de la capital mochoacana le valió los aplausos del cabildo eclesiástico, agradecido de una innovación docente -el

eclecticismo racionalista- que no "fatigaba la mente de los jóvenes con ninguna o muy poca utilidad", al decir de Maneiro. De esta época datan los principales documentos a él relativos, o de su mano, hallados hasta hoy. Aunque alejado del teatro en que actuaban los más valiosos componentes del profesorado de la Compañía y separado de sus amigos, está con ellos por medio de una correspondencia abundante y muy elocuente porque da la medida del respeto que sus contemporáneos tenían a su saber y a sus opiniones (9).

En 1766 se le ordenó ocupar, en calidad de vacante, una cátedra del colegio de Guadalajara. Esto provocó uno de los incidentes más delicados de toda su vida. No sin resistencia aceptó él esa encomienda -pues cinco años antes ya había rechazado el traslado a la capital de Nueva Galicia- considerando que se le imponía "remendar" un curso. Llegó a decir al provincial que se la habían de ofrecer en ese colegio "algunos lances en que mi genio ardiente se precipite a algún exceso" (10); pero prevaleció el mandato de los superiores después de la un tanto amable reprimenda del provincial Francisco Cervillos: "Es mal consejero la melancolía que llena a Vuestra Reverencia de especies funestas y le hace aprehender desaire y deshonor en aquello mismo de que resulta mucho crédito". Como se ve al cabo de diez y ocho de vida eclesiástica aun la melancolía (al) atormentaba. Con el desarrollo de su personalidad -de un al parecer exagerado amor propio- los motivos de resistencia al sentimiento lejos de cesar habían alcanzado su grado máximo.

Recordaría él entonces sus olvidados proyectos de partir para las misiones de California. Pero la orden le había necesitado en el siglo, por su talento, por su saber, y le había planificado los sentimientos, colocándole allí donde no pudiera desarrollar a plenitud sus ideas renovadoras; pero donde, al mismo tiempo, pudiera crear simpatías y amistades que la Compañía se ocuparía en capitalizar. Lo cierto es que permaneció en Guadalajara hasta la expulsión de la orden, en 1767.

Partió para Italia, no sin antes pagar su contribución a los tópicos permaneciendo enfermo en La Habana algunos meses. Llegó, finalmente, a su des-

tierro, donde había de cimentar su fama de historiador, bien diferente de la de innovador filosófico que tenía en su patria. Pasó por Ferrara donde el conde Aquiles le distinguió con su favor; pero no permaneció allí sino que siguió con sus compañeros de orden a Bolonia, lugar de su asiento definitivo. Presidió en onces la academia mexicana constituida por los expatriados, con el objeto de no abandonar sus viejas aficiones, de recordar a la patria, siéndole útil, y de instruir a los más jóvenes que habían decidido correr igual suerte. Estas labores no le impidieron realizar cuantos viajes pudo, recorriendo las bibliotecas italianas más ricas en obras sobre México, acopiando materiales para su magno escrito, la Historia Antigua de México, a la cual dió término hacia 1780.

Publicada esta obra en Cesena, después de una infructuosa gestión por darla a conocer en español, continuó sus empeños historiográficos componiendo la Historia de la Antigua o Baja California. Mientras tanto se difundía con una rapidez singular la fama de su pluma, en la patria, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, y, al parecer, en Dinamarca. Pero sus achaques se acentuaron. Cada día fué más difícil salvarle la vida. A mediados de 1786 le sorprendió una fuerte crisis que no cesó hasta su muerte, el 2 de abril de 1787. Había perdido Nueva España, la patria americana, su más inteligente y tenaz defensor.

2. Fué Clavigero un autor bastante fecundo. Sin embargo, se observa que en el mismo espacio de tiempo —a corta diferencia— que media entre su <sup>e</sup>ordnación y la expulsión y entre esta } su muerte sus actividades marcharon a un ritmo muy diferente. Entre 1752 y 1767 solo se destaca como obra de verdadero empeño, el curso de física inédito, posiblemente parte de un curso ~~completo~~ de artes que no sabemos se haya encontrado completo (11). En cambio durante su destierro compone la gran Historia Antigua y la Historia de la Antigua o Baja California (12). Hay, pues, un paso de importancia de terminado por el destierro forzoso: el abandono de la filosofía por las tareas historiográficas.

La Historia Antigua fué escrita originalmente en español, pero al fracasar las gestiones para su publicación en Madrid, la vertió a "toscano", lengua en la que fué editada. Esta es la versión general; pero notamos en ella una contradicción que nos inclina a no aceptarla (12). Lo que hay de cierto es que no se permitió publicarla en España, circulando pues en italiano; empero casi inmediatamente después de aparecida fué traducida al español, y el editor Sancha proyectaba darla a luz con notas de José Antonio Alzate. Solo dos traducciones han alcanzado el dominio público: la de José Joaquín de Mora (Londres, 1826) y la de Francisco Pablo Vázquez, obispo de Puebla (México, 1853). Ultimamente se ha publicado un texto que, según nota del manuscrito -al parecer de José María Andrade- es el original, autógrafo (14).

Se conservan inéditas varias traducciones: la de Diego Troncoso y Buenvecino, en la Biblioteca Nacional de México, incompleta pues le falta el tomo primero y las disertaciones; pudiera quizás relacionarse con un tomo suelto, con notas de Alzate, que hay en la Sección de Manuscritos del Museo Nacional (15). Hay, además, en la Biblioteca Nacional una traducción de las disertaciones que el sr. Rafael García Granados sospecha que pudiera ser del mencionado Troncoso. Se conocen, además, las siguientes: una, de solo el primer libro por Félix Osorio y que se encuentra en poder del Sr. G. R. G. Conway; otra, de José Alejandro Treviño y Gutiérrez, igualmente en la biblioteca del citado señor; otra, del P. Manuel Muñoz Castiblanque, en dos tomos, que parece perdida; finalmente, la del r. p. Miguel Frías, anunciada en la Gaceta de México de 1822.

Esta relación que, con abundancia de pormenores puede encontrarse en un trabajo ya citado (16), tiene un interés elemental: muestra que la obra de Clavigero ha sido una de las pocas que durante un siglo ha atraído la estimación de los amantes de las antigüedades mexicanas. No se explicaría de otro modo esa abundancia de traducciones.

La Historia de la Antigua o Baja California es obra póstuma. De ella se conocen dos traducciones: la del p. Nicolás García de San Vicente, publicada

en México (1852) y otra de Diego Troncoso y Buenvecino inédita<sup>o</sup> pero que fué utilizada para mejorar o contrastar<sup>o</sup> la anterior al momento de su publicación. Que sepamos, no se conoce el original de mano del autor.

Otras fueron las producciones de Clavigero que alcanzaron a publicarse. Una traducción de cartas de San Francisco de Sales (17), y varias más que no enumeramos por no recargar inutilmente esta relación (18). Ultimamente se han publicado nuevos manuscritos de Clavigero relativos a materias económicas y a las provincias eclesíásticas. Los primeros nos parecen no son más que apuntes diferentes hechos con los mismos materiales con que redactó el primer libro de la Historia; son, además, posteriores a las disertaciones (19). Los otros pueden haber sido un primer ensayo de una Historia eclesiástica que anuncia en algún lugar, "si dios favorece sus designios" (20).

3. Entre todas las obras, la que nos interesa en este ensayo es la Historia Antigua de México. El estudio de las demás podría confirmar o invalidar algunas de las afirmaciones que al respecto de ella hacemos y solo en tal carácter las hemos consultado, particularmente la Historia de la California. En general, no creemos que haya otra -salvo el curso de física- que pudiera ofrecernos una mayor cantidad de elementos de juicio que su principal aportación a la historia del pasado indígena.

En realidad, la Historia Antigua posee valores suficientes para justificar un estudio casi independiente del resto de sus producciones. Se trata no solo de la más gran exposición de las antigüedades mexicanas durante el segundo ciclo de la historiografía del país, sino, además, de la única obra importante que se conoció en aquellos tiempos. Por esta razón su influencia es incalculable, tanto en el orden puramente historiográfico como en otros aspectos del pensamiento de la colonia en el último cuarto del siglo. Su importancia política, por ejemplo, no ha sido aun estudiada y a ella nos referiremos más bien incidentalmente. Por otra parte, en su tiempo, la obra de Clavigero puso de moda un tema que Granaos Galvez solo había recogido

con cierta vaguedad; el de la defensa de los americanos -indios y criollos- contra las afirmaciones de algunos escritores europeos.

Para nuestro estudio presente tiene, además, un gran interés por la teoría historiográfica que Clavigero expone en ella, en un esfuerzo por superar las historias de tipo tradicional que aun predominaban en aquellos años. Finalmente, es un caso de múltiple manifestación de sentimientos y de intereses que conviene estudiar detenidamente.

A. Detrás de cada autor hay un estímulo que actúa y le dirige en algún sentido; no falta ni siquiera en aquellos que dicen escribir por placer. Precisamente por ser la historia una de las disciplinas más impregnadas de la vida común de los hombres, no hay escritor que se sustraiga al finalismo, entendiéndose por eso aquella manera de ver los problemas que viene impuesta por la experiencia personal y social del momento en que vive. Sin embargo, Clavigero pertenece a esa raza de historiadores que eluden la plena manifestación de sus preocupaciones; pero, ni puede ocultar debidamente los estímulos que le mueven, ni les da rienda suelta. Estas dos constataciones, aquella primera, de orden general, y esta segunda de orden particular del historiador que estudiamos nos deben infundir una cierta cautela al tratar de explicar el mecanismo interno de su obra; son tantos los elementos de orden ideológico, - psíquico, además, de los de tipo material que participan de la composición de sus libros de historia, que no podría, so pena de inducir al error, explicarse esta o aquella de sus características por una simple causa motivación.

El mismo nos dirá: "Escribí esta obra por servir en lo que pudiese a mi patria" (21). He aquí una confesión luminosa, aunque no lo bastante para precisar qué clase de servicio creía él hacer a su país. Por otra parte, sucede que el servicio que el autor cree prestar a su patria no es tal o difiere notablemente de lo que se había propuesto. Porque en este punto, ya no opera solamente la intención del historiador, sino, ante todo, la intención de los que le consultan y se aprovechan de sus noticias o de sus ideas.

Digamos que su obra no tiene por objeto demostrar tal o cual afirmación respecto de la historia antigua de México. Lo que no debe interpretarse en el sentido de que Clavigero se limite a vaciar en ella datos, hechos, narraciones son más criterio que una discriminación entre lo verosímil y lo verdadero; él cae en ese "pecado original" de la historiografía que es el opinar, emitir juicios, en los cuales aparecen rasgos definidos de partidismo. Toma partido -en el sentido historiográfico- desde el momento que representa una continuación de la tradición tenochca, lo que, por otra parte, no ocultó pues dice en algún lugar que no menciona las fuentes históricas de Yucatán porque escribe solo sobre el pasado del imperio mexicano (22); toma partido contra los escritores "ilustrados", lo que supone una ideología divergente y polémica; en fin, toma partido a favor de los indígenas, incorporándose de este modo a una visión política del pasado.

Concibe, además, su obra como restauradora de la verdad y de la justicia históricas. En primer lugar, porque conviene eludir la manía de las reflexiones filosóficas, morales y políticas, tan común entre los historiadores "ilustrados". Si, como veremos, la historia debe ser sólo el relato de lo ocurrido verdaderamente, no puede el historiador ser un servidor de la verdad y al mismo tiempo filósofo. Ya veremos que Clavigero no desprecia la filosofía, sino una, especial, la de su siglo, en lo que no sea compatible con la fe.

Por otra parte, Clavigero intenta dar un idea de la grandeza de la civilización mexicana precortesiana. Y no solo porque ello satisface su más íntimos sentimientos, sino porque algunos autores europeos habían popularizado una serie de errores y de fantasías acerca de los indígenas. Estas faltas cometidas por los extranjeros, independientemente de las relaciones que tuvieron con la filosofía de las luces, se originan en las deficiencias de las fuentes españolas y americanas; estas carecían de imparcialidad y de pulcritud y eran de difícil lectura en caso de que las pudiera consultar en bibliotecas europeas. Había, pues, que restablecer la verdad contra españoles y extranjeros. Superar a los historiadores del siglo xvi, ridiculizando a los



del xviii, he ahí algunos de los estímulos que le guían, los objetivos que persigue.

Por ello, sin duda, toma de la masa de historiadores dos que le parecen representar el tipo de cada grupo. Torquemada entre los del primer ciclo - xvi y xvii- y Corneille de Paw entre los del xviii, constituyen el objeto de una persistente crítica, a través de la cual dirige Clavigero sus tiros contra la generalidad de los demás. <sup>(23)</sup> Al hacerlo trata de defender a su patria y de salvarla del contagio, pues en medio del prestigio de los escritores ilustrados se envuelve el peligro de que los americanos acepten algunas de sus conclusiones denigrativas de los indios y, por extensión, de los criollos, lo que constituiría, teóricamente, un suicidio. Quizás por ello se lamenta del abandono en que han caído los estudios de la antigüedad mexicana en la propia colonia, preparando el terreno a la penetración de ideas y juicios que nada tienen que ver con los intereses de los habitantes del Nuevo Mundo, ni con la verdad de los hechos transmitida en gran cantidad de testimonios. Su preocupación por el estudio del pasado es sintomática. No le anima una simple curiosidad, ni el puro desinterés científico, sino el afán de conservar una hermosa tradición que tanto significaba para sus sentimientos de criollo.

No le mueven iguales estímulos a escribir la Historia de la Antigua o Baja California. Aunque polemiza con los mismos autores europeos que en su obra grande -Gage, Raynal, Robertson- él mismo confiesa que le interesa defender a su orden de los ataques que le han sido dirigidos; hay, pues, un interés muy particular que determina tanto la concepción como la realización de ese relato. Tiene mucho de apología al uso, aunque revestida de aquellas excelencias del estilo y de una discreción que la dan animación y prestigio. Por otra parte, es indudable que los indígenas de California no pueden suministrarle elementos tan abundantes y grandiosos como los de la mesa central; muy lejos de ello, Clavigero, dejando de enternecerse ante sus "hermanitos menores" les dedica sus más duros adjetivos. Recordemos en to

momento esta polaridad de las ideas de Clavigero respecto de los indios por que reaparece, con nuevas vestiduras en muchas partes de su Historia Antigua y nos servirá, además, para apreciar los juicios, que sobre las mismas cuestiones, emite Fray Vicente de Santa María (cap.vii).

Es claro que en la Historia Antigua también se hallan presentes los intereses y las ideas religiosos, pero siempre supeditados a otros; solo en la introducción a las Disertaciones que le sirven de apéndice -aunque fueron escritas con anterioridad- muestra la indignación que le producen las sátiras contra la religión, los pontífices, en suma, la impiedad de la cual hace ostentación Cornéille de Paw.

B. Toda obra supone una actitud teórica respecto de la historia, aun en aquellos casos en que el autor niegue todo esquema de interpretación y se proclame simplemente devoto de la verdad. Clavijero no constituye excepción, posee también un caudal de ideas previas que impregnan toda su labor investigatoria. Y esto por dos razones: una, su condición de católico, precisado, por ende, de respetar la tradición bíblica; otra, porque niega la posibilidad de filosofar la historia, sin percatarse de que ello va implícito en su creencia religiosa. Esto último le lleva a rechazar toda reflexión o juicio sobre los hechos, negando así una de las más fructíferas tradiciones historiográficas.

Sin embargo, hay una notable diferencia entre el texto de la Historia Antigua y el de las Disertaciones. En aquella desaparecen casi completamente los elementos característicos de la tradición historiográfica católica; mientras en esta predominan y se manifiestan sin limitaciones. En alguna de ellas dice: "El sumo respeto que se debe a los libros santos se obliga a creer que los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo descienden de aquellos individuos que se salvaron del diluvio universal en el arca de Noé" (24). He aquí el principio de la autoridad en su más alta expresión. Las palabras subrayadas pueden significar que su convicción era otra; pero la oposición

en que se hallaría con la principal fuente inspiradora de su fe le fuerza a mantener con más énfasis, aunque con menos eficacia, la autoridad. Y sobre el testimonio bíblico fundamenta no pocas de sus ideas acerca de graves problemas de arqueología americana. Tal es el resultado de su eclecticismo, que arrastra una dramática oposición entre la razón y la fe, conduciéndole a posiciones muy inestables como puede observarse cuando se enfrenta con la leyenda de Quetzalcoatl-Santo Tomás (25).

En el curso de la Historia Antigua predominan otras ideas, porque se atiene con bastante consecuencia a lo que denominamos una teoría de la objetividad histórica, la primera que aparece desarrollada con cierta amplitud en la historiografía mexicana. No se trata de una elaboración conceptual absolutamente propia, puesto que sus antecedentes los hallamos en historiadores de la antigüedad clásica, Plutarco, por ejemplo, y mucho más cerca de nuestro <sup>autor,</sup> en la obra de Torquemada, y en varios más del xviii, que citamos en el capítulo i, especialmente Segura y Feijóo, sino de una expresión más moderna de viejas ideas sobre el contenido de la historia.

El primer cuidado del historiador debe ser "no violar las leyes de la historia" (26). Notemos la presencia de una palabra -leyes- de difícil inteligencia para nosotros que la relacionamos inmediatamente con la ineluctabilidad y la regularidad del acontecer. Antonio de Herrera, a principios del siglo xvii, también habla de leyes. Por lo que concierne a nuestro autor es evidente que no se refiere a leyes materiales sino formales, lo que otros de su tiempo y, con más razón, de los siglos anteriores, denominarían reglas, vocablo más ajustado a su origen y condición preceptista; tienen, en suma que ver con el método, más que con el contenido propio de la ciencia. Empero, reparemos en que, aun conservando su original sentido preceptivo-retórico, responden a una actitud de profundas repercusiones ideológicas pues el enuereza esas "leyes" contra una historiografía militante, la historiografía "ilustrada" que, a consecuencia de sus raíces racionalistas, no se para ya en preceptos ni observa reglas surgidas o remozadas al calor de

otra cosmovisión. Hay, pues, entre él y los historiadores "ilustrados" una distancia bastante difícil de salvar aunque a veces su oposición se reduce, como veremos más adelante.

Una ley, la suprema, es que precisa el historiador decir la verdad, relatar conforme a las fuentes, una vez depuradas, sin quitarle ni añadirle cosa alguna, huyendo, en suma, de toda intervención de elementos subjetivos o imaginados, aunque por su ajuste a la trama de los hechos constituya una objetiva aportación personal del autor. Con harta frecuencia niega la intervención del demonio en la vida y costumbres de los indígenas y rechaza las simplistas <sup>compar</sup> ~~aportaciones~~ de episodios y hechos de la tradición bíblica y de la historia americana. Por este camino va Clavigero bastante lejos, tanto cuanto le permiten sus instrumentos de trabajo; por lo pronto supera a algunos de sus principales contemporáneos como Veytia.

Esa ley, la expresa de la siguiente manera:

"En nada he tenido más empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizá mi historia sería mejor recibida por muchos si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero hubiera sido aplicada a herosear mi narración con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas, y con hechos creados por mi imaginación (27).

Es evidente la relación que guarda esta fórmula y las ideas que comentamos más arriba. Decíamos que se trata de leyes formales, leyes, en suma, que deben conducir al establecimiento de la verdad. Y como consecuencia de esa primordial investigación de la verdad, el surgimiento de la duda cuando, no empece a la consulta y el contraste de fuentes, resulte aventurado afirmar que las cosas han sucedido de ésta o de aquella manera; con frecuencia transcribe una noticia y añade: "ignoro cuál sea el fundamento" o bien, "respeto la autoridad, pero dudo de su dicho". Esta disposición no era privativa de su manera historiográfica, sino general, al decir de su biógrafo Maneiro (28), pues con frecuencia contestaba: no sé o nada puedo afirmar. Actitud que se ha observado en el gran creador de la ciencia diplomática -Mabilion-

y es propia de todos los que aspiran a conciliar corrientes opuestas y siempre peligran de agredir a una o a otra. A veces, al tropezar con estas manifestaciones, nos parece que la suma cautela dañó su buen tino historiográfico; de modo que algunas de sus limitaciones provienen de la teoría que adoptó y que le resta fuerzas para enfrentarse con algunos de los problemas más interesantes del pasado americano, como es el caso del origen asiático del indio, en cuya discusión se concreta a destruir errores, sin atreverse a decir su verdad. Sin embargo, estas reservas perjudiciales no restaron gran mérito a su obra cuando se la compara con algunas de sus contemporáneos. Clavigero peca por exceso de cautela, pero no llega a los extremos de precocismo deductivo a que conducen pensamientos como el de Francisco Javier Orrio (29).

Pero todo el afán erudito-crítico que su actitud supone, está unido a una intención militante. Las reflexiones filosóficas y políticas a que se refiere son aquellas que los escritores "ilustrados" entremetían en sus relatos con el objeto de dar sentido a los hechos, los cuales, de otro modo, aparecerían como una serie interminable de crímenes, vicios, extravagancias y estupideces. Al oponerse al estilo imperante, defiende, como hemos dicho, a su religión y a sus hermanos menores, los indios, de la ligereza de algunos historiadores europeos. Parece que se percata de que la polémica le obliga a traicionar su teoría de la objetividad. Y, aunque a nuestros ojos no basta para defenderle de esta inconsecuencia, dice:

"He nacido de padres españoles y no he tenido la menor afinidad ni consanguinidad con indios, ni espero el menor galardón de su miseria. Así que, solo por amor a la verdad y el celo en favor de la especie humana, me hacen abandonar la causa propia (la de los criollos) y abrazar la ajena con menos peligros de errar (30),

pues si él ampara a los indios es precisamente porque se siente criollo y, por ende, más cercano <sup>de</sup> ~~de~~ los que/sus antepasados hispanos. Y, en definitiva, pone tanta pasión en la defensa, cuanto ponía de Paw en el ataque y, aunque él represente la verdad frente a los errores de aquel, de Raynal, de Robert-

son y de otros más, no por ello deja de turbarse su calma contemplativa.

No era novedad en la literatura histórica americana el referirse a cuestiones de crítica y de método. Por ejemplo, Torquemada se planteó y respondió algunas de ellas (31). Con cierta fineza, Diego Andrés Rocha -tipo específico de la historiografía tradicional- pretendió caracterizar las fuentes del conocimiento histórico (32). Su mismo contemporáneo Veytia, que no carecía de cierta práctica en abordar los problemas históricos, no llegó a formulaciones tan generales y coherentes como Clavigero. Esto es lo que comunica importancia a sus manifestaciones al respecto.

Es claro que ninguno de los citados, ni otros más que también barruntaron la importancia de estos temas, dispusieron de o Clavigero de buenos modelos y de un clima intelectual, como el de Italia, que les abriera las puertas de ciertos problemas teóricos. Conveniría recordar, en este punto, las ideas del gran erudito francés, continuador -fuera del catolicismo- de las ideas de Mabillon, Bayle, mostrando hasta qué punto coinciden con la de nuestro autor. Decía este que había que respetar las leyes formales de la historia, no permitir que interviniera la personalidad del historiador en los juicios. Además, otra ley: "no atreverse a decir lo falso, ni tener miedo a decir lo verdadero" (33). Apartarse tanto del panegírico al estilo de Solís, como de la diatriba propia de Las Casas (34). Finalmente, defender la causa de la especie humana, no la propia, a fin de que la pasión no enturbie la proclamación de la verdad.

Bayle, por su parte había dicho:

"El historiador "debe despojarse completamente del espíritu de adulación y de murmuración.. debe colocarse en la situación de un estoico a quien ninguna pasión conmueve...cuidará tan solo de los intereses de la verdad y a ella sacrificará su indignación por un a injusticia alguna injusticia que se haya cometido con él, o el recuerdo de un favor y hasta el amor a la patria" (35).

Ahora bien, una diferencia los separa, no obstante la coincidencia de expresiones- y es el dogma; mientras Clavigero afirma uno, el católico, Bayle

los rechaza todos. En el caso de aquel, el equilibrio, la ponderación des aparecen, pues alguno de los platillos de la balanza se carga más que el otro. Esto se nota principalmente en las Disertaciones, en donde brotan con vigor todas las ideas previas sobre la historia, echando por tierra la depurada exposición de hechos que había logrado en el texto de la Historia Antigua.

Estas ideas de Clavigero no provienen de las que emitió el erudito francés mencionado. Conviene insistir en este punto no se crea que estamos intentando demostrar que unas proceden de las otras; nos interesa solamente la coincidencia de términos porque ello supone que nuestro autor se había formado en el seno de la corriente criticista de fines del xvii y de la primera mitad del xviii. Sabemos que conoció a no pocos filósofos eclécticos, como el padre Saguens, autor del Atomismus demonstratus, y que fué un lector asiduo del también ecléctico y reformista español Feijoo, es decir que a él llegaron, para fundirse en su cultura básica, muchos autores, los principales, del modernismo católico, los cuales expresaban ideas muy cercanas de las de Bayle; al cabo, eran patrimonio común (36).

Para alcanzar la verdad solo hay un medio: depurar a conciencia las fuentes, compararlas, criticarlas, en suma. De ahí las reiteradas alusiones al cuidado que puso en abarcar la mayor cantidad de información y no menos frecuentes referencias al propio estudio -como dice en su carta al historiador Veytia- de los códices y demás documentos que consultó en su patria, antes de 1767 y en Italia durante el destierro. Tan confiado se le ve de la efectividad de sus esfuerzos que en alguna de sus obras sueltas dice: no he hallado información sobre este punto no obstante que "he estudiado tanto la historia de aquel reino" (37). A este requerimiento de orden crítico responde la bibliografía crítica, que encabeza el primer tomo de la Historia Antigua, con el nombre de "Noticia de los escritores de historia antigua de México", así como la que sirve de introducción a la Historia de la California.

Muestra del nuevo espíritu con que se acerca a las fuentes es la explicación de la ruina de Tollan. Las causas que expone son las que se hallan en los clásicos: sequías, pestes, etc.; pero les ha podado la leyenda del "pecado original" de Tecpancaltzin y de Xochitl, nada dice de la lucha entre Tezcatlipoca y Quetzalcoatl, ni de las guerras contra Topiltzin, de modo que estas causas pierden todo valor histórico para constituirse en puras explicaciones científicas (38). Ha tomado de las fuentes solo lo empíricamente verosímil. Para él ciertas personificaciones que aparecen en los códices, no son real y efectivamente imágenes del diablo -como creía Torquemada- sino simbolismos de calamidades naturales (39).

Una observación final, Clavigero opone la verdad a la belleza literaria; quizás por ello relaciona "la sencillez y la sinceridad" de la obra de Bernal Díaz del Castillo (40). Es un error, o más bien, un viejo recurso retórico por el cual se pretende dar al lector seguridades de que nada, ni siquiera el ligero pecado de la vanidad artística, ha de empañar la verdad de los hechos. Si creyeramos que Clavigero se guió fielmente por este principio erraríamos el juicio. Ya sabemos cómo es de brillante la Historia Antigua. En ello reside, no lo dudemos, una de las virtudes cardinales de su obra: precisión, limpieza, soltura en el narrar son prendas que avaloran el texto y niegan esa pretendida oposición entre la verdad y la belleza estilística. Y como para que la distancia entre el disfraz y la relinación sea más patente, anotemos que Clavigero hermosa con el mayor cuidado los numerosos discursos que intercala en el relato siguiendo a los historiadores de los siglos anteriores, del esplendor barroco. Pero esta inconsecuencia se explica porque Clavigero se halla, tanto estilísticamente, como en lo especulativo, en el camino de la renovación. Nada en él recuerda el barroco, todo sugiere ya el neoclásico. Mal podría difundirse en una prosa bella quien como él, consideraba que Solís había rebuscado lo bello, no lo verdadero, por medio de un "estilo afectado, sentencias alambicadas y arengas sacadas de su imaginación" (41). ¿Se daría él cuenta que sus arengas las había saca



do de la imaginación de los demás?

C. ¿Cumple Clavigero lo prometido con tanto énfasis? Contestamos, sí y no. No lo cumple porque hay en él una intención católica, unida a un objetivo político pro-indígena. Sí, lo cumple, en tanto disminuye la manifestación de ambas "subjetividades" a un mínimo.

El también intercala reflexiones de todo género, como si fuera un escritor "ilustrado". Algunas veces llegan a la puerilidad como cuando refiriéndose al auxilio que prestan los pelicanos a alguno de sus congéneres apresado, dice que es acción "digna de admiración por su compasión para con sus semejantes" (42). Tanto valor tendría que nos enternecieramos ante el sistema de "previsión social" de las hormigas ! Independientemente de su contenido doctrinario aparecen en ellas la antañona historia "maestra de la vida", la historia como pretexto para enseñar normas de conducta. Cuando llama pérfido a Tezozómoc -porque fúe usurpador- no se percata de que su calificativo valora de acuerdo con criterios puramente occidentales un hecho que pudo tener caracteres menos negativos juzgado en consonancia con criterios políticos indígenas (43). Y cuando añade a ese calificativo un comentario acerca de los males que resultan de la ambición de los gobernantes y los ministros, al par que mantiene la vieja doctrina cristiana del gobernante por consentimiento del pueblo e en beneficio de este, ejemplifica con un hecho histórico una recomendación que dirige a sus contemporáneos (44). Por este camino, como se ve coincide con Raynal Robertson, Voltaire y otros autores europeos.

Caida similar le ocurre al relatar un episodio de la vida de Netzahualcoyotl. Admirado ~~mucho~~ de la profunda relación que hay entre un poema compuesto por este príncipe y las ideas católicas, Clavigero se siente llevado a decir que los presentes a su recitación lloraron porque la memoria de la muerte les hacía más cara y preciosa la existencia (45). Su imaginación, desembarazada de todo reparo teórico le hace transponer en el relato sus propias emociones ante el tema.

Muy notable es el juicio que emite acerca del mestizaje, reflexión de un alcance político incalculable:

"hubiera sido -dices- más sabia política de los españoles...en vez de conducir mujeres de Europa y esclavos de Africa...formar de ellos mismos y los mexicanos una sola nación, por medio de enlaces matrimoniales"  
(46).

Hombre de gabinete, al cabo, resuelve el problema no solo en contradicción con la experiencia histórica sino con la propia actividad catequística de la orden a que pertenecía, partidaria decidida del aislamiento de los indígenas. Por otra parte, se descubre que él no ha rebasado el horizonte social de su tiempo, pues sueña con una alianza de conquistadores con nobles mexicanos.

¿Quiere esto decir que exigimos a Clavigero igual comprensión de los problemas que la nuestra? En modo alguno; solo pretendemos comentar las quebras de que sufre su teoría historiográfica. Al cabo, la historia toca aspectos fundamentales de la vida humana, y nadie, como no viva en un mundo imaginado e increado, puede sustraerse a ellos, mucho menos lo podrá el historiador.

Clavigero cae pues en el pecado de opinar por muchas razones. Y a veces desearíamos verle más consecuente más animado del ardor, de la pasión; su cabeza estaba tan bien organizada que al concluir la lectura de la Historia Antigua nos deja una impresión de fría belleza, de contenida y racionada subjetividad.

Muchos más resultados positivos logró en lo atinente a la crítica de los testimonios. Clavigero representa un gran paso de avance sobre sus antecesores y sus contemporáneos, haciendo a un lado el caso singularísimo de Sahagún. Constantemente descuella su espíritu crítico. En la "Noticias de los escritores de la historia antigua de México", ya citada, hay juicios muy atinados y resumidores. Las Cartas de Cortés muestran, según él, modestia y sinceridad. La Historia de Lopez de Gómara es sensata y curiosa, sin que

el hecho de que se inspire en la admiración a Cortés le produzca igual indignación que el panegírico de Solís. En cambio, Motolinía y Sahagún -a quien llama laborioso- no le merecen elogio alguno. Fácil es percatarse de que le separan del primero grandes divergencias; la obra del segundo no la conoció más que de referencias. Acosta escribió sensatamente, aunque cometió errores graves. Ixtlilxochitl fué cauto en escribir -porque, observese cómo subraya la virtud crítica, hizo constar la concordancia de su dicho con las pinturas que heredó de sus mayores. A Las Casas le acusa de excesivo celo en la defensa de los indios, aunque reconoce que no pretendió engañar al monarca ni a sus lectores; suponerlo sería tanto como injuriar la memoria de sus virtudes. Pero bastaría recurrir al texto de la obra para hallar las alternativas de algunos de estos juicios.

Sin duda el más persistente tema crítico es el relativo a la Monarquía Indiana, obra del franciscano Juan de Torquemada. Clavigero abandona en este punto toda consideración y dispara contra él sus más afilados dardos. Es autor "falto de memoria, de crítica y de gusto", en cuya obra el lodo oculta las perlas, difícil y pesado de leer -lo que es cierto-, y como remate, al señalar uno de sus frecuentes errores, le acusa, con una dureza e ironía poco cristianas, de "estar agobiado del sueño o distraído con otras ideas" (47). Sin embargo, Clavigero es, principalmente, un refundidor de los materiales aportados por Torquemada. Esto explica quizá que anotara sus defectos con más precisión. Jamás se conocen mejor las limitaciones de una obra que cuando le debemos una buena parte de nuestros conocimientos más sólidos. Pero esto no quiere decir que lo superó siempre, pues mientras califica de "desatinada" la cronología del diligente franciscano, él acepta -calificándola de extravagante- la supuesta ley de los toltecas sobre la duración exacta de los gobiernos durante un xiuhmolpilli o siglo de 52 años (48).

No obstante algunas de sus exageraciones esta exposición crítica de la bibliografía es uno de los valores indisolublemente unidos a la obra de Clavigero.

Llegó él a estos juicios de tipo general mediante un análisis intenso del contenido de las obras que menciona. Debemos acreditarle que fúe consciente de las diferencias que le separaban de ellas. Cuando dice que

"los sencillos historiadores del siglo xvi y los que los han copiado suponen como cosa indudable el comercio continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo Mundo y apenas refieren un suceso que no atribuyan a su influjo" (49),

no solo muestra que está desposeído del fervor militante de aquellos, sino que representa, en consonancia con los escritores "ilustrados" una actitud racionalista y, particularmente, un desprecio profundo por la superstición. Con él puede afirmarse que termina la interpretación diabólica de la historia precortesiana y, también en un orden más general de ideas, el viejo maniqueísmo disfrazado en las luchas entre dios y satanás. Pero esto significa, además, un diferente actitud respecto de los problemas dogmáticos, pues cuando Motolinía elude el relato de la sublevación del Perú en tiempos de Blasco Núñez de Vela porque ello equivaldría a "escribir historia de hombres -de lo cual se infiere que no le interesa la historia profana sino la sagrada o semisacra de la conquista espiritual- esta muy lejos de nuestro autor que mira al cielo sólo cuando a falta de documento humano carece de argumentos o de pruebas.

Igualmente trata de discriminar su posición de la de los historiadores precedentes cuando dice:

"Pero la verdad es que los toltecas hubieran estado fuera de su juicio, si por el temor del diluvio hubieran emprendido, con tantos gastos y fatigas, la obra de aquella portentosa pirámide (la de Cholula) cuando tenían en las altísimas montañas poco distintas un asilo mucho más seguro contra las inundaciones y menor riesgo de morirse de hambre (50).

Con sana ironía destruye la identificación de Cholula y Babel que afirmaba Boturini, siguiendo las inspiraciones de casi todos los historiadores primitivos de la conquista. Definitivamente se ha desposeído a la historia de México de aquellas falaces concordancias entre hechos y personajes que produ

ción conclusiones las más extrañas y desconcertantes. Otro tanto hace cuando califica de extravagantes las opiniones que acerca del origen del hombre americano emiten Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz y Boturini porque "ha sido común el error de que para creer a una nación originaria de otra basta hallar una afinidad en las voces de sus lenguas, o alguna semejanza en sus ritos, usos y costumbres" (51). No fué el primero en objetar este tipo de crítica -como vimos en el capítulo relativo a Boturini- pero sí el más consecuente con su convicción de que era inoperante. Y añade: "yo creería perder el tiempo en refutarlos". De un tajo echa por tierra la tradición historiográfica, tan agudamente manifestada en la obra de Fray Gregorio García, "de inmensa erudición pero casi enteramente inútil pues poco a nada sirve para averiguar la verdad". Este abandono de los esfuerzos por entroncar la tradición occidental católica con la historia precortesiana equivale a un comienzo de secularización del punto de vista histórico-crítico. Comparese esta actitud con la de Veytia que estudia con deleitación casi las analogías lingüísticas o semánticas y que dedica muy sesudos capítulos a la predicación de Santo Tomás y se comprenda hasta qué punto había modernizado la historia el eminente jesuita.

Sin embargo, conviene señalar que hay, al respecto, una diferencia notable entre la Historia Antigua y las Disertaciones. En estas impera el culto a la autoridad de los testimonios. La presencia de gigantes en América, el recuerdo del diluvio, el uso del hierro después de este, el origen asiático de la fauna americana, son otros tantos motivos para afirmar, no solo la autoridad del testimonio bíblico sino también la de escritores como Herrera, Gómara, Acosta y otros que, según él, habían estudiado estos problemas con detenimiento. Precisa confesar que es modo diferente de presentar los problemas historiográficos constituye una seria dificultad para los que examinan la Historia Antigua. Una solución de tipo cronológico, aunque nos permitiría salir del paso no explicaría por qué hay esas dos actitudes, casi opuestas, en una misma personalidad. Podría decirse, es claro, que Clavige

ro estudió en México los problemas de la historia antigua y los resolvió en forma parecida a los "sencillos historiadores" del siglo xvi, pero que al ponerse en contacto con libros y autores europeos, ya muy alejados de esos puntos de vista decidió no solo excluirlas del texto de su obra, sino también desecharlos absolutamente como instrumentos de esclarecimiento del pasado precortesiano. Una parte de la explicación sería válida: es posible que la lectura de los "ilustrados" ejerciera sobre él cierta influencia, pues, al cabo, su eclecticismo le preparaba para ello; pero no la parte que hace al elemento cronológico, pues las Disertaciones fueron una obra si no paralela a la Historia, por lo menos inmediatamente anterior. Luego, puede afirmarse que coexisten las dos actitudes señaladas más arriba. Solo nos resta pensar que el carácter polémico de aquellas, destinadas a publicarse por separado, le llevó a acentuar aún más que en el cuerpo principal de su obra las diferencias que le separaban de los "ilustrados".

De este modo, sin negar absolutamente una tradición, a la cual se halla indisolublemente unido, salva su criterio científico.

D. Y pasemos a otros aspectos. ¿Qué relaciones guarda el relato histórico de la Historia Antigua con el que aparece en las obras que le sirvieron de fuentes? He aquí una pregunta fundamental y cuya contestación ha de ser dubitativa, pues supone un trabajo de cotejo nada fácil de realizar. Solo en lo que hace a los autores -Torquemada e Ixtlilxochitl- es posible proponer conclusiones más o menos definitivas.

Podríamos dejarnos llevar por las afirmaciones que hace en la ya citada "Noticia de los escritores de la historia antigua de México"; pero ello sería poco juicioso. De guiarnos por la personal opinión de Clavigero sobre las fuentes <sup>que</sup> usó llegaríamos, por ejemplo, a la conclusión de que la Monarquía Indiana le sirvió solo para entesacar las "perlas" del lodo, lo cual sería erróneo pues fué su principal guía. Desde luego, es evidente que tuvo preferencias por determinadas obras que cita. No sería aventurado afirmar que se inspiró en Torquemada, Zorita, Olmos, Motolinía, López de Gómar

Cortés y algún otro, quedando en grupo aparte Acosta, Ixtlilxochitl, Boturini, Sigüenza y Sagahún, de cuyas obras parece haberse servido solo accesoriamente.

Vamos a examinar por menor las coincidencias de la Historia Antigua con algunas de las obras más importantes. En primer lugar, con la Monarquía Indiana, de Fray Juan de Torquemada. Notemos que allí donde este autor coloca un discurso o una arenga en boca de un personaje indio también lo incluye Clavigero, aunque hermosado, desbastado. El discurso que los acolhuas dirigen a Xolotl es un buen ejemplo de esta concordancia, si bien parece conservar en la obra de franciscano su forma más pura. Son múltiples estos paralelismos. La descripción de las fiestas celebradas en Tenayuca con ocasión del matrimonio de las hijas de Xolotl es idéntica en ambas historias: duraron sesenta días, hubo tanto espectador que la ciudad no bastó a alojarlos, en los combates con fieras y en las carreras se destacó por su destreza el "príncipe" Nopaltzin. Igual es el relato de la conjuración contra Xolotl y el episodio de la inundación del jardín donde éste acostumbraba a reposar y por la misma causa, según ambos autores, parece frustrarse la venganza del monarca.

Algunos comentarios de primera importancia son idénticos. Por ejemplo, cuando al par atribuyen el origen de las disensiones ocurridas entre los chichimeca al aumento de la población y de la cultura. Acerca de la constitución de la "monarquía" tlattelolca coinciden atribuyéndola a la imitación, al par que dan como origen de la tenochca la necesidad de defenderse. Cuando los tenochca piden a Tezozómoc una de sus hijas para casarla con su rey, la coincidencia de ambas obras se observa hasta en el comentario que les sugieren las expresiones de cortesía y los calificativos que emplean los indígenas. El episodio de la enemistad entre Maxtlaton y Huitzilihuitl se corresponde en un todo, hasta en la observación de que aquel y Ayaucihuatl, esposa del segundo, debieron ser de diferente madre y, por ello, aunque hermanos, capaces de casarse según las costumbres tepaneca. Ambos señalan la confusión de algunos autores respecto de la muerte de Acolnahuacatl, hijo de

## Huitzilihuitl(52).

Cuando surgen diferencias entre ambos, se debe a que una opinión de Torquemada sugiere otra a Clavigero: es el caso del juicio que merece el asesinato de Tziltomiah por Netzahualcoyotl. Cuestiones de apreciación acerca de la vida de Itzcoatl son iguales en ambos; como, por ejemplo, el hacer constar su desinterés porque devuelve el reino de Tezcoco a Netzahualcoyotl. Y baste de comparaciones, pues nunca acabaríamos. Puede consultarse el apéndice A en el cual cotejamos textos de ambas obras.

Especial consideración merece Ixtlilxochitl, enjuiciado, como otros, en la "Noticia" ya mencionada. No parece haber sido un autor muy seguido por Clavigero. Ciertamente es que ambos gustan de comparar los indígenas y sus realizaciones culturales con las de los pueblos de la antigüedad clásica, pero la coincidencia no basta a afirmar que el uno se inspirara en el otro. En el cotejo entre la Historia Chichimeca (53) y la Historia Antigua hemos preferido no perder de vista la obra del franciscano, mencionada anteriormente, porque ello nos ayuda a aclarar el problema. Nos vemos forzados a tomar los capítulos que se refieren a los últimos tiempos de la historia precortesiana, porque de cotejarlas partiendo del principio no tendríamos elementos seguros para llegar a una conclusión; ya se sabe que Clavigero resume extraordinariamente toda la parte relativa a los toltecas que es, precisamente, una de las más explícitas de las obras de Ixtlilxochitl. Sin embargo, no se nos oculta que Clavigero en el período del predominio tenochca mantiene una tradición histórica diferente de la del noble tezcocano, lo cual no hace más que reforzar la conclusión a que llegamos después del cotejo: esto es, que apenas se encuentran concordancias importantes entre ambas obras.

Mientras Clavigero y Torquemada concuerdan en muchas ocasiones como hemos visto, aquel e Ixtlilxochitl divergen en temas de primera importancia. En cambio se notan ciertas aproximaciones entre Torquemada y el cronista tezcocano. Por ejemplo, el relato de la muerte de Cihuacuenotzin varía respecto de las circunstancias y el momento en que tuvo lugar. Torquemada y Clavigero dicen que Tezozómoc emboscó sus gentes para asesinar al rey Ixtlilxochitl,



la Historia Chichimeca no menciona el hecho. Disienten profundamente en lo que atañe a la presencia de Netzahualcoyotl en la fiesta de proclamación de Tezozómoc, pues mientras aquellos cuentan el episodio del capitán mexicano que, en nombre de su "rey" y de su nación, exige se respete la vida del heredero del señorío de Tezcoco, Ixtlilxochitl ignora todo esto y dice que presenció la ceremonia desde lejos.

Es cierto que coinciden en el relato de cómo se intentó matar a Netzahualcoyotl en los funerales de Tezozómoc, pero disienten radicalmente en cuanto a las circunstancias de la muerte de Chimalpopoca, coincidiendo Ixtlilxochitl en este punto con Duran (54). En cuestiones que parecen fundamentales para establecer la filiación entre los diversos textos de historia antigua de México divergen extraordinariamente. Mientras para Ixtlilxochitl la alianza de las tres tribus -tezcocana, tenochca y tlaucopana- es obra de Netzahualcoyotl principalmente, para los otros dos historiadores es resultado de la actividad y del esfuerzo de Itzcoatl; el primero llega incluso a relatar ciertas diferencias que surgieron entre ambos caudillos dándolas por terminadas cuando el de Tezcoco amenaza marchar con su tropa sobre Tenochtitlán, versión que recoge Torquemada mas no Clavigero.

Llegados a este punto, sería ocioso continuar el cotejo. No hay duda de que Clavigero e Ixtlilxochitl representan diversas tradiciones historiográficas mexicanas. Torquemada, en cambio, como vierte en su obra cuanto información le parece digna de crédito, vacila, a veces, entre los dos; de ahí quizás esas contradicciones que con tanto regusto le señala Clavigero y que no es preciso subrayar aquí (55).

En cuanto a la influencia que tuvo la Breve y sumaria relación de Alonso de Zorita sobre la historia de Clavigero, no puede afirmarse gran cosa; con fiesas que él le debe muchas noticias acerca de los tributos y de otros pormenores de la civilización precortesiana, lo cual es posible dado el carácter de la obra del oidor. Espero es interesante apuntar algunas convergencias de gran interés. Comaprénse los argumentos que ambos usan para defen-

der a los indios, los rasgos morales que atribuyen a estos, como, por ejemplo, la perfidia y la ingratitud, la tesis de que estos y otros defectos y vicios se deben al trato y contagio de los españoles y no a disposición natural de los indígenas. Pero esta <sup>l</sup>unifórmidad puede deberse al hecho de que ambas obras representan una tradición historiográfica pro indígena y crítica. Y en cuanto a los consejos de los padres a los hijos, cuyas versiones son muy iguales en los dos textos, el propio Clavigero nos permite suponer, por lo que dice en la "Noticia de los escritores", que lo tomó de algún original o copia de Olmos, quizás de la obra de Fray Juan Bautista (56).

Más difícil es aun determinar cuáles elementos tomó de la obra de Motolinía. Ya hemos apuntado cuáles son las diferencias básicas que les separan. Por otra parte, siendo Motolinía un predicador y evangelizador, no le interesaba dar una visión general de la historia, sino una serie de impresiones sobre distintos problemas, especialmente aquellos que constituyen la historia espiritual de la conquista y de la civilización precortesiana; es más bien un reportero, por la viveza y amenidad y anacronismo de su relato que un historiador. Clavigero es un hombre de gabinete que puede apreciar sin fuego -y a veces sin grandeza- los acontecimientos del pasado. Hay entre ambos muchas coincidencias respecto de las cualidades y virtudes de los indios, así, como, por ejemplo, en el relato de las ceremonias y sacrificios religiosos de Cuauhtitlán, en el de las fiestas de Tlaxcala en honor de Camaxtli, pero no parecen responder a una influencia decisiva del misionero franciscano sobre la concepción histórica de Clavigero. En general, puede afirmarse que temas como la forma de administrar el bautismo y las discusiones a que dieron lugar no son los que interesan a Clavigero y, en cambio, suponen para Motolinía un mundo de sugerencias.

Posiblemente después de Torquemada el tema crítico principal de la Historia Antigua es la obra de Boturini. Ya hemos dicho en el capítulo correspondiente a este que consideraba su sistema "magnífico y fantástico"; pero, además, no pierde ocasión de mostrar las diferencias que le separan de él.

Al referirse a ciertas curiosas observaciones del erudito italiano sobre el Teoamoxtli, Clavigero las denomina "anecdotas que dejo al juicio de los lectores sensatos" (57).

Clavigero cita varias veces a Sahagún; pero no conoció sus manuscritos sino solo algunas de sus opiniones y trabajos por referencias de otros autores. Sin embargo, puede afirmarse que utilizó cuanto de él llegó a sus manos como puede verse en lo que hace al calendario azteca (58).

4. Veamos cómo analiza Clavigero ciertos aspectos de la historia de México y los valora a la luz de su juicio de sus sentimientos.

El primero es el de la conquista. No hemos de seguirle a través de las frecuentes críticas que dirige a las grandes figuras de la conquista, particularmente a Cortés. Bastará señalar unas cuantas para comprender que su ánimo era el de condenar la totalidad de aquel episodio. Nunca, es claro, lo expresa enfáticamente; pero atando las múltiples y <sup>i</sup>uníformes referencias a ello cabe afirmar lo que decimos.

Tanto cuando habla de la pasión que ofuscaba al soldado que vió como de plata el palacio de Cempoala, como cuando tilda de artificiosa y doble la conducta de Cortés en aquella ciudad, merecedora sólo de la alabanza "de aquellos cuya política se reduce al arte de engañar a los hombres y que, no haciendo caso de lo justo, sólo buscan lo útil en sus operaciones" (59), Clavigero quebranta su promesa de no entremeter reflexiones filosóficas para condenar a los conquistadores. Esto mismo hace cuando aprueba el castigo que dió Cortés a un soldado por faltar el respeto a Moctezuma, pero "¿cuál pena merecía él que lo había privado enteramente de libertad?". Y no dice esto porque viera a Moctezuma como una pobre víctima pues sobre el monarca indígena también recaen las condenaciones, por pusilánime.

En otro lugar dice que los regalos que Moctezuma enviaba a Cortés eran

"inútiles esfuerzos de la pusilanimidad de aquel monarca pues el oro que prodigaba en sus regalos a aquellos extranjeros no era otra cosa que el precio de las cadenas que en breve debían esclavizarlo" (60)

Y más adelante repeticó el tema de las cadenas aplicándolo ahora a los indígenas que se unieron a los españoles, forjando por el este hecho, su propia desgracia, pues de la destrucción del imperio azteca solo podían esperar la esclavitud y el envilecimiento.

La prisión de Cacamja y otros acontecimientos notables "dan lugar a reflexiones tan triviales que no es preciso interrumpir con el ellas el curso de mi narración ". Con motivo del relato de la entrevista de Cortés y Moctezuma dice: "No dudo que los lectores sentirán al leer y al considerar las circunstancias de este extraordinario suceso el mismo disgusto que yo experimento de referirlo" (61).

Y para terminar, en una de las últimas páginas de la obra dice: ¿Podía acaso confiar Cuauhtémoc en la palabra de Cortés? (62).

Se tendía ocasión de acotar algunas manifestaciones del sentimiento anti español al estudiar inmediatamente la valoración del indio en la obra de Clavigero; en realidad, los dos temas están íntimamente vinculados. Respecto del indio Clavigero hace aportaciones fundamentales, no por su originalidad, sino porque constituyen la más personal muestra de su pensamiento. Sobre los indios habían escrito los misioneros, los cronistas primitivos, no pocos conquistadores y los funcionarios reales; cartas, memoriales, informes, tratados, toda una gama de documentos y de testimonios -salvo excepciones- parecían conceder a los indios no sólo racionalidad, sino también grandes realizaciones culturales. Igualmente, la tierra, el paisaje habían sido objeto de alabanzas. Por esta razón no es difícil hallar antecedentes de las ideas de Clavigero en estos puntos; muchas de ellas le fueron sugeridas por sus lecturas, otras por su experiencia y todas, en general, por el afán de exaltar los valores indígenas. De inmediato vamos a exponerla en sus principales matices, sin que nos interese cuáles sentimientos se hallaban detrás de esas manifestaciones, que sean objeto de estudio en otro párrafo.

¿Cómo se muestra esa exaltación de lo indígena en la Historia Antigua?

Anotemos una primera forma: la comparación favorable, con otros pueblos, especialmente el griego y el romano. Cosa común en su tiempo y aun antes; ya aparece en la Breve y sumaria relación de Zorita y la hemos constatado en la obra de Granados Gálvez. Pero esta comparación en la obra de Clavigero no se limita a contrastar aspectos concretos de las civilizaciones respectivas, sino a plantear afirmaciones de tipo universal. Así lo habían hecho Ixtlilxochitl y Boturini. En general, para él los europeos superan a los indios sólo porque tienen más instrucción (63). Ello es consecuencia de aquel principio según el cual las almas de los indios

son radicalmente y en todo semejantes a las de los otros hijos de Adán y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede en gran manera al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones (64).

Y es claro que por sí solo, esto bastaría para confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado a las regiones europeas el imperio de la razón (65).

Partiendo de tales expresiones, también ha de ser favorable a los indios la comparación de instituciones particulares. La religión, por ejemplo, aun que bárbara y sanguinaria, era menos supersticiosa —nótese la palabra— y menos ridícula que la de los griegos (66). La mitología antigua era más perversa y, por ello, las pinturas de plantas ordenadas por Netzahualpilli para decorar su palacio, eran más dignas de la mansión de un soberano que las representaciones de aquella. Si acaso estos juicios no bastaren, Clavigero se defiende las objeciones diciendo que al cabo la superstición de los mexicanos era una degeneración de su espíritu profundamente religioso, la igual que ocurre "en todos los hombres ignorantes de cualquier parte del mundo" (67).

También superaban los indios a los antiguos en cuanto a leyes de matrimonio, pues eran más honestas y decorosas (68).

Finalmente, cuando refuta las burlas de Corneille de Paw acerca de los tri

butos de piojos que se exigía a los indios, dice:

"no hay duda de que si algún soberano de Europa exigiese aquella contribución de los pobres de sus dominios, podría fácilmente llenar, no digo yo sacos, sino fragatas enteras (69).

De modo que los indios nada tienen que envidiar a los pueblos europeos, aun que en este punto Clavigero olvidó decir que tal tributo era, a lo menos, un gran recurso de higiene práctica.

Y, para terminar, los héroes mexicanos son tantos y tan buenos como los de la antigüedad; sólo les han faltado los poetas e historiadores que cantaran y relataran sus hazañas (70). Sin embargo, Clavigero recordando sus olvidadas promesas de objetividad, dice que nada le impidiera señalar lo malo y lo bueno que en los indios haya (71). Hal se aviene tal declaración con estas comparaciones y, sobre todo, con las afirmaciones que serán objeto de comentario a continuación; sin pretender condenar lo que él dice, vamos a examinarlas a la luz de su programa teórico.

Observemos, en primer lugar, que cuando de los indios se trata, Clavigero apela al testimonio de autores como Garcés, Zumárraga y Las Casas, a quienes, de acuerdo con sus ideas sobre la verdad histórica, sería preciso seguir lo menos posible; sin embargo, en este caso -cito textualmente- su opinión "vale más que la de cualquier historiador" (72). Esto lo admitimos, es claro, porque ellos fueron de los primeros en poder apreciar el estado real en que se hallaban los indios; sin embargo, es digno de notarse que acuda a ellos precisamente cuando se trata de lo favorable a los indios y que entonces los valore positivamente, casi sin objeción.

Para él, las virtudes de los indios son principalísimas. En esto su pensamiento está teñido de un matiz dogmático indudable, ya que él -como los sencillos historiadores del siglo xvi- se ve compelido a elogiar el estado de primitiva pureza, la edad de oro que diría Don Vasco, en que se hallaban los aborígenes al llegar los españoles. Sin embargo, la diferencia entre estas ideas iguales radica en las circunstancias en que fueron emitidas, por los cronistas y misioneros, en el xvi, por Clavigero en el xviii,

en medio de las luchas de los criollos por el control de los cargos y honores de la colonia y después de haber sufrido un grupo de ellos el agravio de un destierro que les parecía infundado.

La templanza en todo ~~es~~ una de esas virtudes, salvo, es claro, la afición desmedida a los licores, en lo que llevan no poca culpa los españoles, "pues en otros tiempos la autoridad de las leyes les impedía abandonarse a esta propensión" (73). Y de pasada subrayemos que este juicio significa una crítica a todo el sistema político español, sin distinción de épocas. Esta virtud -la moderación- hace que los indios no sean susceptibles de padecer arrebatos de cólera, ni frenesí de amor tan frecuentes en otros pueblos. Yá que sean agradecidos siempre que se les haga bien desinteresadamente.

Cuando se refiere a algún defecto, trata de atenuarlo o de explicarlo, como hemos podido apreciar respecto de la propensión a la bebida. Es que en su argumentación -como en la de Zorita, por ejemplo- el contagio de los vicios de los españoles juega un papel principalísimo. Este estambién uno de los tópicos de algunos autores contemporáneos, como Raynal, que niegan todo papel civilizador al descubrimiento y a la colonización. Dice en una ocasión Clavigero: "No hablemos de aquellos mexicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han infestado con el vicio de la avaricia; pero aun estos no lo son tanto como los que los inficionaron". Esto es pura remembranza de autor francés, aunque haya antecedentes en la literatura histórica propiamente americana. Si son inclinados a la mentira o a la perfidia, ello se debe a que han vivido en desconfianza respecto de los que no son de su nación. En realidad, son más prontos a reprender los delitos que a premiar las buenas acciones. No precian el oro, ni el bienestar de las riquezas; son gente, en suma, que está siempre dispuesta a servir a dios, libre de pecados.

Cierto es que esa general indiferencia les hace reacios al trabajo -y es curioso que Clavigero en esto no se diferencia de los más recalcitrantes en comenderos, empeñados en hacer del indio un trabajador de tipo occidental,

esto es, una pobre bestia - pero no hay hombres que se afanen más que ellos ni cuyas fatigas sean más útiles. Y como para que nadie ~~de~~ dude de lo que dice se apoya en la opinión del obispo Palafox (74). Y al enfrentarse con problemas más difíciles de resolver se escapa por medio de afirmaciones de una indecisión visible; esto es, vuelve a la objetividad. Por ello afirma que no hay en los indios esa estúpida indiferencia ante la muerte y la eternidad que muchos le atribuyen, pues no son ni valientes, ni cobardes. Su aspecto físico, ni agrada, ni ofende (75).

Con esto nos parece bastante para afirmar que hay en su obra un continuo esfuerzo por exaltar lo indígena. Ha dicho lo bueno y lo malo de sus hermanitos menores, pero sobre los primeros ha insistido y sobre los demás ha aportado razones justificativas.

5. Sabido es que Clavigero enderezó su obra, especialmente las Disertaciones, contra ciertas ideas peyorativas de los americanos que se difundían en su tiempo por Europa y por América. Los naturalistas, como Buffon, los historiadores, como Raynal y Robertson, y los filósofos, como de Paw, eran los campeones de estas ideas, basadas principalmente en materiales de la literatura histórica americana. A él principalmente se debe que la polémica contra estos autores se animara por todo el continente y aun en la Europa determinando una verdadera ola de escritos que no cesarían hasta la primera decena del siglo XIX. No nos interesa aquí los términos concretos de la discusión, nos basta señalar el hecho que existió y que la cuestión central era no la discusión científica de aquellas ideas denigrativas de lo americano sino la defensa política, la agitación que diríamos hoy, de los criollos.

Pero, como vimos, Clavigero concede algunas cosas a los "ilustrados" que combate ya que al igual que ellos su obra condena totalmente la colonización española.

¿A qué se debe esa actitud conciliatoria? No parece suficiente aducir que Clavigero sea la continuación dieciochesca de una tradición historiográfica proindígena. Al cabo, él no persigue como Ixtlilxochitl la restauración de



un señorío indigena para heredarlo; no está como los misioneros del xvi soñando con la gloria de una evangelización bienhechora y que restaure al catolicismo de las pérdidas ocasionadas por el luteranismo; es, simplemente, un criollo que recoge de la tradición<sup>y</sup>/de la experiencia de su tiempo unos temas para dirigirlos como catapulta contra el enemigo de la nación en germen. Tiene él, además, un agravio que cobrar a España, que le separó de su tierra por seguir las inspiraciones de los deistas, los filósofos, los impíos de la hora, pues a él no le parece más que esa la razón de la expulsión de los jesuitas. No lo dice, es claro, pero el ánimo con que, aprovechando algunas ideas sobre la América, se endereza a combatir los "ilustrados" de más influencia lo indica.

El indio en su obra es un tema político, como lo sería más adelante en los borrascosos tiempos de la independencia, no un puro motivo sentimental, como él cree. Alguien podría sorprenderse de que tan decidido defensor de los indios haya sido acusado, una vez que sepamos, de despreciarlos (76). No hay por qué rechazar de plano tal posibilidad, pues pudo haber cambiado de actitud respecto de ellos, una vez que, alejado de la patria, sintió cuánto podrían representar para sus sentimientos. Pero, además, hay un aspecto -que solo a título de sugerencia damos aquí- que convendría estudiar, tanto en la obra de Clavigero como en la de otros autores de su época, como hicimos respecto de la de Granados Gálvez en el capítulo antecedentes, y es el investigar qué papel juega en ellas el indio vivo, real, presente. Solo estamos en condiciones, por el momento, de señalar que este personaje no aparece y, en cambio, sí puede afirmarse que las ideas de Clavigero sobre las virtudes pasadas del indio llevan implícita una condenación del indio actual, por degenerado de su primitivo estado -bien que a consecuencia de la influencia de los españoles- pero, al fin degenerado. Si él, en realidad, fuera igualmente admirador del indio de su tiempo que del del pasado glorioso y sublimado, no hubiera dedicado tan duros adjetivos a los californios sino que se hubiera acercado a la posición lascasiana, los hubiera juzgado

más dispuesto a la virtud, por más primitivos. Luego, lo que hay de admirable en el indio es su pasado o su civilización, esto es, el indigena de la meseta; lo demás puede despreciarse tranquilamente. ¿Sería extraño que él no pensara, respecto del indio actual, de modo diferente a la generalidad de los criollos y de los españoles de su tiempo? Él pertenecía a una orden aristocrática y, dentro de ella, se dedicaba a la enseñanza de la aristocracia colonial. En el capítulo vii, al tratar de la Relación de Fray Vicente de Santa María volveremos sobre esta cuestión.

Y que su amor a los indios es un tema político, sin que de ello participe tan radicalmente como él dice su amor a la especie humana, lo demuestra que -aun en contra de algunos miembros de su orden- desprecia al negro, no menos esclavizados y más deshechos moral y físicamente que los indios. Quizás pensaría él, como algunos, al decir de Montesquieu: "Aquellos de los que se trata aquí son negros de los pies a la cabeza, y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible compadecerse de ellos"

Está claro que el negro no representa nada, o casi nada, en la formación de sus sentimientos de criollo, y en ello reside la explicación de estas desigualdades de opinión. Por eso su amor a la especie humana se resuelve en defender a los indios como trazo de unión que son entre él -los criollos en general, y la tierra. En una colonia tan poco indigena como Cuba, aparece este fenómeno en un historiador del siglo xviii (77).

No pierde ocasión de llamar patria a México y su interés por restaurar al verdad del pasado no proviene de un mero interés erudito -que lo hubo en él, es claro- sino de la necesidad de tener una base de sustentación para sus sentimientos nacionalistas. No hay sentimiento nacional-patriótico si no se puede reconocer entre muchas tierras y países, uno, particular, a cuyo destino el hombre se sienta irremediablemente unido. Y, por ende, lo primero era el atribuirse profundas raíces en el suelo nativo. Esto es lo que persigue el criollo del xviii. Si no se proclama la vigente continuidad del imperio azteca, esto es, si no se analiza la conquista como un estado injustificado y transitorio, ¿qué tradición venafa en apoyo de la ideología de

los criollos? De modo que la única salida es reconocer que por encima de los accidentes históricos, más allá del tiempo, hay una esencia común, cuyo origen se pierde en los horizontes precortesianos más antiguos. Y la objetividad que reclama Clavigero, independientemente de todas las consideraciones teóricas hasta ahora analizadas- proviene de esa necesidad de enraizarse en el pasado, pues si el criollo juzga con criterios puramente occidentales la civilización indígena, no le quedaría más que conformarse con ser vasallo del rey de España. El indio encarna sus diferencias con lo español, aunque en última instancia él no quiera ser ni lo uno ni lo otro, ni reivindique la plena posesión de la tierra para compartirla con el indio.

Estas son las razones de su disparidad de criterio frente a los escritores "ilustrados". Pero hay más aún, y es su eclecticismo que le lleva a rechazar toda modernización excesiva del pensamiento. No se aviene él con la impiedad de los escritores de moda. Se siente muy empeñado en mantener su pensamiento dentro de los límites prescritos por su fe. Es posible que esto influyera tanto en su reacción como sus sentimientos de criollo agraviado. Aun en el destierro la orden de los jesuitas trataba de impedir que, por obra de la laxitud de las autoridades coloniales y del gobierno de Madrid, penetren las ideas radicales. Ciertas novedades, medidas y cautamente proporcionadas, pueden ser útiles, tanto más cuanto que el empuje era muy fuerte y el siglo amenazaba barrer totalmente la vieja concepción del mundo; pero no más. Había que poner a los "ilustrados" como peligrosos enemigos de los americanos.

Estas múltiples conexiones del pensamiento de Clavigero con los temas más debatidos en sus días constituyen la clave de la popularidad que alcanzó inmediatamente después de publicada en Italia. Y, aun, como veremos, no cesa de inspirar a quienes abrigan proyectos y sentimientos antiespañoles hasta la fecha en que se publica, traducida por primera vez al castellano.

## Apéndice.

En esta tabla de correspondencias de textos no pretendemos agotar la materia, sino solo dar algunas muestras de las relaciones entre la obra de Torquemada y la de Clavigero.

Monarquía Indianax Historia Antigua.

f. 51-20

"Avras de saber, Señor, que veni -  
mos de aquellas partes, donde el -  
Sol se pone, de Provincias y Tier -  
ras muy apartadas y distantes de es -  
tas; y los tres, que en tu presen -  
cia estamos, somos Hermanos, Hijos -  
de un Gran Señor y monarca, y hemos  
venido destinados a tu presencia; y  
aunque Reyes, Señores y Capitanes,  
de tanta gente, como a nuestro car -  
go traemos, no nos preciamos, sino  
de ser tus vasallos y Criados, y co -  
mo tales te suplicamos, nos señales  
tierras y des sitios, donde podamos  
vivir en compañía tuya, sirviéndote  
como a Señor, obedeciendo tus man -  
datos como de Principe y monarca, -  
sin más interés que ser tus vasallos  
aunque deseando servirte, con el á -  
nimo, que heredamos de nuestros pa -  
sados y progenitores: que la noti -  
cia que tenemos de quien eres, nos  
ha obligado a venir a tu Presencia"

f. 52-53

"De como se hicieron los Casamien -  
tos entre los Reyes Acolhuas y las -  
dos Hijas de Xolotl, y como fueron  
festejados"

.. "Dicen las Historia, que fueron -  
en tan crecido numero, que no ca -  
biendo en la ciudad, se alojaron -  
los más en los campos, haciendo sus -  
Tiendas y Chozas, donde meterse, Asi  
casaron los dos Señores, con las -  
dos Señoras, ya dichas, llevando Ac -  
olhua, que era el maior, a la maior  
de las dos, llamada Cueltaxochitl,  
y el segundo llamado Chiconquauh, -  
casó con Cihuacxoch; cuias bodas y  
entrego de esposas, se celebraron -  
con grandisimos regocijos, asi de -  
Xolotl, como de los de su Corte y Re -  
Reino; lo uno, por ver ya puestas -  
en estado las princesas; lo otro, -  
por haberse dado a personas que tam -  
bien las merecian. Los Géneros de -  
fiestas de que en aquella ocasión -

I, 105.

"Hemos venido, ¡Oh, gran rey! del rei -  
no de Teoculhuacán, poco distante de -  
vuestra patria. Los tres somos herma -  
nos e hijos de un gran señor; pero ins -  
truidos de la felicidad de que gozan  
los chichimecas bajo el dominio de un  
rey tan humano, hemos preferido a las  
ventajas que nos ofrecía nuestra pa -  
tria, la gloria de ser vuestros súbd -  
tos. Os rogamos, pues, que nos deis un  
sitio en vuestra venturosa tierra, en  
que podamos vivir dependientes de vues -  
tra autoridad y sometidos a vuestros -  
mandatos.

idem.

"Llegado el día de las bodas, concur -  
rieron tanta muchedumbre a Tenayucua -  
lugar destinado para la celebridad de  
aquella función, que no siendo la ciu -  
dad bastante a contenerla quedó una -  
gran parte de ella en el campo, Casose  
Acolhuatzin con la mayor de las dos -  
princesas, llamada Cueltaxochitl, y -  
Chiconcuauhtli con la menor. El otro -  
principe se casó con Coatetl, doncella  
nacida en Chalco de padres nobilísimos  
en los cuales se había mezclado la san -  
gre tolteca con la chichimeca. Las fies -  
tas públicas duraron sesenta días, en  
los cuales hubo luchas, carreras, com -  
bates de fieras, ejercicios análogos  
al genio de los chichimecas, y en los  
cuales sobresalió el Principe Nopalt -  
zin.

usaron, fueron: probar las fue-r - x  
 zas, unos con otros, luchando, y  
 otros, peleando con leones y Tig  
 gres, donde cada cual procuraba -  
 aventajarse, y ganar nombre de -  
 Valiente y Animoso; y entre los  
 que más se señalaron, fué uno el  
 Principe Nopaltzin, el cual en -  
 todas las luchas, que con otros  
 tuvo, y ocasiones de animales -  
 bravos, a que acometió, siempre  
 salió cantando Victoria, con gran  
 de contentamiento de todos; por  
 que como a Señor todos lo desea  
 ban su bien y gloria.

Duraron estas Fiestas y Celebra  
 ción de Bodas, sesenta días; las  
 quales acabadas, se fueron todos  
 a sus casas, contentos de lo a  
 contecido. ....

f. 59-60.

..y así, sucedió que estando una  
 vez en uno de sus jardines, deter  
 minaron sus Enemigos de ahogarlo  
 sacando un rio, que pasa por cima  
 de la Ciudad, y echarlo por aquella  
 parte, en que entendieron que dor  
 mía, lo qual fuera fácil de hacer  
 y que Xolotl muriera de aquel mo  
 do y traición, si uno de los que  
 alcanzaron su secreto no le diera  
 aviso della; pero como lo supo -  
 puso en mejor y más seguro lu  
 gar, y cuando los Traidores sol  
 taron la presa, por la zanja, que  
 habian hecho y entendieron que -  
 por haber entrado con impetu se -  
 habría llevado a Xolotl su cor  
 riente, lo oieron dar voces, di  
 ciendo: (mostrando contento y a  
 legria a la Gente de su Casa y a  
 otros Senores, que con él estaban  
 Aun que sabía que mis Criados y Va  
 sallos me querían mucho, echo de  
 ver ahora, que es mucho mas lo que  
 me quieren, pues andando cuidado  
 so, en como traer mucha agua para  
 regar y refrescar mis Jardines, me  
 la han traído, tan sin ruido y -  
 riesgo, por lo qual es razon que  
 festejemos este hecho, y luego -  
 mandó hacer grandes Fiestas y con  
 mucha publicidad, para que los e  
 nemigos conociesen que no le po  
 nían temor con ninguna cosa que  
 contra él ordenasen. No quedaron  
 muy contentos los Inventores de -

I, 106-107.

"Había el Rey manifestado poco antes su  
 intención de aumentar las aguas de sus  
 jardines en que solía divertirse, y don  
 de muchas veces, oprimido por los años  
 y atraído por la frescura y amenidad del  
 sitio se entregaba al sueño, sin tomar  
 la menor precaución para su seguridad. No  
 ticiosos de esto los rebeldes, hicieron  
 un dique al arroyo que atravesaba la ciu  
 dad, y abrieron un conducto para intro  
 duciría en los jardines; cuando el rey  
 estaba dormido en ellos, alzaron el di  
 que y dejaron correr el agua con inten  
 ción de anegarlos. Lisonjeábanse con la  
 esperanza de que no se descubriría jamas  
 su delito, pues la desgracia del rey po  
 dría atribuirse a un accidente imprevis  
 to, o a medidas mal tomadas por súbditos  
 que deseaban sinceramente complacer a  
 su soberano; pero no les salió bien el  
 intento. El rey tuvo aviso secreto de  
 aquella conjuración, y disimulando que  
 lo sabía, fué a la hora acostumbrada al  
 jardín y se echó a dormir en un sitio  
 elevado en donde no corría peligro. Cuan  
 do vió entrar el agua, aunque la trai  
 ción, quedaba descubierta, continuó di  
 simulando que la sabía para burlarse de  
 sus enemigos. "Yo, dijo entonces, estaba  
 bien convencido del amor de mis súbditos  
 pero ahora veo que me aman mas de lo que  
 creía. Quería aumentar el agua de mis  
 jardines, y mis súbditos realizan mis  
 deseos, sin ocasionarme el menor gasto.  
 Conviene celebrar esta nueva ventura".  
 En efecto, mandó hacer fiestas públicas

aquella Traición, de aver tan mal re -- en la corte y cuando hubieron termi  
 lanceado, y creieron y tuvieron por sin nado, parti6 para Tenayuca, lleno de  
 duda ser Xolotl, Mago y Encantador, pu - pena y enojo y resuelto a imponer se  
 es se había librado de un género de - vero castigo a los conjurados; mas no  
 de muerte tan cierto (a su parecer) co - tard6 en caer gravemente enfermo, con  
 moer intentado, y temieron, aver de pa - lo cual se calm6 su cólera.  
 garselo. Luego Xolotl se fué a su ciu -  
 dad de Tenayuca, donde había tenido an -  
 tes su Corte, con intento de castigar a ~~qu~~  
 quel atrvimiento, y dar muerte a los -  
 Conjurados en la Traición,  
 idem.

\*pero como en las Cosas Humanas, jamás -  
 ay seguridad, avieno contradicción Di -  
 vina, no llegó a debida ejecución, su -  
 de erminación y propósito, por razón -  
 de que luego, que llegó a su Casa, ado -  
 leció de la Enfermedad de la muerte y -  
 como conoció, que se moría (ol idado --  
 de la Venganza y Enojo que contra los -  
 Traidores tenía) ~~hizo~~ llamar.....

f. 61-2º

\*Con la licencia, que Nopaltzin di6  
 a los Nobles y Senores, para volverse -  
 a sus tierras, la tomaron ellos de ir -  
 se a despedir de él, lo qual, hicieron  
 todos juntos o los más, diciendo estas  
 palabras: Gran Señor y Emperador Nues -  
 tro, con la licencia, que nos habeis -  
 dado, nos a revemosa volver a nuestros  
 Pueblos y Ciudades, para regirlas y -  
 gobernarlas, como Vasallos y Criados -  
 vuestros, llevando en el alma, el con -  
 tento de averos visto en el Trono, que  
 mereceis, y el que os es debido, por  
 ser Hijo de quien sois; y confesamos  
 a una, que es gran bien el que el Cie -  
 lo nos ha hecho, de hacernos dignos de  
 tan alto y Poderoso Señor, Gozad, Se -  
 ñor, vuestra buena suerte y Fortuna,  
 como aquel, que tambien la ha mereci -  
 do; y os suplicamos, que nos mireis  
 con Ojos de Padre, y nos ampareis co -  
 mo Poderoso, para que a vuestra sombra  
 vivamos; pues sois Agua preciosa y Fuego  
 go Abrasante, e invencible, Muerte y  
 Vida para nosotros.

- I, 108

\*Al despedirse del nuevo rey los no -  
 bles para volver a sus respectivos es -  
 tados, uno de ellos le dirigió esta  
 breve arenga: Gran Rey y Señor, nos  
 otros como subditos y siervos vuestros  
 vamos en obediencia de vuestras orde -  
 nes, a regir los pueblos que habeis  
 cometido a nuestro cuidado. Llevamos  
 en el alma el placer de haberos visto  
 en el trono, de que sois tan digno  
 por vuestra virtud, como por vuestro  
 nacimiento. Declaramos que es incompa -  
 rable la ventura de que disfrutamos  
 servir a un señor tan alto y tan pod -  
 roso, y os rogamos que nos mireis con  
 ojos de verdadero padre y que nos pro -  
 tejais con vuestro poder, a fin de  
 que vivamos seguros a vuestra sombra.  
 Vos sois agua restauradora y fuego de -  
 vorador; en vuestras manos tenéis i -  
 gualmente nuestra muerte y nuestra vi -  
 da.

f. 98-2º

\*Viendo los Tlaxcaltecas que sus veci -  
 nos, los Tenuchcas, avian elegido, Rei  
 luego pensaron en tenerle, también e -  
 llos, porque como Gente que se habia -  
 apartado y segregado, y que hacia  
 Cuerpo de Republica por si, así tam -  
 bien quisieron tener Rei, como le te -  
 nian ellos; y con el motivo de estos -  
 que ahora se llaman Mexicanos, fué  
 buscar Cabeza, que defendiese el

- I, 138.

\*Los tlaxcaltecos, que por ser vecinos  
 y rivales de los mexicanos, observaban  
 siempre lo que pasaba en Tenochtitlán  
 ya para emular su gloria, ya para no  
 verse con el tiempo oprimidos por su  
 poder, crearon tambien un rey; pero no  
 teniendo por conveniente que fuese de  
 su nacion, sino de los tepanecas....

- 137.

- .."los estimularon(a los mexicanos) a

Cuerpo de su Republica, de las torcidas- erigir su pequeño estado en monar-  
voluntades, y malos Corazones... regia, no dudando que la autoridad  
y lisonjeándose con la esperanza de  
hallar en el nuevo jefe un padre,  
que cuidaría del bien del estado y  
un buen general que los defendería  
de los insultos de sus enemigos...

Notas bibliográficas.

- (1) Jesús Romero Flores, "Documentos para la biografía del Historiador Clavijero", Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (1945), I, p. 318.
- (2) Historia Antigua I, 114 (edic, México, 1944).
- (3) Joannis Aloysii Maneri, De Vitis aliquot Mexicanorum, 3 ts., Bononiae, Ex Typographia Laelii a Vulpe, 1792, III, 43.
- (4) idem., 46.
- (5) Historia Antigua, I, p. 97; en relación con 103, n. 3.
- (6) Creemos que fue en 1756 porque recuerda haber pasado por Atlixco en esa fecha; Historia Antigua, I, 74.
- (7) José Miranda, "Clavijero en la Ilustración mexicana", Cuadernos Americanos, 4, julio-agosto 1946, p. 192.
- (8) Cf. una carta de José Antonio Alzate al virrey, México, 29 de julio de 1786, AGNM, Historia, t. 116. fs. 59-64; José Ignacio Borunda, "Clave general de Geroglificos Americanos", Nicolás León, Bibliografía Mexicana del siglo XVIII, 4a parte, pp. 224-225.
- (9) Cf. op. cit., n. 1.
- (10) Cf. idem., p. 330.
- (11) Lo menciona en su Historia Antigua, I, 115, n. 1. Se halla -el curso de física- en la Biblioteca de Guadaluajara.
- (12) Veamos cuáles son las principales ediciones: Storia Antica del Messico 4 ts., In Cesena, Per Giorgio Biasini all'ingegna di Pallade, MDCCLXXX; Historia Antigua de México, 2 ts., traducida por José Joaquín de Mora, Londres, R. Ackermann, 1826; Historia Antigua de México, con unas noticias bibliográficas por Luis González Obregón, 2 ts., México, Departamento Editorial de la Dirección General de las Bellas Artes, 1917; Historia Antigua de México, 2 ts. (sin las Disertaciones), México, Editorial Delfin, 1944; Historia Antigua de México, 4 ts, México, Editorial Formas 14. 1945; Storia della California, 2ts., In Venezia, Appresso Modesto Fenzo, MDCCLXXXIX; Historia de la Antigua o Baja California, México



Imprenta de Juan R. Navarro, 1852; Historia de la Antigua o Baja California, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1933.

- (13) En efecto, se dice que fracasaron las gestiones en España para publicarla; pero que sepanos solo hubo una gestión de este tipo, cuando el impresor Antonio Sancha anunció en Madrid, 1783, que editaría la obra. De modo que este fracaso fué posterior a su aparición en Italia. De 1784 son las notas críticas que puso José Antonio Alzate al libro I, y se hallan en un manuscrito guardado en la Sección de Manuscritos del Museo Nacional, n.º 176.
- (14) Cf. op. cit, n. 12, última edición citada.
- (15) Cf. op. cit., n.13.
- (16) Rafael García Granados, "Estudio bibliográfico de las obras históricas de Clavijero", Historia Antigua (edic. México, 1944), Introducción al t.II; también en el tomo del autor, Filius y Fobias, México, Editorial Polis, 1937, 279-309.
- (17) El sacerdote instruido en los ministerios de predicar y confesar en dos cartas de S. Francisco de Sales, obispo de Ginebra, Dálas al público ..el Lic. D. Lino Nepomuceno Gómez Galván, México En la imprenta del Superior Gobierno, del Br. D. J.A. de Hogal, 1771; sobre la correspondencia entre Clavijero y Gómez Galván, José Miranda, op. cit, n7
- (18) Rubén García, Bio-Bibliografía del Fr. de S. Francisco Javier Clavijero, Hispania 30, 1931; noticia, por Lino Gómez Galván, Rev. Mexicana 1917, t. I
- (19) Cf. Mariano Cuevas, S.J., Tesoros Documentales del siglo xviii, México (Editorial Galatea), 1944, p.380, donde cita las Disertaciones.
- (20) Historia Antigua, I, 279, n.3.
- (21) Cf. Veytia, Historia Antigua, op. cit, n. 4, cap.iii: "Noticia sobre el autor"; reproduc. en la edic. de Clavijero, México, 1917.
- (22) Historia Antigua, I, 147: "asunto principal de esta historia", el imperio mexicano.
- (23) Fray Juan de Torquemada, Los Veinte libros Rituales y Monarquía Indiana

En Madrida, En la oficina y a costa de Nicolás Rodríguez Franco, Año de 1723; hay edición facsimilar de México, Editorial Salvador Cházvez Hayhoe, 1943-44, también en tres tomos. Corneille de Paw, Recherches Philosophiques sur les américains, Cleves, 1772, 3 ts; otra, en Berlin, 1770.

- (24) Disertación I, en la edic. de México, 1917 (la que comunmente citamos México, 1944, no llegó a publicarlas).
- (25) Historia Antigua, I, 279; declina Clavigero el opinar sobre la identidad de los dos personajes pues le falta la obra que escribió Sigüenza sobre el asunto (Fenix de Occidente), aunque desde ahora no puede conformarse a tal identidad "apesar del respeto con que miro a su autor".
- (26) Historia Antigua, I, 303.
- (27) idem, Prefacio.
- (28) Op. cit., n. 3, III, 71; en relación con III, 59.
- (29) Solución del gran problema de la población de las Américas, México, 1763. El autor se inspira en un Discurso del P. Feijoo sobre la misma cuestión y proclama que la autoridad indiscutible en historia es Moisés.
- (30) Disertación V
- (31) lib. II, caps. xii, xviii y xxxv, de la op. cit., n. 23.
- (32) Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, México, Santa Fe y Chile, Madrid, (Imprenta de Tomás Minuesa), 1891, t. I, cap. I.
- (33) Historia Antigua, Prefacio.
- (34) idem, Prefacio. Disertación V
- (35) Dictionnaire historique et critique, 5a edic, Amsterdam, 1734, t. V: vº Usson, nota F; Ernst Cassirer, Filosofía de la Ilustración, México Fondo de Cultura Económica, 1943, p. 201.
- (36) Sagüens es citado por Feijoo en su discurso sobre las Guerras Filosóficas, Theatro Critico, t. II, Disc. I; Feijoo había expresado las ideas que encontramos en Bayle y que proceden de Cicerón, en su disc. Amor de la Patria y Pasión Nacional, Theatro Critico, III, Disc. X

- (37) Tesoros documentales, cit. n.19, 367.
- (38) Historia An igua, I,126
- (39) idem., 127, n. 1.
- (40) Historia Antigua, I, "Noticia de los Escritores de la historiaantigua de México"
- (41) idem., idem.
- (42) Historia Antigua, I, 91.
- (43) "pérfido" para la tradición tezcocana, no para la tenochca pues gracias a la cuasi alianza con Azcapotzalco debieron el comienzo de su grandeza.
- (44) Historia Antigua, I,175
- (45) idem, I, 210.
- (46) idem, II, 24.
- (47) Disertacion II
- (48) Historia Antigua,I,127, n.3; en relac. con p. 123.
- (49) idem, I, 148.
- (50) idem, I, 126, n. 1.
- (51) Disertación I
- (52) monarquía Indiana, I,libs I y II; Historia Antigua, I, libs II a V.
- (53) Ixtlilxochitl, Obras, cit. n. 6, cap. 1, t. II, caps.xx a xxiv
- (54) Historia de los Indios de la Nueva España e Islas de Tierra Firme, Mexico, Imprenta de J.M. Andrado y F. Esciante, 1867.
- (55) Hemos hallado una coincidencia literal entre el cap.XIV, lib. I, de la Monarquía Indiana y una de las relaciones de Ixtlilxochitl, I, pp68 y sig.; difieren solo en que el cronista tezcocano intercala equivalencias cronológicas y lagún que otro detalle, de los que interesaba a este intercalar.
- (56) Editada en México, hacia 1601, con el nombre de Huehuetlatolli. Hay otra obra del mismo género: Huehuetlatolli, traducción de las antiguas conversaciones o pláticas por Fray Juan de Torquemada y el Dr. Don Alonzo

de Zurita, México, 1901, editada por A. Penafiel.

- (57) Historia Antigua, I, 125
- (58) *idem.*, 317-318.
- (59) *idem*, II, 129
- (60) *idem*, II, 149.
- (61) *idem*, II, 191.
- (62) *idem*, II, 280.
- (63) Disertación V; sin embargo, Clavigero siente verdadero placer en hacer notar los errores de los escritores europeos, como puede verse en el texto y, principalmente, en las notas del libro I; en algún lugar, I, 94, se refiere concretamente a la "ignorancia" de aquellos.
- (64) Historia Antigua, I, 117, en relac. con 118, n. 1.
- (65) *idem.*, I, 118.
- (66) *idem*, I, 271; sobre la superstición o creencias vulgares, que él rechaza constantemente, cf. I, 126 y 148.
- (67) *idem*, I, 149.
- (68) Disertación VI.
- (69) *idem*, III.
- (70) Historia Antigua, I, 174
- (71) *idem*, I, 116.
- (72) *idem*, I, 118, n. 5.
- (73) *idem*, I, 117.
- (74) *idem*, I, 119, n.3.
- (75) *idem*, I, 117.
- (76) Cf. Documentos, cit. n. 1, p. 319; si se quisiera una prueba de que, si percatarse, él valoraba negativamente a los indios de su tiempo, véase lo que dice en la Historia Antigua, I, 120, al traer a colación "Que los juegos modernos no se parecen a los que florecieron en tiempo de Platón y de Pericles."
- (77) José Martín Félix de Arrate, Llave del Nuevo, Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta, La Habana, Imprenta y Librería de An

drés Pego, 1876; es posible que en este autor influyera, al respecto, su experiencia durante los años que estuvo en Nueva España

## CAPITULO VI.

La historia profana : ANDRES CAVO.

1.

"A un sujeto desterrado, lejos de la patria como yo me hallo, faltan los monumentos de esa parte de la Historia; así acaso los adquiriere, me dedicaré a servir a mi nación aun en esto.

El análisis de la historia colonial de México por el padre Andrés Cavo, de la orden de los jesuitas, nos adentramos en el campo de la historiografía profana. Nació el autor el 21 de enero de 1739 en Guadalajara (1). No se conocen los detalles de su vida hasta 1758 en que ingresó en la Compañía aunque suponemos que no salió de su tierra nativa. El año de 1764 le hallamos en el colegio de San Ildefonso de Puebla. No le volvemos a encontrar hasta el año en que se decreta la expulsión de la orden (1767). Parece que se le destinó a las misiones, pues en la última fecha citada se encontraba en la de la Santísima Trinidad de Nayarit. Partió con sus compañeros al destierro, embarcándose el 29 de noviembre de 1767 en la fragata que salió de Veracruz, denominada Buen Suceso. El azar de su viaje le juntó al padre José Julián Parreno, rector de San Ildefonso de México, con quien inició entonces una amistad de gran importancia para su vida literaria en Italia (2). Junto con este se secularizó en el Puerto de Santa María, por lo cual no figura en las listas de la orden cuando quedó definitiva y completamente disuelta el año de 1773. Residió en Bolonia y en Roma. Durante la última década del siglo estuvo empenado en la composición de su obra principal. Murió en Roma el 23 de octubre de 1803.

2. Así como su vida fué oscura, su obra ha quedado reducida a dos títulos. La más importante de sus producciones es la Historia de México duran-

te le período colonial que su primer editor -Carlos María de Bustamante- tituló Los Tres Tres siglos de México (3). Es la única obra que sobre tal tema nos queda del siglo xviii. De ella debe haber habido dos manuscritos originales: uno, en español, que tuvo en su biblioteca Joaquín García Icazbalceta y no sabemos dónde para; otro, en latín, algo posterior, también propiedad del ilustre erudito y que se halla actualmente en la Biblioteca de la Universidad de Texas (4). El primer manuscrito perteneció ~~primero~~ al Obispo in partibus de Tenagra, Joaquín Madrid, y sirvió para la edición que mencionamos más arriba. Según se desprende de una nota autógrafa del manuscrito español terminó su obra a fines de 1797.

Dejó también una biografía de su maestro y amigo José Julián Parreño, que es anterior a la historia (5).

3. Lo primero que conviene señalar al estudiar la obra de Cavo es que él fué de los jesuitas que realmente mataron el ocio del destierro con alguna ocupación literaria. No parece que anteriormente -dedicado como se hallaba al trabajo misional- le hubieran atraído las labores intelectuales. Por otra parte, él no lo oculta pues confiesa que debió a Parreño "tal cual buen gusto de las letras" (6). La misma estructura de la obra, como veremos, nos dice muy claro que no era avezado en estas tareas. No hay duda que comparada con la de Clavigero y la de Alegre, su obra queda como relegada.

Ade más, por si ello no fuera poca cosa, escribió, como dice él, lejos de la patria y careció, pues, de muchas fuentes de información; en consecuencia sería injusto pedirle un relato más completo o mejor tramado que el que hizo. La índole del tema, por otra parte, aun suponiendo que hubiera podido consultar el archivo de la secretaría del virreinato, no era de lo más propia para que se luciera. La mejor muestra de la dificultad de la empresa que acometió, con medios bastante reducidos para ella, es que -a diferencia de la historia precortesiana- no se ha logrado en ningún momento, con la excepción quizás de la monumental obra sobre México a través de los siglos historiar el pasado colonial de modo satisfactorio.

Algunas de estas dificultades pudo él salvarlas fácilmente. No hay que olvidar que la limitación de las fuentes le obligó a circunscribirse a la historia de la ciudad de México (7); espero, no podemos guiarnos solamente por su dicho, pues la realidad es que la historia de la ciudad se transforma en una historia de los gobiernos del virreinato, de las principales decisiones y acontecimientos políticos de cada uno de los gobiernos. Luego, es la historia de la ciudad como capital política y administrativa, saliéndose, pues, de los límites que pareció imponerle el mismo. Pero no pudo resolver tan fácilmente otras cuestiones que dependían más que de la forma de realizar la obra, de la preparación antecedente. Es evidente que Cavo careció de aquella sólida cultura y familiaridad con las letras que adornaban a sus compañeros de orden.

A. Estas afirmaciones generales podrían dar a sospechar que la obra de Cavo no tiene ningún interés para nosotros. No son tan numerosas las obras maestras como para que volvamos la espalda a aquellas que no pasan de discretas, atendidas sus circunstancias. Al cabo, no nos interesan las obras de historia tanto por su información factual, por su riqueza en noticias, como por la expresión que son de una época y de un estado específico de la investigación erudita o de la historiografía. Menos podría interesarnos por aquellos títulos de Cavo, ya que la abundancia de fuentes inéditas de los archivos han de relegarla con el tiempo a una simple curiosidad bibliográfica y, por ende, interesante solo en la medida en que enjuicia o interpreta, no en la que enriquezca nuestra información útil.

En la medida en que Cavo se enfrenta con problema teóricos, tanto propiamente históricos, como de otra índole, su obra perdura. Digamos que, en este punto, por alguna de las razones que señalamos anteriormente no se distingue sobremanera en el panorama de la época. No es una obra original, ni se encuentra en ella una exposición de tipo general como en la de Clavigero, ni ciertas novedades ideológicas como en la de Granados. Esta constituida sobre los principios comunes de la época, de la tradición cultural america-



na, humanístico-católica. Cavo hace las consabidas protestas de decir la verdad y de transmitir los hechos tales cuales se los dan las fuentes (8). Esto parece significar que no tomara partido, que se abstendría de juzgar, como si el hacerlo implicara por fuerza una distorsión de la verdad. Ya veremos que en algunos momentos, y por causas muy visibles, se ve precisado a interpretar, a tomar partido. Pero esto no es una quiebra grave, <sup>no</sup> ocurrió igualmente a Clavigero, más cauto y más fino que él? A los historiadores no "toca el desatar las dificultades que se encuentran en los autores, sino el referir lo que en ellos halla" (9). He aquí el resultado a que conduce en un autor poco avezado la común consideración de la historia como obra de desinterés y de suprema justicia; pues, está claro, que si tal es el papel del historiador, tanto valdría decir que es una simple máquina registradora de nombres, de fechas y de relaciones entre nombres y fechas. Pero en su propio tiempo no se creía que la historia fuera tal cosa intrascendente, pues todos <sup>tanto</sup> los más apegados a las formas tradicionales del narrar, como los "ilustrados" querían que fuera, por lo menos, una "maestra de la vida". Y ello imponía los juicios o, más propiamente, las moralejas. Aparte de que la historia, ineluctablemente, lleva implícitos juicios de valor sobre el contenido de la narración.

Pero a Cavo estas ideas expresadas en una forma <sup>completa</sup> incópleta, pero tajante, le sirve para eludir algunas cuestiones que podrían haberle deslucido — a los ojos de su musa "apolítica" — el relato. Precisamente la segunda de las afirmaciones acotadas arriba la trae a cuento cuando se refiere al obispo de Puebla, Juan Palafox y Mendoza.

Por más que hubáramos en el texto no encontraríamos más referencias a los problemas teóricos de la historia. Pero hay indicios de cómo pensaba él acerca de tales cuestiones. En primer lugar, su historia es una exposición <sup>escueta</sup> cerrada, de los acontecimientos. En segundo lugar, la disposición en forma de anales le permite desentenderse del relato histórico propiamente tal. Lo primero es resultado, no solo de un posible afán de objetividad,

sino de la escasez de sus fuentes. Lo segundo se debe, fundamentalmente, a que la información principal le fué suministrada en extractos de las actas del ayuntamiento de México.

Pero mucha más importante que todas estas cuestiones es su opinión acerca de la historia antigua de México. Parece él diferir de la generalidad de sus contemporáneos. Cavo expresa sin rodeos sus esenciales dudas sobre la historia "política" de los tiempos anteriores a la conquista, cuando dice: "No me atrevo a impugnar lo que los <sup>aut)</sup> ~~historiadores~~ refieren de maravilloso, sucedido antes y en la fundación de México; porque aunque sean cosas sin fundamento, forjadas por naciones supersticiosas, a la antigüedad se le debe perdonar este defecto como dice Tito Livio (en el Prólogo) hablando de Roma" (20). Aquí, por un lado, nos encontramos con una creencia religiosa que le conduce a desechar toda e casi toda la tradición indigena de la peregrinación azteca; porque si se argumenta que solo se refiere a la intervención de elementos sobrenaturales (Huitzilopochtli, etc) en los hechos, así como la presencia del aguila y el tunal, según preijó el dios indigena, no nos parece que quedaría gran cosa del relato tradicional si se desecharan esas interpretaciones providencialistas. En realidad, pues, él ataca a fondo las tradiciones históricas indigenas. Pero, además, ~~no~~ apreciamos ~~en~~ que, más adelante, al referirse a la pérdida de documentos indigenas por causa de la "ignorancia" de los conquistadores, lo que lamenta es la falta de los documentos literarios y científicos, particularmente de ciencias naturales y astronomía "en que se señalaban los Mexicanos", no la de documentos históricos.

Se explica esta su actitud, no solo por la superstición que intervenía constantemente en el relato histórico indigena, sino quizás, por la influencia de su tiempo. En efecto, cita él en alguna ocasión al ex-jeusita José Fábrega interprete del Códice Borgiano y según parece recibió de él alguna noticia sobre la cultura indigena precortesiana (11). Y que esta influencia pudo haber sido decisiva para la formulación de una crítica tan radical se

puede inferir del hecho que en la obra de Clavigero no dejan de aparecer algunas dudas sobre la posibilidad de establecer un relato verosímil de las antigüedades mexicanas (12). El hecho mismo de la aparición de un <sup>F</sup>ábrega y de un Gama indica que la fe en los testimonios indígenas, tal cuales los habían reportado los historiadores de los siglos antecedentes, se va perdiendo y se tiene más esperanza en el estudio de la cultura que en otra cosa. De todos modos, sería aventurado afirmar muy rotundamente el carácter general de aquella opinión de Cavo.

B. Una de las dificultades con que tropieza Cavo es la indole de su historia. Es historia profana. No es ni sagrada ni semisacra. No hay campo para el relato de protentosas hazañas, ni para la "edificación". En su tiempo decía el abate Bergier: "L'historie profane n'est a proprement parler que le registre des malheurs, des crimes, des egarements du genre humain. Comme elle n'est interessante que par les revolutions et les catastrophes, tant qu'un peuple cr it et prospere dans le calme d'un sage et paisible gouvernement, elle n'en dit rien" (13). Y en efecto, una vez transcurrido los primeros tiempos de la colonización, no quedaba al historiador absolutamente nada que contar. La conquista, la evangelización, los primeros gobiernos de Mendoza y Velasco eran, aunque de historia profana, hechos que lindaban con la historia semisacra o que, por lo menos, ofrecían, al par que un cuadro de miserias, la posibilidades de exaltar algunas virtudes. Había movimiento, animación en el panorama contemplado. Más adelante no había nada parecido. El historiador carece de historia qué contar.

Esto se observa en la obra de Cavo. Notese que allí donde los acontecimientos se prestan para realzar el relato, él produce sus mejores resultados. Pero en la parte que corresponde al siglo xvii, casi nada hay que le saque de una monótona enumeración de alcaldes y de gobiernos. Claro es que, aun en esto, la bibliografía de que disponía le marcaba límites. No era lo mismo narrar los acontecimientos del xvi, transmitidos por una serie de cronistas, muy explícitos generalmente, que componer una historia durante el siglo

xvii, el de la estabilización. No nos extrañe, pues, que con cierta frecuencia él recurra la "condición", a la "naturaleza" de los hombres para explicar acontecimientos que, dentro de la historia profana, disuenan de aquel ideal que tenía por meta la gran historia sagrada o semisacra. El "vicio de los hombres" desnaturalizó la institución de los repartimientos, que degeneraron en tiranía (14); ese mismo vicio hace preponderar los intereses particulares sobre el bien común (15). Y así por el estilo, en varias ocasiones apela a esa imponderable factor que es la naturaleza humana (16). Hay, pues, una suerte de pecado original en la historia profana.

Si el pecado de los hombres es uno de los factores más importantes en el desarrollo de la historia, se seguirá que todo, en principio, se origina bien o se encamina hacia este, pero puede torcerse la voluntad. En suma, que hay siempre un entrecruzamiento de cualidades negativas y de cualidades positivas. El ejemplo más notable sería la figura de Cortés. Cavo reproduce contra él y la generalidad de los conquistadores, los clásicos argumentos: crueldad, avaricia, barbarie, etc. Al cabo él es de los que elogian sin restricciones a Las Casas a quien considera "el más instruido en la historia de las Indias" (17). Pero al momento de trazar una semblanza, de ofrecer una idea de conjunto de la personalidad del conquistador parece hacerle más justicia, en lo que solo realiza lo que lógicamente era necesario; mostrarle como una mezcla de grandeza y de pequeñez, cual corresponde a todo lo humano (18).

Esta es quizás la razón por la cual su obra no presenta aquel matiz de criollismo acentuado que campea en la de Clavigero. Cavo es mucho más ponderado en sus juicios o, mejor, mucha más cauto en expresarlos. Si por este lado no coincide con la generalidad de los autores del xviii en quienes hay un fuerte sentimiento nacional que se traduce en una valoración exagerada del pasado precortesiano o en una constante crítica de lo español y europeo, en lo que hace al elogio de los indios se mantiene dentro del espíritu general de la época. No hay, desde luego, formulaciones tan generales, ni tan

radicales como las que hemos constatado en las obras estudiadas en los capítulos antecedentes, lo que resulta de la índole de su tema; pero no pierde la ocasión de exponer las virtudes de los mexicanos. Una vez los califica de "culto nación", otra se refiere a su "buen gusto y riquezas" (19). Pero el verdadero papel que juega el indio en su obra no está determinado por estas ideas sino por una cierta participación "política" de los indígenas en la vida colonial, en donde se muestra muy claro el pensamiento de Cavo. Los increpa casi, porque participaron de las fiestas del cincuentenario de la conquista (13 de agosto de 1571) "como si se gloriaran de su esclavitud" (20); pero ello no se avviene poco -aunque se explica perfectamente- con aquella afirmación  
 lla otra/relativa a que en ~~el~~ desfile de esa fecha "no se ven mexicanos, como aseguran hombres de verdad." Y tan profunda está en sus ánimos la herida que después de más de dos siglos parecía ya cerrada!" (21).

¿Qué ocurre en el pensamiento de Cavo respecto de la significación de esos hechos? En él se nota con cierta timidez una idea ya muy propia de las dos últimas décadas del siglo, especialmente de los años posteriores a la revolución francesa, que no apareció en los historiadores anteriores: la de la libertad de los indios. Claro es que no se trata de la libertad natural que discutían los teólogos del xvi, se trata de la libertad en sentido moderno, una libertad contra algo que oprime. Y en efecto, veamos lo que dice Cavo: "La causa de esta sublevación (de Nuevo México, 1680) fueron las vejaciones que los naturales sufrían de los Españoles y el deseo de recobrar su libertad, la cual ha sido y SERA el origen de los levantamientos en los Indios de Nueva España" (22). Algo similar ocurrió al producirse la sublevación de los indios de Tehuantepec en 1661, pues "es verosímil que nacería de las extorsiones" del alcalde mayor (23). Claro es que no impugnamos su criterio que nos parece objetivamente acertado: un pueblo no se alza más que contra algo que le quita la vida. Pero gracias a estas expresiones podemos seguir más de cerca su pensamiento, que es nuestro fin en este lugar. Y como remate de que hay una preocupación en él a consecuencia de este nuevo concep

to, véase cómo atribuye un genio superior a los deñás indios del Nuevo Mundo a esos de la Florida que a ninguna costa dejaban establecer colonias españolas en sus tierras (24). Genio usado en el sentido de radical condición humana, de carácter, no de poder creador de civilización.

Esta libertad, siempre ansiada por los indios, tiene mucho que ver con otro de sus juicios acerca de las relaciones entre españoles e indios. Coincide con Clavigero, quizás se inspire en él, al decir que Cortés y los españoles hubieran afianzado más su conquista fomentando los matrimonios en la colonia, pues en el discurso de los años se hubiera formado una sola nación y los españoles no serían malquistos de los naturales "cosa aun en nuestros días la más lamentable y que tiene consecuencias funestísimas" (25).

Como vemos Cavo también llega a enjuiciar los hechos, rompiendo su promesa. Sin embargo, su imaginativo editor -Bustamante- le considera muy imparcial por haber silenciado dos cuestiones. La una, es la querrela entre el obispo de Puebla, Palafox y el orden de los jesuitas; la otra, la expulsión de la Compañía en 1767. Por lo que hace a la primera vale indicar que andaba bastante descaminado Bustamante en atribuirlo a discreción. Cavo, es cierto apenas menciona a Palafox, pero basta con lo que dice en el texto para no considerarle tan imparcial como él creía. En primer lugar, dice él que se inspira en fuentes desapasionadas como Vetancourt, en su Theatro Mexicano y Pucci en la Vida de Palafox. No hace fuerza esta excusa pues el primero de los autores citados pertenecía a una orden, si bien no muy afecta a la Compañía, pero orden al fin y podía haberle preocupado el hecho que Palafox quitara las doctrinas a los religiosos sustituyéndolos por clerigos seculares. En cuanto al segundo autor, Cavo toma de él una información y sobre su letra expresa plantea una serie de dudas bastante malintencionadas aunque diga que a los historiadores no incumbe desatar las dificultades que encuentran en los autores consultados. Al par que hace un elogio un tanto exagerado del Marqués de Villena virrey residenciado -casi depuesto- por el irascible obispo de Puebla (26).

4. Unas palabras finales sobre las fuentes que usa Cavo. El cuerpo principal de materiales son los extractos de las actas del ayuntamiento de la ciudad de México que le envió a Italia el regidor Antonio Rodríguez de Velasco; de ahí, como hemos señalado, esa fidelidad a la sucesión de magistraturas anuales. Esto, desde luego, constituye uno de los elementos más importantes de su información, pues constituye una guía de la historia municipal de la capital del virreinato. Por la misma razón, se ocupa con cierto cuidado de los trabajos de desagüe que permitirían salvar a la ciudad del peligro constante de las inundaciones.

El resto de los elementos que aprovecha en el relato proviene de un sinnúmero de fuentes. Entre todas se destaca la Monarquía Indiana, ya que Torquemada le parece un autor imparcial y de los más versados en las historias de los mexicanos (27). Y como es natural es el autor más consultado en todo lo que se refiere al siglo xvi.

Cita algunos testimonios orales, como el de José Julián Parreño. Además, los insustituibles clásicos, como Gómara, Vetancourt, Herrera y Gemelli. Y entre los cronistas eclesíasticos a González Davila y a Grijalva a quien llama "autor respetable" (28).

Notas bibliográficas.

- (1) José Toribio Medina, Noticias bio-bibliográficas de los jesuitas expulsos de América en 1767, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, MDCCCXIV, p.65; este autor cita a Sommervogel que da como fecha del nacimiento de Cavo la de 13 de febrero.
- (2) Esta breve biografía le hemos compuesto con ayuda de las siguientes fuentes: Rafael de Zelis, Catálogo de los sugetos de la compañía de Jesús que formaban la provincia de México el día del arresto 25 de junio de 1767, México, Imprenta de Y. Esclanate y Cia, 1871; Catalogus Provinciae Mexicanae Societatis Jesu, Mexici, Ex Regalis et Antiquioris Divi I ldefonsi Collegii typis, Anno D omini 1758; "Catalogus Personarum Provinciae Mexicanae Societatis Jesu", 1764, en Nicolás León, Bibliografía Mexicana del siglo xviii, 3a. parte. No nos han sido útiles ni la biografía de Francisco Sosa, Biografías de Mexicanos Distinguidos, México 1884, 241 y sig.; ni la anónima -que creemos inédita- que se encuentra en la Sección de Manuscritos del Museo Nacional, 2a serie, leg. 106 y que es de autor moderno.
- (3) Los Tres Siglos de México, 4 ts. México, Abadiano y Valdés, 1836-38; esta es la edición primera, por Carlos María de Bustamante que compuso un Suplemento, comprendido en los ts. III y IV; la segunda edición, con el mismo título es de Jalapa, Tipografía Veracruzana de A. Ruiz, 1870.
- (4) Federico Gómez de Orozco, Catálogo de la colección de manuscritos relativos a la Historia de América, formada por Joaquín García Icazbalceta, México (Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores), 1927. (Monografía Bibliográfica Mexicana, num. 9), p. 64; Guide to the Latin American Manuscripts of the Library of the University of Texas, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1939, num.487.
- (5) Andrea Cavo, De Vita Josephi Juliani Parrenni havanensis, Romae, ex officina Salomoniana, MDCCXCII.
- (6) Los Tres Siglos, II, 180.



- (7) *Idem*, I, 46.
- (8) *Idem*, Prólogo.
- (9) *Idem*, II, 14.
- (10) *Idem*, Prólogo.
- (11) *Idem*, I, 9.
- (12) Historia Antigua, Prefacio, en relac. con I, 121; considera difícil, si no imposible, restaurar la historia precortesiana después de la pérdida de tantos documentos durante la conquista y posteriormente por la incuria oficial y tacha de "narraciones pueriles y absurdas" las que se refieren al origen de los indios.
- (13) Dictionnaire de Theologie, A Liege, A la Societe Typographique, 1789-1792, 8 ts; . IV, p. 66.
- (14) Los Tres Siglos, I, 8.
- (15) *Idem*, I, 24.
- (16) *Idem*, II, 100 y 154.
- (17) *Idem*, 125-126.
- (18) *Idem*. 150-151
- (19) *Idem*, I, 90 y 74.
- (20) *Idem*, I, 193.
- (21) *Idem*, I, 3
- (22) *Idem*, II, 58-59.
- (23) *Idem*, II, 46.
- (24) *Idem*, I, 195.
- (25) *Idem*, I, 17.
- (26) *Idem*, II, 13 y 14.
- (27) *Idem*, I, 47.
- (28) *Idem*, I, 143; Grijalva, Juan de, Crónica de la Orden de N.P.S. Agustín en las Provincia de la Nueva España, México, Imprenta de Ioan Ruiz, 1624.

## CAPITULO VII.

Historiadores menores: FRANCISCO JAVIER ALEGRE; FRAY VICENTE DE SANTA MARIA  
y ANTONIO DE LEON Y GAMA.

1. No se justifica plenamente la inclusión de los historiadores, omescri-  
tores de temas particulares, en un ensayo en que se trata precisamente de  
los grandes historiadores de México. Pero hay una razón fundamental para in-  
cluirlos: cada uno de ellos significa una actitud específica ante los proble-  
mas del pasado, actitud que, en el mejor de los supuestos, sólo se hallaba en  
gérmen en los grandes exponentes. Vale pues la pena decir algo respecto de es-  
tos "originales". Además, muchas de las ideas que hemos analizado hasta aho-  
ra se encuentran repetidas y a veces exageradas, en estos historiadores me-  
nores, algunos de los cuales a veces, por falta de tema, engrandecen los mas  
insignificantes hechos. En ultimo termino, conviene abarcar el mayor numero  
posible de autores para que nuestro análisis adquiriera la mayor validez posi-  
ble dentro de los límites más o menos estrechos que nos hemos trazado.

Los tres autores que han de ser estudiados en este capítulo no han sido es-  
cogidos al azar. El padre Francisco Javier Alegre, jesuita, por su categoría  
intelectual, bien merece que lo traigamos como exponente de la historia ecle-  
siástica del siglo xviii. No solo por esto sino también porque su obra no se  
aparta gran cosa de los moldes tradicionales de la historia semisacra. Fray  
Vicente de Santa Maria presenta, a su vez, algunas ideas conexas con las he-  
mos estudiado en la obra de Clavigero, que requieren algún comentario; su te-  
ma es excesivamente reducido: la colonia de Nueva Santander, y tanto en el  
contenido como en la forma se aparta bastante del común género historiográfi-  
co de la época. Por otra parte, es la figura que entronca, por su participa-  
ción personal en los hechos, a la historiografía del xviii con las luchas por

por la independencia. El tercero, Antonio de León y Gama constituye un magnífico ejemplo de científico que aplica conocimientos modernos a la dilucidación de cuestiones históricas. Es, en realidad, el primer antecedente de los estudios arqueológicos, anterior a Fábrega y superior, no hay duda, a los trabajos de Alzate. Sin salirse del marco de ciertas ideas comunes de su tiempo, Gama lleva a cabo un esfuerzo directo, frente a los historiadores precedentes y de su tiempo, por aclarar el mecanismo del calendario azteca.

Cronológicamente, además, tanto Santa María como Gama puede afirmarse que cierran el siglo, como que pertenecen a su última década. En este sentido pudiera decirse que escriben en medio de un alud de nuevas ideas, incontenible ya, aunque vigorosamente enfrenado, a consecuencia de la revolución francesa.

2. A. El padre Francisco Javier Alegre, de la Compañía de Jesús, afamado por sus conocimientos de literatura clásica y sus pulcros versos latinos, nació en Veracruz el 12 de noviembre de 1729; pertenece a la generación de Clavigero. Su vida es relativamente poco conocida; no tuvo él un biógrafo solícito como manero y apenas disponemos de documentos personales que nos le muestre en su cabal medida humana. Conocemos sí sus cargos y honores, su varia producción literaria, pero estas noticias forman casi un catálogo sin vida, sin animación alguna.

Aprendió las primeras letras en su ciudad natal, donde se familiarizó con la vida mercantil y marítima -según cuenta su biógrafo Fabri- lo que le serviría, más tarde, cuando desterrado y en viaje a Italia ayudó a la tripulación del barco en que navegaba (1). Siguió la suerte de los hijos de familias acomodadas, destinándosele a una carrera liberal, ingresando en el colegio de San Ignacio de Puebla, de donde pasó -sin gran provecho- a México para cursar leyes. Parece que el derecho no era de su predilección pues al cabo de un año desistió de esos estudios y volvióse a Puebla a estudiar Teología, ingresando en la Compañía de Jesús, el 19 de marzo de 1747. Pasó in

mediatamente al noviciado de Tepetzotlán, haciendo sus primeros votos dos años más tarde (1749).

En 1752, coincidiendo con Clavigero, se hizo cargo de la cátedra de Gramática del colegio de San Ildefonso de México; pero su precaria salud le obligó a trasladarse a Veracruz, donde estuvo enseñando mientras preparaba su ordenación que verificó en México hacia 1754. El progreso de sus males determinó un nuevo cambio partiendo para La Habana, haciéndose cargo de las cátedras de Retórica y Filosofía que la Compañía tenía en su colegio de la capital insular. Ya mejorado, aprovechó la estancia en ese lugar para aprender con el padre Alaña griego y matemáticas. Igualmente aprendió inglés.

Se le removió para trasladarle a Mérida de Yucatán donde desempeñaría una cátedra de Cánones y Derecho Eclesiástico. No duró largo tiempo en el cargo pues se le designó cronista de la orden retornando al colegio de San Ildefonso de México. En tres años dió cima a su encomienda, estando la obra dispuesta para ir a las prensas cuando se decretó la expulsión de la orden. Partió al destierro estableciéndose en Bolonia, donde no volvería a tocar materia histórica alguna, dedicando los últimos veinte años de su vida a sus aficiones en lenguas y literaturas clásica. Murió el 16 de agosto de 1788(2).

B. No vamos aquí a reseñar la abundante producción del ilustre jesuita. Puede consultarse respecto de ello un trabajo de García Icañbalceta que parece muy completo (3). La obra que nos interesa directamente es su Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España, de la cual solo corre un edición (4). El manuscrito autógrafo quedó entre los papeles del colegio de San Ildefonso al momento de la expulsión de la compañía. Paso posteriormente a manos del Illmo, Señor Joaquín Fernández de Madrid y posteriormente a las de Joaquín García Icañbalceta (5). Actualmente hay dos copias en el museo Nacional (6).

C. La Historia de la Compañía de Jesús tiene unos orígenes muy peculiares. Claro es que todas las ordenes tenían por costumbre rehacer constantemente la historia de sus actividades y a la compañía le interesaba renovar y susti

tuir las viejas historia de Francisco de Florencia y de Andrés Pérez de Rivas (7), resumiendo, al par, no pocos documentos y trabajos publicados en el curso de un siglo, desde que habían aparecido aquellas obras. Pero, desde luego, <sup>es</sup> no esta la fundamental razón de que hubiera un súbito interés por la historia de la orden, sino la situación difícil en que esta se hallaba, después de la expulsión de Portugal y de Francia, y del espíritu antijesuita ya visible en España. La orden tuvo que apelar a uno de sus mejores elementos y de ahí la designación de Alegre. Por otra parte, éste, aunque de cierto modernismo, era, como ha dicho justamente José Miranda, un acomodaticio y sería muy apropiado para hacer con discreción una obra apologética (8).

En efecto, Alegre se puso a la tarea y al cabo de tres años -posiblemente de 1763 a 1766- terminó la obra a gusto de sus superiores, según aparece. La escribió "en fuerza de orden superior", como él se apresura a explicar en el prólogo; pero la hizo tan de acuerdo con los moldes tradicionales de la historia semisacra que si no fuera por su estilo -uno de los más exquisitos de la renovación literaria del xviii- posiblemente nada de ella perduraría, salvo, es claro, ~~en~~ aquella parte, en que por trasladar o resumir documentos inéditos o perdidos hoy, podría ser de alguna utilidad informativa. Por ejemplo parece tener buena información sobre gran número de tribus indígenas, especialmente del norte de México, basada en la copia, a veces textual, de cartas de los primeros y más diligentes misioneros.

Esa expresión de Alegre, como excusándose, no es, como podría parecer la simple manifestación de la verdad, esto es, de que fué una orden superior la que le impuso la tarea de historiar la vida de su orden. Es una auténtica previsión de las múltiples objeciones que podrían alzarse contra una obra que no le cuadraba, ni a su refinamiento, ni a sus simpatías por la modernidad. Confiesa él en carta a Clavigero que en determinados problemas de filosofía se guiaba por Descartes y Malebranche (9). Sin embargo, en su obra campean todos los prejuicios de la historiografía tradicional. Y tan fué consciente de esta literatura "a la medida" que, al momento de tocar el más importante

acontecimiento del siglo xvii (la polémica con el obispo de Puebla, Palafox) se siente precisado a confesar plenamente por qué ha hecho una historia apologética:

"Hasta a ui ha corrido sin tropiezo alguno la pluma por el largo espacio de ochenta años, ofreciendo a los juiciosos lectores, si no una tela de prodigios y de sucesos milagrosos, a lo menos una serie de trabajos dirigidos constante y generalmente a la mayor gloria de Dios y santificación de sus redimidos. No queremos dar a entender que todos los sujetos que en estos años vivieron en nuestra provincia fueren otros tantos varones esclarecidos en virtud y en sabiduría, como falsamente han calumniado las historias de las ordenes religiosas, algunos hereges de nuestros tiempos. Muchos habia habido tibios, muchos imperfectos, muchos imprudentes y aun quizás algunos que hayan correspondido más al instituto y regla santísima que profesaban, ¿quién podía negarlo? Pero mientras la relación de sus defectos no ~~contribuye~~ contribuye en cosa alguna a la serie de la historia o a la común edificación; mientras sus imperfecciones o sus culpas son secretas y aun rigurosamente castigadas dentro de los claustros religiosos ¿debía acaso el historiador descubrirlas para dar asunto a la curiosidad de algunas lenguas malvadas, y no le obligaba antes a callarlas y sepultarlas en un profundo olvido la caridad cristiana? (10)

Ya se ve que Alegre comprendía su posición. Cualquiera que aprecie debidamente este denso párrafo tendría que llegar a una conclusión; no le es imputable el defender a los suyos. Pero lo que nos interesa por el momento es observar cómo hay una duplicidad no muy legítima en su persona por obra de la "orden superior". Tiene él que apelar a los lugares comunes de su tiempo y del pasado para escabullirse: la común edificación. Pero con ello no resuelve él el problema que se le presentaba a la historia semisacra de la época. Por otra parte, con ello lo que hacía era acentuar más la duplicidad ideológica de la propia orden: de un lado, la creación de nuevos mitos y de nuevos cultos -algunos tachados de idolátricos como el del Corazón de Jesús- y de otro, un racionalismo, un espíritu pragmático y mundano de la religión como si el mundo se dividiera efectivamente en dos tipos de hombres, los que han de ser mantenidos en la ignorancia de la vida y del saber y los iniciados y predestinados que pueden permitirse el placer de no creer más que

relativamente, para que la mente, más despejada de prejuicios, les permita infundir a los ueñas toda clase de creencias vulgares. Y así es la mente de Alegre. Para Clavigero, que es como un iniciado, la carta citando a Descartes y a Malebranche; para el público, la historia plagada de maravillas y de extraordinarios sucesos.

Y que esto último es cierto, no nos lo impide observar su dicho de que no ofreció una "tela de prodigios y de sucesos milagrosos". Por el contrario, y quizás por cumplir mejor la orden superior, su obra está preñada de todo lo raro, de todo lo milagroso, de todo lo prodigioso que pudo acopiar en los papeles de la orden. No basta que a veces diga que copia el relato de una carta antigua; él lo incorpora a su obra. Si quisieramos seguirle en este punto, a lo largo de los tres tomos de su obra, no tendríamos término. Bastanos por el momento remitir al lector a una especie de estadística -enfadosa, pero necesaria- de los lugares en que menciona sucesos no explicables por simples factores humanos o naturales. (11). Claro es que no pretendemos decir que esto sea un resultado querido por él; al caso, siendo un creyente -no hay por qué pensar que no lo fuera- lo maravilloso, lo providencial, tendría que jugar un papel extraordinario en su obra apologética. Tampoco le exigimos que explique ciertos fenómenos humanos por medio de conceptos científicos; muchos de estos -por ejemplo, casos de contagio mental- no son fáciles de dilucidar aún en nuestros días, muchos menos en su tiempo. ¿que tiene de extraño que los atribuyera a una mano invisible, como de jugador de ajedrez, que mueve a los hombres? El problema no <sup>es</sup> en este ensayo, saber que lo él debía haber dicho, sino lo que dijo y por qué.

La cuestión es que teniendo él una visión modernista de la vida, por orden superior mantiene viejos prejuicios. Esto se observa al referirse a alguna creencia popular sobre cierto sospechoso milagro: "Dejamos a los físicos la averiguación y no reprobamos la veneración de los piadosos" (12). He ahí en toda su medida aquella duplicidad de que hablabamos; los dos mundos coexistentes. Sin embargo, ya Feijoo se había alzado contra esta actitud

pasiva: dejad hacer a los "pindosos" (13).

Esa lucha, y al mismo tiempo conformidad, con los dos mundos, es la gran enseñanza de la obra de Alegre. Sabía él lo que hacía y esto permite presentar con toda crudeza su "caso" historiográfico. Hombre de un siglo diferente, contagiado de las nuevas ideas, todos los esfuerzos que realiza para justificar, y justificarse, aquella trágica dualidad son inútiles y, aun más, sirven para poner de un relieve notable la crisis de su pensamiento. Esta dualidad se resolvió en Clavigero por medio de una violenta polémica que le inclina nuevamente al viejo mundo de las ideas tradicionales; en Alegre se resuelve en una acentuación del conflicto sin provecho para él ni para su orden. Es más, aunque esto signifique para algunos plantearse problemas "ahistoricos", de haberse publicado la obra su efecto no hubiera sido tan beneficiosa como podrían esperar los superiores de la orden. Durante todo el siglo, el principal argumento contra la Compañía no fueron solamente sus riopetes de heterodoxia -al cabo era fácil caer en ella- sino sus riquezas. Pues bien, los censurados de la provincia de México narrados por Alegre no hubieran hechos más que ratificar aquella creencia muy difundida en su tiempo. ¿De qué otro modo explicar ese constante renunciamiento a la riqueza y, al par, ese constante quedarse con todos los denotivos y exigir fondos para establecer sus colegios? Examiné desapasionadamente el primer libro y se veía que la orden en la ciudad de México nunca aceptó sin remilgos los denotivos; pero al cabo se quedó con ellos con el pretexto de que servirían para nuevos fines que le planteaba su ministerio.

Por otra parte, en un momento en que se unen el siglo, representado por un racionalismo al que no eran completamente ajenos los jesuitas, y los janenistas, que aspiran a un renacimiento de la fe profunda, íntima, sin actos externos, ¿como se interpretaría la dureza con que Alegre trata al padre Alonso Sánchez por su exceso de meditación y de comunicación directa con Dios? (14).

Forzosamente hemos tenido que dejar a un lado otros temas que sugiere la



lectura de esta magnífica obra. Nos nos incumbe estudiarle a la luz de las ideas literarias, lo que, sin duda, nos la revelaría como una de las más nobles producciones de toda la literatura mexicana, ni nos interesa estudiarla en con raste con sus fuentes, muchas de las cuales no están al alcance del público -perdidas en archivos u olvidadas-, ni menos perseguir en ella aquellas posibles inexactitudes o errores, como los hay en toda obra histórica. Pero creemos haber dado una visión de su significación historiográfica general. Es la obra que señala con más agudeza la crisis de la historiografía semisacra, tradicional. Por ello sefa siempre uno de los más interesante monumentos del siglo xviii.

2. A. La vida de Fray Vicente de Santa María permanece casi completamente en la sombra; fué oscura o, por lo menos, se nos hace, a falta de documentos y testimonios. Ello, quizás, se explique por su empleo durante muchos años en las misiones. Nació en el virreinato, es posible que en Valladolid, a cuya provincia franciscana perteneció. En 1775 y 1776 le hallamos en las misiones del Nayarit, y fungiendo de capellán de un barco que realizaba travesías de cabotaje por San Blas y otros puertos (15). No sabemos más nada hasta el año de 1787 en que se hallaba en la misión de San Buenaventura de la Nueva Clifornia (26). De allí probablemente pasó a alguna de las misiones de la Nueva Santander (Tamaulipas) que parece haber conocido con bastante minuciosidad. Finalmente, la última vez que le encontramos es hacia 1808 acusado de participar en la llamada conspiración de Valladolid (17).

B. La única obra de Fray Vicente que conocemos, y es la que nos interesa, se denomina Relación histórica de la colonia del Nuevo Santander y costa del Seno Mexicano. De ella conocemos tres ediciones (18). No sabemos que exista manuscrito alguno.

A juzgar por una serie de circunstancias, la obra fué escrita en la última década del siglo xviii y, para ser más preciso, el año de 1796 (19). Posiblemente a instancias o con la anuencia de los descendientes del Conde de Sierra Gorda, colonizador de toda la zona.

C. La Relación es, ante todo, una obra de circunstancias. Es evidente que Fray Vicente no la hizo con intenciones de escribir historia; esto es, no fue como Clavigero o Cavo o Veytia, un hombre de vocación historiográfica, sino un autor que por circunstancias varias, emprende el relato de uno de los hechos más importantes de la historia del virreinato en el siglo xvii el cual le servía de pretexto para reflexionar sobre la organización de nuevas comunidades.

La primera característica que observamos en ella es la defensa del Conde de Sierra Gorda, contra el cual habían sido elevadas, tiempo atrás, acusaciones que llegaron a manos del rey. Y, aun después de muerto, se le echaban en cara los defectos o la mala fortuna de sus fundaciones en la Nueva Santander. Dentro de esta finalidad, la Relación está en íntima conexión con el informe que el coronel de Dragones José Tienda de Cuervo (Craywinkel) elaboró después de una visita de inspección por la colonia el año de 1757. En este informe se proponían medidas para el desarrollo de las nuevas fundaciones y para la explotación del territorio.

De ahí que la obra presente un aspecto que la aleja de la generalidad de los escritos históricos de la época. Por algo antes que historia es Relación. Pero, dentro de esta estructura anormal, desde el punto de vista que nos interesa en todo este ensayo, la relación presenta ideas que ya hemos analizado, parcialmente, y que tienen interés para comprender hasta qué punto estaban vigentes una serie muy grande de matices teóricos relativos a los fundamentales problemas de la nacionalidad mexicana. Y, además, tiene un cierto interés informativo sobre los indios de la región del actual Tamaulipas, sobre sus lenguas y sobre su organización.

Se ha dicho que el autor era un "sabio y un filántropo" (20). Y a juzgar por las ideas dominantes en la Relación no parece muy acertado. Que conociera en detalle toda la provincia, no le otorga sabiduría, sino solo un conocimiento eventual. En cuanto a su pretendido filantropismo, ya examinaremos algunas de sus ideas centrales y veremos que lejos de ese interés caritativo por el prójimo y el "inferior" que constituye una de las notas esenciales

del filantropismo dieciochesco, lo que abunda es precisamente lo contrario: una incomprensión inciclopédica de los problemas de los hombres.

Veamos, en primer lugar, cómo ve a los indios. Es claro que Santa María por el hecho de haber sido misionero entre los coras, los californios y, posiblemente, entre los de Nuevo Santander, tenía poco material humano en que estimular una sobrevaloración de los indios. Esto seña preciso tenerlo siempre en consideración al estudiar su obra. Desde luego, concuerda con el sentimiento general de su tiempo al decir que "los indios septentrionales de la América son tan hombres y tan racionales como los primeros nietos de Noé", pero han sufrido mucho a consecuencia del olvido de los rudimentos de civilización que heredaron de sus mayores progresando "en la insensatez y la barbarie" (21). Pero esta es una fórmula general que no tiene relación íntima con el resto de su pensamiento. De otro modo no se explicaría, convenientemente que aún a los indios más cultos de la antigüedad los trató con un visible rebajamiento de su calidad, en comparación con los demás autores que hemos estudiado hasta ahora. La nación mexicana era la "menos inculta"; la de los toltecas "fue otra nación medianamente culta" (22). Es un tono muy diferente del de los demás historiadores del siglo.

Y si ello ocurre con los grupos más civilizados, con los indios de la colonia de Nuevo Santander el "filantropismo" de Fray Vicente deja mucho que desear. En primer lugar, se trata de pueblos de una "barbarie grosera", esto es de la peor calidad (23), que abusaban del paraíso (Tamaulipas) en que los había colocado la naturaleza, mientras que los españoles, al entrar en la zona, "no perdieron tiempo en sembrar las semillas de la vida civil". Pero no le basta con esto y según él, <sup>entre</sup> los habitantes de "este nuevo mundo y en sus provincias internas" se propagaron y se propagan hombres cuya historia sonroja y aun humilla a la especie humana (24). Esta misma especie humana degenera hasta "la más vil de sus desgracias" en las naciones monstruosas que viven en la costa del Golfo de México (25). La insensibilidad del indio en el dolor es la mejor muestra de la "estupidez de los hombres" (26).

En este punto, ¿qué hace el sino acercarse a Corneille de Pau? Esta es una de las demostraciones de que en su pensamiento el indio ocupaba un lugar no muy principal, pues no desconoció las ideas denigrativas de lo americano que expusieron en su tiempo los autores europeos impugnados por Clavigero, a quien por otra parte, denomina "sapientísimo".

Y esto nos interna en otro de los aspectos importantes de su obra. Entre el posible criollismo de sus ideas revolucionarias en 1808 y las ideas -pocas pero explícitamente expresadas- que expone sobre el sentimiento patriótico en el texto de la Relación hay buen trecho. En efecto, lo primero que se destaca es su intención de ser imparcial -como cuadra a todo historiador- "porque es demasiado trivial el motivo de haber nacido en este continente de la América para no ver a toda luz y con toda su deformidad o hermosura, los objetos de la Patria, sea cual fuere; a más de que es un egoísmo demasiado necio, de que debe huir toda alma racional, calificar como buena alguna cosa por solo las relaciones que pueda tener con el que la describe" (27). Además de trivial y de necio, este exceso de amor a la patria debilita los argumentos presentando flancos débiles al enemigo. En la mejor de las interpretaciones, Santa María era un criollo que desaprobaba los excesos de patriotismo del "sapientísimo" Clavigero. Pero es que hay otro lugar en el que refiriéndose a la disculpa que algunos daban sobre la desnudez de los indios dice él que estos son "algunos encaprichados con las especies de América", o sea de aquellos que intentan hallar una justificación a todo lo americano, aunque, según él, deba criticarse. Y, en efecto, en ese lugar, increpa él a los indios porque no gastan en vestirse lo que malgastan en embriagarse, siendo, pues, la excusa de que carecen de recursos y los salarios son bajos, "vana y frivola" (28).

Recuerdese cómo Clavigero echaba sobre los españoles el "negro borrón", que dice Fray Vicente, de la embriaguez. Hay, pues, una diferencia esencial entre ambos pensamientos. Santa María representa entre los historiadores del xviii una orientación distinta; posiblemente en este sentido su pensamiento sea ya mucho más moderno que el de todos los demás. Abandona toda considera-

dogmática. Su visión de los problemas no está enturbiada por el arrastre de las viejas querellas teológicas. Vease cómo, al criticar duramente la embriaguez, en el párrafo anteriormente citado, dice que de no ser así, las tabernas de los pueblos podrían convertirse en fabricas de industria y el algodón y la lana no pasarían a manos alienígenas. Y esto se ve más claro aun cuando al discutir la condición servil o libre de los indios, según algunos autores -Torquemada y Solorzano- defiende la teoría de que el argumento verdaderamente válido -a contrapelo de los urdidos por los teólogos- es el "derecho incontestable de resistir la fuerza por la fuerza" en que se hallan las sociedades civiles (29). Pero, aclara, esto no justifica que se les quite en las congregaciones el fruto de su trabajo; son alambos, ingratos, infieles, falaces y ladrones, pero no autoriza a ocuparles lo que han adquirido con su trabajo. Aunque estas simples menciones no apoyan suficientemente nuestra afirmación, digamos que nos parece estar viendo asomarse por entre la trama de ideas que sustenta Santa María, en consonancia con la generalidad de los autores de su época, una preocupación de tipo económico que anuncia nuevos tiempos.

Algunas veces su juicio coincide con algunos de los más comunes en su tiempo. Elogia la vida natural de los indios, lo que los hace saludables y fuertes (30). También dice que los aborígenes "viven libres de las intrigas e incendios del amor" que son tan frecuentes en las sociedades civiles (31). En este punto se cree en el deber de criticar a Robertson, a Buffon y a de Paw, así como al autor de las anécdotas americanas, que miden, con un criterio europeo, esa frialdad de los americanos; su frialdad, dice con agudeza, no procede de una degeneración fisiológica sino de que viven en un estado de prostitución pública y, por ende, no les interesan las "empresas fáciles", mientras el civilizado -tormentado por "flenos y correctivos"- se inclina a las "empresas arduas y difíciles", como son todas las relativas a las relaciones sexuales en un mundo pleno de inhibiciones y de tabús.

Pero, sin duda alguna, el índice más elocuente de su posición antindígena es la consciente repulsa de la idílica figura del "buen salvaje":

"digan lo que quieran los filósofos de nuestro siglo, es absolutamente necesario que cuando los hombres se propagan por el conducto y sobre el sistema solo de la naturaleza, sin el socorro aun desde la más tierna infancia de la voz continua de la educación que les inspire sentimientos dulces, y humanos es, algo, absolutamente necesario que estos hijos de la naturaleza tan descuidados y pintados en el capricho de algunos con colores tan quiméricos se precipiten sin tino, sin ley y sin ciencia hasta el último abismo de su miseria" (32)

Su pensamiento —que hemos creído más desembarazado de viejas concepciones proindígenas— que el de los demás escritores de su tiempo, no vuelve a ellas porque rechaza el "buen salvaje" elaborado en Europa con materiales americanos. No habla él de la evangelización pura, ni siquiera del freno de la religión católica, sino solo de la educación y, hay que suponerlo, educación para la civilización, para la vida civil. Esta misma falta de educación, unida al no uso, les ha hecho olvidar la imagen del criador que llevaban, originariamente, grabada en su corazón "según cree nuestra ortodoxia", por lo cual deben ser considerados más que gentiles —véase cómo disiente de las viejas fórmulas— verdaderos "atheistas negativos y en todo sentido irreligiosos" (33).

Pero si contrastamos estas ideas antindígenas con las que expresa respecto de los europeos y de los mismos pobladores blancos del virreinato veremos que concuerdan, con una lógica que no constatamos en los demás escritores de su tiempo.

En efecto, Santa María se guía en su apreciación de los colonos de Nuevo Santander por una idea central que ya había expresado respecto de los indios. Idea que es una de las curiosidades intelectuales de la época; en general, los inmigrantes son gente de poco valor, lo peor de su grupo. Al producirse la confusión de las lenguas en Babel no fueron las "familias mejores y en quienes se depositaba lo florido de las ciencias y de las artes... las que emprendieron expatriarse" (34). Y para él la confirmación de

esa regla es la baja calidad de los emigrantes que componen la colonia. Por ello, en las provincias internas de América, es inevitable no poca pesquisa para no tropezar a cada paso con gentes vulgarísimas y con sus necesidades" (35).

Este es, en suma, el cuadro de las ideas más generales de Fray Vicente de Santa María. Representan un voz aislada y personal entre los escritores de historia del siglo xviii.

3. A. Antonio de León y Gama es último de los historiadores menores que hemos de estudiar en este capítulo. Es menor por su obra, más no por la trascendencia de su labor. Nació en México el año de 1735. Se le destinaba a la carrera de derecho; pero sus aficiones eran de otra índole, dedicándose por las ciencias exactas, en las que alcanzó un legítimo renombre internacional. La falta de aquella profesión liberal le llevó a ocupar un cargo en la Audiencia de la capital, en donde se mantuvo por espacio de cuarenta años. Ocupó, además, una cátedra en la Escuela de Minería. Parece que durante el mando del virrey Florez (1787-1789) alcanzó cierto valimiento, dadas las aficiones de este gobernante, de profesión marino, que le atrajo a su lado. Por esos años, la fama de León y Gama llegó a Europa, en donde el sabio astrónomo francés de Lalande no le escatimó su estimación.

Su vida discurre, pues, en una constante aplicación de sabio y de silencioso trabajador. Estuvo presente en todas las grandes empresas culturales de su tiempo; entre otras, fué de los que ayudó con más eficacia a Humboldt. Murió en México el 12 de septiembre de 1802. Fué con Alzate y Bartolache, y posiblemente con más títulos que ellos, la cabeza científica mejor organizada de la historia colonial de México, un digno continuador de la tradición de Sigüenza y Góngora.

B. La obra de Gama, como la del propio Sigüenza, se caracteriza por su dispersión. La componen en total gran cantidad de estudios, que diríamos hoy monográficos, informes científicos y una gran colección de papeles y documen

tos, actualmente bastante dispersos.

No nos interesan aquí sus producciones científicas, de astronomía y de otras materias (37). Su obra histórica más importante, y la única conocida hasta hoy, es la Descripción histórica y cronológica de las dos piedras halladas en la plaza mayor de México en 1790, de la cual corren dos ediciones completas, más una reedición fragmentaria, así como su traducción al italiano, por el jesuita Márquez (38). Sabemos que compuso una Historia Cronológica, que cita repetidas veces como terminada, pero que no sabemos dónde pueda hallarse.

De su labor como erudito y coleccionista de documentos sobre la historia antigua de México tenemos indicaciones muy precisas tanto por la obra de Eugene Boban como por un trabajo de Luis González Obregón. Parece que Gama se dio a la tarea de estudiar los documentos de la ya maltratada colección Boturini, copiando algunos de ellos, especialmente los códices o las figuras ilustrativas. Solo en la colección Goupil hay unos quince manuscritos originales de él, entre los cuales se cuenta uno sobre la virgen de Guadalupe, y unas 15 copias de documentos (39). Algunos de los códices más importantes, como el Tonalámatl, fué completado por él tomando láminas de otros (40).

Basta esta simple enumeración para dar una idea de la multiplicidad de intereses científicos que le embargaban, pero, igualmente, del papel importante que entre todos desempeñaban los relativos a las antigüedades mexicanas.

C. La mentalidad científica de Gama le impuso la limitación de sus intereses en cuanto a la historia antigua de México. Sus conocimientos matemáticos y de astronomía le inclinaron al estudio de la cronología y, especialmente, del sistema calendárico de los mexicanos. Empezó sus investigaciones disponiendo solo de pruebas escritas, códices, manuscritos y cronistas, hasta que el azar del encuentro de dos monumentos indígenas (la estatua de Coatlicue y la piedra del Sol, ambas conservadas actualmente en el Museo Nacional) le permitió—dice él—no solo completar sus datos sin confirmar lo que ya había elaborado por su cuenta.



La monografía de Gama, pues, representa, en su época, un abandono casi radical de la historia antigua como relato general del pasado indígena. Con su estudio sobre las dos piedras, comienza realmente la etapa de reorientación de los estudios sobre las civilizaciones precortesianas; ya no se ponía tanta atención en lo propiamente narrativo sino en lo especulativo, movimiento científico que desemboca directamente en los estudios arqueológicos de nuestros días. Además, y esto se desprende de lo anterior, Gama es, quizás, el único en su siglo y, sin duda, el primero, que para aclarar problemas de la antigüedad pone a contribución conocimientos modernos y que no parecían poder servir a ese fin. Deja, en realidad, el campo de la pura elaboración conceptual y comparativa de textos para acercarse a una interpretación directa y material de los restos de la civilización azteca. Este es el sentido de su obra y en ello radica su constante actualidad.

No quiere esto decir que no se encuentren en ella los viejos temas. Ciertamente, Gama por su científicismo fué un modernista; pero no se salió de su fe católica fundamental, ni la excluyó tan decisivamente de su obra como podría suponerse. No pierde él ocasión de referirse a las supersticiones y las fábulas ridículas de los antiguos mexicanos (41). Es el tributo a una cultura a una filosofía que seguía siendo básica y que había logrado no oponerse definitivamente a la penetración de las ideas científicas que, en última instancia, la echarían de su hegemonía.

Por otra parte, el entronque con los viejos moldes de la historiografía de México se realiza por medio de un tema ya conocido: el de la racinidad de los indios; pero Gama a diferencia de Veytia y de Clavigero, por ejemplo, no intenta demostrarla sublimando los personajes sino explicando cómo su calendario correspondía a conocimientos matemáticos y astronómicos de verdadera importancia (42). Pero -obsérvese que es un viejo funcionario colonial- esto lo hace para contradecir a los enemigos de "nuestros españoles".

Claro es que él toca ciertos temas de historiografía pura, que pudiéramos decir. Por ejemplo, al criticar las fuentes o los autores que trataron de

los sistemas calendáricos de los antiguos mexicanos, se interna en consideraciones críticas que no vamos a seguir en este ensayo, pero que, sin duda, algunas suponen una ratificación de su espíritu científicista. Generalmente se trata de una crítica a base de pruebas, o documentales o lingüísticas o matemáticas. No hay en él suposición alguna o, por lo menos, las suposiciones que en otros son meras elaboraciones o hipótesis, aparecen revestidas de un carácter de prueba deductiva que les da cierta fuerza.

Pero Gama paga, como todos los demás autores del siglo su tributo a la novedad de un testimonio. Ya hemos visto que cada uno de los grandes historiadores de la época se basa fundamentalmente en un autor, el preferido por considerarse más enterado o más provisto de buenas fuentes; Veytia sigue a Ixtlixochitl y Clavigero se guía por Torquemada. Gama descubrió un historiador indio desconocido hasta entonces. No explica el cómo vino a dar a sus oídos, pero lo menciona constantemente y lo aduce como autoridad decisoria de todas las dudas. Se trata de Cristóbal del Castillo, autor de una historia mexicana en nahuatl (43). Si hemos de creer lo que él dice fué su principal guía e inspiración. Pero, con este, hay otros cronistas indios por los cuales parece sentir gran predilección Gama; entre todos concede gran valor al citado Castillo, a Tezozomoc, a Chimalpahin y a algunos anónimos que se hallaban en la colección Boturini.

En este sentido también significa Gama una nueva tendencia, pues hasta el momento, aunque conocidos y a veces citados, estos autores indígenas habían servido solo de reserva de información o de mera confirmación del dicho de los considerados clásicos; pero nunca habían sido elevados a la categoría de fuentes primarias. A la luz de los conocimientos actuales de las fuentes ninguno de esos autores merece, realmente, la sobrestimación con que los trata Gama. Aunque Tezozomoc parece ser la más importante de todas ellas y solo para ciertos periodos -dentro del tenochca, el de las guerras de conquistas, o sea a partir de Itzcoatl- el juicio de nuestro autor sobre la materia ha sido insensiblemente revalorado. Chimalpahin constituye un testimo

nio muy local, particularmente importante sobre la región de Chálco-Amecameca (44).

Pero este y otros temas que no nos es dable estudiar detenidamente aquí, por la índole simplemente informativa del capítulo, no son de los que pudieran sustraer la obra de Gama a la estimación que se le debe. Su trascendencia fué honda. Aun <sup>al</sup> fines del siglo pasado la dirección "astronómica" que él dió al estudio de algunos monumentos arqueológicos perduraba en las obras de Chavero, que le impugnó, y en la de Paso y Troncoso. De modo que, a través de los primeros arqueólogos de importancia su obra llega a nuestros días. Y siempre tendrá el valor que le dan las propias palabras de Gama:

"Si se hicieran excavaciones, como se han hecho de propósito en la Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria de la antigua Roma y actualmente se están haciendo en España en la villa de Rielves, tres leguas distante de Toledo, donde se han descubierto varios pavimentos antiguos, ¿cuántos documentos históricos no se encontrarían de la Antigüedad Indiana? (45).

#### Nota:

No se me oculta que el estudio de la obra de León y Gama es insuficiente; pero en lo que pudiera ser el proyecto definitivo de esta tesis -una vez aprobada por el tribunal de exámen y mejorada con las observaciones y objeciones que se le presenten, es a parte quizás comprenda un capítulo independiente que serviría de motivo para el estudio comparativo de los sistemas calendáricos según los diversos autores del xviii. Igualmente deberá incorporarse un párrafo sobre Francisco Javier Orrio y su estudio del origen de los indios, en el cual se contrasten sus ideas con las de otros que tocaron de lleno el tema (Beaumont, por ejemplo) y aportaron nuevos puntos de vista.

Notas bibliográficas.

- (1) P. Manuel Fabri, "Vida del Padre Alegre", en Joaquín García Icañbalceta, Obras, t. IV, pp.165-195; esta es la biografía que figuró como introducción de las Instituciones teológicas de Alegre (edic. de Venecia 1789-1791).
- (2) La cronología de la vida de Alegre está por establecer definitivamente. El bibliógrafo cubano Carlos M. Trelles, Bibliografía Cubana de los siglos XVII y XVIII, 2a edic., Habana, Imprenta del Ejército, 1927, p. 207, supone que residió en La Habana desde 1750; pero no es lo cierto pues partió después de ordenarse. Su partida a Cuba no puede situarse mucho antes de 1754. Como residió en la isla vecina unos siete años, habría que poner su vuelta a México en 1761 o quizás el año anterior, reincorporándose al colegio de San Ildefonso, para desempeñar el cargo de cronista, en 1762 o 1763. En carta a Clavigero -año 1765- dice que ya tiene terminados los seis primeros libros de la Historia (op. cit., n. 1, cap. v, p. 326); de ser cierto que terminó la obra en tres años su vuelta a la capital virreinal habría sido en 1762.
- (3) Cf. op. cit., n. 1.
- (4) En tres tomos, México, Imprenta de J.M. Lara, 1841-42; editor: Carlos María de Bustamante.
- (5) Cf. Joaquín García Icañbalceta, "Padre Francisco Javier Alegre", Obras, t. IV, pp. 141-196.
- (6) Uno de los manuscritos -signatura: 15644 (num. de adquisición)- alcanza solo ~~xxix~~ hasta el libro vi y es indudablemente del siglo xviii; la otra copia -signatura: E -C, T -3,372-373- comprende los tomos en folio y abarca todo el texto; pudiera ser el original.
- (7) Francisco de Florencia, Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España, En México, Por Juan Guillen Carrasco, 1694; Andrés Pérez de Rivas, Historia de los triunfos de Nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe, Madrid, Por Alonso de Paredes, 1645; hay edic. de México,

- (8) José Mirnad, o. cit., n. 7, cap. v, p. 191.
- (9) Cf. op. cit., n. 1, cap. v, p. 324.
- (10) Historia de la Compañía, II, 229.
- (11) Historia de la Compañía, I, 45 ("misteriosa contingencia"), 63 ("musica prodigiosa por las calles de México"), 124, 204 (visi nes), 222 ("casos edificantes en Tepotzotlán"), 229 (maravillosos progresos de la fe en Sinaloa), 246 (conversion maravillosa), 273 (un padre que predijo su muerte con pocos días de anticipación), 313 (sucesos raros); II, 22, 42 (milagros de San Ignacio), 25 (milagro de la virgen de Guadalupe), 49, (prodigios de San Luis Gonzaga), 59 (prodigio de San Ignacio). Esto no es mas que una selección de los lugares; abundan en un grado casi insospechable.
- (12) idem, I, 205.
- (13) Cf. Teatro Crítico, III, Disc. vi: "Milagros supuestos".
- (14) Historia de la Compañía, I, 159.
- (15) Museo Nacional de México, Fondo Franciscano, t. 66.
- (16) idem, t. 67, f. 41.
- (17) "Fray Vicente de Santa María y la Conjuración de Valladolid", Boletín del Archivo General de la Nación, Mexico, II, 5 (1931), 707-770
- (18) Relación histórica de la Colonia del Nuevo Santander y costa del Seno Mexicano, en Nicolás León, Bibliografía Mexicana del siglo xviii, 4<sup>a</sup> parte, pp. 389-515; otra edic. en el Periódico Oficial del Estado de Tamaulipas, que forma un tomo de 280 pp. en forma de folletín; han reproducida en la obra Estado General de las Fundaciones hechas por D. José de Escandón en la colonia del Nuevo Santander. Costa del seno mexicano, 2 ts, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929, t. II.
- (19) Relación (edic. Nicolás León), 476, n.39 : "este mismo año de 96"
- (20) Cf. Rafael López, Introducción, op. cit., n.18, in fine, p. xv.
- (21) Relación, 462
- (22) idem, 396; 474, n. 37.
- (23) idem., 392.

- (24) *idem.*, 423.
- (25) *idem.*, 397-398.
- (26) *idem.*, 438, texto y nota 22.
- (27) *idem.*, 393.
- (28) *idem.*, 426.n. 15.
- (29) *idem.*, 482, n. 42.
- (30) *idem.*, 424.
- (31) *idem.*, 435, n.20.
- (32) *idem.*, 447.
- (33) *idem.*, 449.
- (34) *idem.*, 465.
- (35) *idem.*, 448.
- (36) La mejor biografía de León y Gama es la que intercala Eugene Boban, Documents pour servir à l'histoire du Mexique, t. I, pp.319-328; es traducción de la escrita por el p. Márquez al frente de la edición italiana de la obra principal de Gama. Nada agregan las biografías de Marcos Arróniz, Manuel de Biografía Mexicana, Paris, Librería de Rosa, Bourte y Cia, 1857; ni la de Vicente E. Manero, "Apuntes históricos sobre Astronomía y astrónomos", Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 3<sup>a</sup> ep., I (1873) pp521-562, espec. 553-554.
- (37) Antonio de León y Gama, Descripción orthographica Universal del eclipse de Sol del día 24 de junio de 1778, En México, En la Imprenta Nueva Matritense de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, año de 1778; Instrucción sobre el remedio de las lagartijas, En México, en la Imprenta de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, año de 1782; Disertación física sobre la materia y formación de las Auroras Boreales, México, Por D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, año de 1790; "Descripción de la Ciudad de México antes y después de la llegada de los conquistadores españoles", Revista Mexicana de Estudios Históricos, I, 1 (1927, pp.5-36; "Descripción del Obispado de Michoacán," Revista Mexicana de Estudios Históricos, I, 3 (1927), pp. 91.100.

- (38) La primera edición, en México, en la Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, año de 1792; la 2a edic., en México, (editor: Carlos María de Bustamante); "Fragmentos de la obra de Gama titulada: Las dos piedras, etc.," con una advertencia y notas por J. Sanchez, Anales del Museo Nacional, 1ª ep., III (1820), p.245-257. La traducción al italiano debida al padre Márquez lleva por título: Saggio dell'Astronomia, Cronologia e Mitologia degli antichi messicani, Roma Salomoni, 1804.
- (39) Cf. Boban, op. cit., n.36; Luis González Obregón, "La colección de antigüedades de D. Antonio León y Gama", Anales del Museo Nacional, 2ª ép., II(1905), pp259-60.
- (40) Cf. Boban, op. cit., n. 36; I, pp.295 y 298.
- (41) Descripción (edic. príncipe), 96 y 46.
- (42) idem., 4.
- (43) idem, 33, n. : dice que el autor era indio, posiblemente tezcocano, y que escribió a fines del siglo xvi. Cristóbal del Castillo, Fragmentos de la obra general sobre historia de los mexicanos. Los tradujo Francisco del Paso y Troncoso, Florencia, Tipografía de Salvador Landi, 1908.
- (44) Apuntes manuscritos del curso de Historia Antigua de México, del Prof. Wigberto Jimenez Moreno, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1944.
- (45) Descripción, 2